



STILLER

DRAMA EN DOS ACTOS

(Arreglo del francés.)



ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

LUISA, STILLER Y RICARDO *sentados á la mesa, como en el final del primer acto; el teniente SCHLICK cerca de ellos, con la cabeza descubierta.*

SCHLICK. Estais tan pálida, señorita, que esa palidez puede justamente atribuirse á mi brusca aparicion en vuestra casa; pero perded todo temor; el comandante me ha ordenado que tenga las mayores consideraciones, y por mi parte quiero probaros que no soy tan malo como parezco.

STILLER. Muy al contrario, señor teniente, siempre os hemos tenido por honrado y bueno.

LUISA. Recuerdo vuestras constantes discusiones con mi padre.

SCHLICK. Discusiones, señorita, con un sabio como Waldech? Jamás he tenido la desgracia de cometer tal imper-tinencia.

LUISA. Sí, siempre por los franceses.

SCHLICK. Entónces es muy posible. En el capítulo de franceses soy intratable; los adoro tanto como vuestro padre los detesta. ¿Verdad, Sr. Waldech?

STILLER. Cierto.

SCHLICK. Es preciso que os hayan jugado alguna mala pasada. ¿Dónde estabais cuando las últimas guerras de Alemania y Francia? ¿En Baviera? Diabolo, allí se hilaba delgado; soy un testigo presencial.

STILLER. ¿Estabais allí?

SCHLICK. Sí, y los calumniadores dicen que me encontraba en todas partes para darle cuenta al Emperador de todo lo que oia y veia, recibiendo en pago de mis servicios sumas considerables.

LUISA. *(Con inocencia.)* ¡Lo que quiere decir que erais espía!

SCHLICK. Justamente, señorita, eso es lo que dicen las malas lenguas; pero yo sostengo que viajaba por curiosidad, que contaba lo que veia por indiscrecion, y que el Emperador se divertia en escucharme, dándome dinero por generosidad.

STILLER. Pero siendo aleman como sois, no se explican vuestros servicios al Emperador Napoleon.

SCHLICK. ¿Y estais seguro de que lo soy? ¿El gran Ducado de Baden, sabe siquiera lo que es? Yo empecé como él por ser aleman; despues se hizo francés, y yo hice lo mismo. Merced al curso de los acontecimientos, aunque lo gobierna una princesa francesa, es un pedazo de Alemania; por consiguiente, yo, que soy otro pedazo del Gran Ducado, he vuelto á ser aleman.

STILLER. Lo que quiere decir...

SCHLICK. Que no soy nada, que soy solamente gendarme, para serviros, como dicen mis amigos los franceses.

STILLER. Y bien...

SCHLICK. Concluyo : como gendarme, estoy encargado de perseguir y arrestar á un francés fugitivo, soldado, del que se hizo conspirador al abrigo de todos ellos, que para evitar la pena de muerte á que se habia hecho acreedor, y merced á algun soplo genero-

so, ha huido refugiándose en el gran Ducado de Baden.

STILLER. ¿Cómo llamais á ese francés?

SCHLICK. Hasta ahora se han contentado con darme sus señas: hélas aquí: *(Mira fijamente á Ricardo. Lee.)* Ojos azules, boca regular, color pálido, dientes blancos, veintiocho á treinta años, estatura...

STILLER. *(Interrumpiéndole.)* Pero todo eso señor teniente, no nos explica...

SCHLICK. ¿El objeto de mi visita? A eso voy: vengo á preguntaros si por casualidad habeis visto al que busco.

STILLER. ¿Yo?

SCHLICK. Y si por casualidad, tambien, le teneis oculto en vuestra casa.

STILLER. ¡Cómo! podeis suponer que con el odio que tengo á los de esa nacion...

SCHLICK. Eso mismo he contestado á mis camaradas; pero despues he pensado que sois capaz de olvidar vuestro odio y de dar hospitalidad, por salvarlo, hasta á vuestro mismo enemigo.

STILLER. Señor Schlick, registrad toda la casa, y si encontráis á ese hombre, prendedle.

(Ricardo hace un movimiento.)

STILLER. *(Aparte.)* Serenidad ó sois perdido.

SCHLICK. Desde el momento en que me asegurais que no está aquí el que busco, es inútil proseguir mis investigaciones.

STILLER. ¿Señor teniente, quereis hacernos el favor de beber con nosotros un vaso de vino del Rhin?

SCHLICK. Con mucho gusto.

STILLER. Ve, hija mia, y traelo del mejor.

(Luisa coge una vela para encenderla, pero el temblor no se lo permite, Ricardo se la enciende con mucha serenidad.—Luisa sale mirando á todos lados con inquietud.)

ESCENA II.

STILLER, RICARDO, SCHLICK.

SCHLICK. La pobre niña adivinaba que iba á aprovecharme de su ausencia para haceros una pregunta; permitidmela, sin embargo, ántes que vuelva y la haga morir de miedo. ¿Quién es este caballero y qué hace aquí?

STILLER. Ya lo veis, cena con nosotros.

SCHLICK. Sí, efectivamente, en cuanto á eso lo veo; pero no es solamente lo que hace lo que deseo saber, sino quién es y cómo se llama.

STILLER. ¿Es qué no lo conocéis?

SCHLICK. No, pero quiero saberlo.

STILLER. Admito vuestro interrogatorio, señor teniente. Al dejar á Baviera he dejado tambien parte de mi familia. Este jóven es hijo de mi hermana, es mi sobrino Neuman.

SCHLICK. ¿Y viene?

STILLER. ¡Quién sabe!

SCHLICK. Comprendo, teneis una hija y hay en ciernes un casamiento, el primo viene por la prima; señor Neuman, recibid mi felicitacion.

RICARDO. Gracias.

ESCENA III.

LUIA, con la botella.

SCHLICK. *(Mirando á Luisa y á Ricardo.)* En efecto, diez y seis ó diez y siete años, jóven y linda; *(A Ricardo.)* veintiocho á treinta, ojos azules, boca regular, color pálido: buena pareja, encantadora. *(Ricndo.)*

RICARDO. *(Aparte.)* Me ha conocido.

SCHLICK. *(Bebiendo.)* Por mi fe, señorita, puesto que tengo tan

buen vino en la mano, brindo á vuestra salud, á la del primo Neuman y á vuestra futura dicha.

(Luisa mira á todos sin comprender.)

LUISA. ¡A la salud de mi primo Neuman! ¡á mi futura dicha! no os comprendo.

(Ricardo se levanta vivamente.)

RICARDO. Caballero, es inútil sostener esta comedia por más tiempo, yo soy el hombre que buscáis.

SCHLICK. (*Haciéndole sentar.*) ¡Silencio! Recuerdo que he sido francés y bebo á la salud de los novios, ¿entendeis? no por otra cosa; (*alto*). á la salud del primo Neuman.

RICARDO. Sois un buen hombre.

SCHLICK. ¡Truenos y rayos! Callaos, que pueden oirnos. Quiero probaros en esta ocasion que un hombre que ha sido encargado por el comandante general de arrestar á un conspirador, y obra como yo, no es ni un espía ni un bribon, como se supone.

LUISA. ¡Oh, señor Schlick!

SCHLICK. Silencio, y ocultad á vuestro primo donde queráis; pero ocultadle y que no salga hasta que todo el mundo duerma; y ahora señor Stiller, buenas noches; señorita Luisa, buenas noches, primo Neuman. (*Vase.*)

ESCENA IV.

LUISA, STILLER Y RICARDO.

STILLER. Merced á la generosidad de ese hombre, os habeis salvado.

RICARDO. Gracias, por siempre gracias.

(Ricardo besa repetidas veces la mano del pastor.)

LUISA. ¡El capitan Ricardo, besando la mano del padre de Margarita! Vuestra misericordia, señor, y no vuestra cólera es la que aquí lo trae.

STILLER. (*A Ricardo.*) Ahora, creedme; seguid el consejo que os ha dado Schlick. Tomad esta llave; subid á esa habitacion (*señalando la de Margarita*), y entrad en ella con respeto, porque allí ha vivido una pobre

- mártir; id, y no salgais hasta que yo mismo os llame.
- RICARDO. Gracias, señor; pero ántes escuchadme; tal vez tenga que huir sin tener tiempo de hablaros; ¿habeis vivido realmente en Abensberg?
- LUISA. ¡Gran Dios, qué va á decir!
- RICARDO. ¿Habeis conocido un digno hombre llamado Stiller?
- STILLER. ¡Stiller! ¡Stiller! Sí, lo he conocido.
- LUISA. Pensad en los peligros á que os exponéis al perder un tiempo tan precioso para vos.
- RICARDO. ¡Por piedad, un solo momento, una sola palabra, señorita! Caballero, voy en busca de Stiller, cerca del cual me llama un negocio de la mayor importancia. ¿Lo encontraré aún en Abensberg, ó habrá muerto de resulta de sus heridas?
- LUISA. *(Aparte á su padre y como imponiéndole silencio.)* ¡Padre mio!
- STILLER. *(Aparte.)* Tranquilízate. *(Alto.)* El pastor Stiller ha muerto.
- RICARDO. ¡Muerto!..... tenía una hija.
- STILLER. Tenía dos. ¿De cuál quereis hablar?
- RICARDO. De Margarita.
- LUISA. ¡Ah!
- STILLER. ¡Cómo! ¿sabeis que tenía una hija llamada Margarita?
- RICARDO. Lo sé. Decidme... ¿es dichosa?
- STILLER. Muy dichosa, más dichosa que en el mundo. Está en el cielo.
- RICARDO. ¡Muerta tambien!... Nada más tengo que preguntaros.
- (Stiller da algunos pasos para detenerle. Luisa se interpone.)*
- LUISA. Olvidais, padre mio, que este caballero debe ocultarse y que en ello le va la vida?
- (A Ricardo.)* En nombre del cielo, no permaneced ni un solo momento más aquí; subid á la habitacion de mi hermana. *(En voz baja.)* Sí, subid, y cuando esteis allí, desgraciado, mirad un retrato que hay entre las dos ventanas, y huid.
- (Stiller mira con extrañeza á Luisa y Ricardo; éste desaparece, y Luisa cae en un sillón sollozando.)*

ESCENA V.

STILLER Y LUISA.

STILLER. Gracias á vos, Dios mio, he salvado á un hombre ahora me queda que salvar á mi hija; ¡valor, Luisa, valor!

LUISA. ¿Qué quereis decir?

STILLER. Quiero decir, pobre niña, que amas á ese hombre.

LUISA. *(Con espanto.)* ¡Yo! Oh, no, os engaÑais.

STILLER. ¿Por qué tratas de engaÑarme, Luisa, si sabes que es imposible?

LUISA. No, no os engaño, padre mio, y os juro...

STILLER. ¡Tú jurar!

LUISA. ¡Sí, sobre la tumba de mi hermana Margarita!

STILLER. ¿Y qué puede obligarte á hacer un juramento tan santo? ¿Acaso no le amas?

LUISA. No solamente no le amo, sino que le odio y me espanta.

STILLER. ¡Te espanta!

LUISA. ¡Oh, padre mio! en nombre del cielo no hablemos más de él. No me escucheis, no me escucheis; mi razon se extravía, y no puedo hablar.

STILLER. Luisa, necesito una explicacion, luz que aclare las tinieblas que me rodean.

(En este momento aparece el teniente Schlick. Luisa lo ve, y dice con espanto.)

LUISA. ¡El teniente Schlick! ¿qué es lo que busca?

ESCENA VI.

LUISA, STILLER Y SCHLICK.

SCHLICK. Ya creíais estar libre de mí, Sr. Waldech? yo tambien lo creia, pero el hombre propone y Dios dispone.

STILLER. Ignoro...

SCHLICK. Lo que aquí me trae por segunda vez? Es difícil de-

cirlo. Señor pastor, teneis delante el hombre más perplejo y confuso de toda la confederacion del Rhin.

STILLER. ¡Confuso! ¿y por qué?
(Luisa está pendiente de las palabras de Schlick.)

SCHLICK. Hace un momento os dije que esperaba detalladas señas del...

STILLER. Sí, comprendo.

SCHLICK. Pues bien, al llegar á mi casa las he encontrado. Parece ser que el hombre que buscamos es más importante y peligroso que lo que yo suponía.

LUISA. ¡Más peligroso!

SCHLICK. Y tanto, que se ha puesto á precio su cabeza.
(Luisa mira con espanto al sitio donde está Ricardo.)

(Schlick lo observa.) Hola; nuestro hombre no se ha ido todavía!

STILLER. ¿Su cabeza puesta á precio?

SCHLICK. Dos mil thalers, señor pastor. Y yo digo sencillamente, que el que logre cogerla hace un bonito negocio; y como no es posible que pueda escaparse, porque si no está aquí, estará un poquito más léjos, hé entrado para haceros esta observacion, que no me negareis es justa, y para que comprendais que es natural que yo me gane esa cantidad en vez de dejársela á cualquier otro.

STILLER. ¡Desgraciado!

SCHLICK. ¡Diablo! soy gendarme y dos mil thalers son doce años de sueldo.

LUISA. ¡Vos tan generoso hace un momento, y ahora por una miserable suma!...

SCHLICK. En cuanto á eso señorita, poco á poco; dos mil thalers, no tienen nada de miserables. En el tiempo en que contaba mis historias y las ajenas al general, he expuesto cien veces mi cabeza por sólo quinientos.

STILLER. ¡Pero desgraciado! ¡ese hombre es uno de vuestros antiguos hermanos de armas!

SCHLICK. ¡Es lo único que siento!

- STILLER. ¿Y con esa sangre fría, le conduciríais á la muerte?
- SCHLICK. ¿Qué quereis? El dinero es cosa bien rara en el tiempo que corre.
- LUISA. ¡Un hombre de honor cometer tal villanía!
- SCHLICK. Justamente, lo hago, porque soy hombre de honor. Mi deber, es arrestar y arresto.
- LUISA. ¿Pero no teneis corazon?
- SCHLICK. Ciertamente que sí, señorita, y al mismo tiempo que corazon, tengo una mujer que mantener y una hija que casar. Hoy no se casan las hijas sin dote, bien lo sabeis, señor Waldech, vos que os privais de todo para reunírsele á vuestra hija; ¡dos mil thalers! ¡bonita cantidad!
- STILLER. Olvidais que teneis que repartir esa suma entre vuestros compañeros.
- SCHLICK. Por nada del mundo. La órden dice: «al que arrestare.» Mis compañeros duermen, no pienso que los despierten, y como soy yo solo, exclusivamente solo, el que arrestará al conspirador, solo para mí será la suma.
- LUISA. *(A su padre aparte.)* ¡Padre mio! disponed de mi dote. No me casaré nunca.
- STILLER. *(Y dice que no le ama.)* Escuchad, señor teniente.
- SCHLICK. Os escucho, pero permitid que no pierda de vista aquella puerta *(Señala el sitio donde está Ricardo.)*
- STILLER. Decís que sentís tener que hacer, lo que haceis?
- SCHLICK. Hasta la desesperacion.
- STILLER. Y que sólo vuestro deber es el que os obliga á llevar á un hermano de armas al cadalso?
- SCHLICK. Jamás me consolaré si tal sucede.
- STILLER. De modo, que si pudierais ganar los dos mil thalers sin tener que arrestar al proscripto...
- SCHLICK. No hay quien pague á tanto precio un acto de piedad.
- STILLER. La piedad, señor teniente, no es solamente una virtud, sino un deber. Si... por ejemplo, yo os diese los dos mil thalers...
- SCHLICK. ¿Vos?

STILLER. Sí, yo ; entónces ¿cesariais de perseguirle? No es verdad?

SCHLICK. Si me dais los dos mil thalers, será una accion por vuestra parte tan grande, tan hermosa y sublime, que me quedaré admirado y en muda contemplacion, esperando á que me digais del lado que querais que vuelva la cabeza, y el tiempo que necesitais que mis ojos permanezcan cerrados.

STILLER. Hija mia, aquí está la llave : ya sabes donde está esa cantidad.

LUISA. ¡Bendito seais, padre mio!

SCHLICK. Un momento, Sr. Waldech.

STILLER. ¿Os arrepentís?

LUISA. ¡Santa Madre de Dios!

SCHLICK. No, la palabra de un gendarme es sagrada. Pero quiero que sepais que no os robo vuestro oro. Aquí esta la órden.

«Será entregada la suma de dos mil thalers á todo agente de la fuerza armada que arreste y entregue, muerto ó vivo á la autoridad, el capitan Ricardo, acusado...

LUISA. ¡Todo se ha perdido!

STILLER. ¡El capitan Ricardo! ¡El capitan Ricardo! No, es imposible, os habeis equivocado, dadme...

SCHLICK. Mirad su nombre con todas sus letras.

STILLER. ¡El capitan Ricardo!

(Arranca del cinto del teniente la pistola y se va hácia la escalera diciendo:)

¡No, ahora no sois vos quien lo matais! ¡Ha llegado la hora de mi venganza!

(Luisa se interpone de rodillas al pié de la escalera.)

LUISA. ¡Padre mio! ¡Perdon en nombre de vuestra hija Margarita, que al morir le perdonó!

SCHLICK. ¡Qué diablos pasa!

(Stiller deja caer la pistola y se queda un momento con los ojos fijos y como preso de una violenta lucha entre el deber y la venganza.)

STILLER. Luisa, obra segun tu corazon y como Dios nos ordena.

LUISA. Padre mio, á vos todo mi amor, para vos toda mi vida.

(Stiller casi sin aliento se deja caer en un sillón, Schlick lo mira con asombro. Durante las últimas palabras de la escena anterior la puerta de la habitación de Margarita se abre con precaucion y al final de ella se cierra con prontitud.)

STILLER. *(Sobreponiéndose.)* Sr. Schlick, vais á recibir la suma convenida ménos tres thalers, los cuales he dado esta mañana de limosna; ved cómo la caridad trae la dicha. Ella ha hecho que esta noche haya podido salvar á uno de mis semejantes.

SCHLICK. ¡Tres thalers! No reparo en tan poca cosa cuando se trata de una buena accion. ¿Cómo explicaré á mi mujer la falta de ese dinero?

Si fuese francés diria que me lo habia comido; pero soy aleman... ¡Diablo! Diré que me lo he bebido.

ESCENA VII.

LUISA, STILLER Y SCHLICK.

LUISA. Aquí está el dinero.

SCHLICK. Gracias, bella señorita; si fuéreis ménos linda tendria remordimientos; pero con caras como la vuestra no se necesita dote.

STILLER. Señor teniente, cuento con vuestra palabra.

SCHLICK. Estad tranquilo, apresurad cuanto podais la ida del primo Neuman, y celebrad el casamiento léjos, muy léjos. Salud y prosperidad, buenos amigos.

ESCENA VIII.

Al mismo tiempo que se cierra la puerta á la salida del TENIENTE se abre la de la escalera y aparece el CAPITAN. LUISA y STILLER vueltos de espaldas no lo ven.

LUISA. ¡Oh, padre mio, que bueno sois y que hermosa es vuestra alma!

STILLER. Ahora es preciso llamar á ese hombre.

LUISA. Pero sin una palabra, ni un reproche.

STILLER. Tranquilízate, hija mia; ¿á dónde estaría si no el mérito de lo que he hecho?

(Se vuelve para llamar al Capitan y le ve al pié de la escalera.)

STILLER. ¿Estábais, ahí caballero?

RICARDO. Sí, todo lo he oido, y como vuestra hija, permitidme que os diga ¡qué bueno sois y qué hermosa es vuestra alma!

STILLER. ¿Sabeis quien soy?

RICARDO. Ese retrato colocado entre las dos ventanas...

STILLER. ¿La habeis reconocido?

RICARDO. *(Enseñándolo.)* Gracias á esta miniatura que mi hermano habia hecho de memoria y que me dejó al morir recomendándome buscar al pastor Stiller y á su hija Margarita, á quienes legaba toda su fortuna, no en reparacion, sino en expiacion del mal que les habia hecho.

LUISA. *(Anhelante.)* Así, cabalerol... el capitan Ricardo..

RICARDO. Eramos dos hermanos, querida Luisa, dos hermanos gemelos ; militares los dos, capitanes los dos, y tan parecidos, que no se nos distinguia mas que por la diferencia de nuestros nombres y uniformes. No os haré una detallada relacion de la espantosa muerte de mi pobre hermano, pero para alcanzar un perdon que le facilite el de Dios, permitidme recordaros sus últimos momentos.

«He cometido en mi vida una accion infame, me dijo, y para que muera sin remordimientos, quiero que me prometas repararla. Existe en Alemania una jóven, hija del pastor de Abensberg; á esta jó-

ven, llamada Margarita Stiller, la he deshonrado. Ebrio de coraje, ciego con la pólvora, me olvidé de mi mismo y de Dios : Margarita estaba para casarse con un estudiante llamado Staps.

LUISA.
STILLER. } ¡Staps!

RICARDO. »Con Federico Staps, que habia querido asesinar al Emperador y que yo habia conocido, sin tener tiempo de contarte cómo, porque la vida se me acaba. Él me hizo llamar cuando estaba en la prision, me rogó le acompañase hasta el cadalso; y me encargó que cuando muriese, cogiese un medallon que encerraba en su pecho, que leyese un papel que quedaria entre sus manos, y que lo entregara despues al coronel presidente del Consejo de Guerra que le habia condenado á muerte. Todo se lo prometí. Le acompañé hasta el lugar de la ejecucion y le ví caer herido al mismo tiempo por cinco balas. Recogí el retrato, y leí el papel.

El retrato era el de Margarita; el papel no contenia más que tres palabras y una firma: «Le perdono.—Napoleon.» ¿Comprendes? me dijo debilitándose y extinguiéndose su voz por momentos. No habia querido hacer uso de ese perdon, porque su prometida habia sido deshonrada por un miserable, y ese miserable soy yo. Si muero, tú eres mi único heredero; no tienes necesidad de mi herencia porque eres rico. Ignoro si podrás encontrar á esa desgraciada; pero júrame que lo intentarás. Si la encuentras, dile cómo muero; cómo Dios me ha castigado, y cómo mi crimen ha sido el remordimiento de toda mi vida.»

Muerto él, Luisa, estoy encargado de conseguir su perdon.

LUISA.
STILLER. (Suplicante.) ¡Padre mio!

Capitan Ricardo, Dios haya perdonado á vuestro hermano como le perdonó Margarita, y como yo le perdono.

RICARDO. ¡Qué bueno sois y qué santo! Antes de partir, dejadme llevar una esperanza. Amo á Luisa. ¿Podré esperar que, vuelto á mi patria, ó errante y fugitivo, sea ella la compañera que endulce las amargas horas del proscripto?

STILLER. Huid, poneos en salvo, y cuando os veais léjos de vuestros enemigos, avisad á vuestra esposa (*os une*) y á vuestro padre.

RICARDO. ¡Luisa!

LUISA. ¡Ricardo! ¡Partid, amigo mio! ¡Tiemblo tanto por vos!

RICARDO. ¿De qué medios valerme para haceros saber que al huir he podido librarme de la vigilancia de los gendarmes? ¡Ah! mirad. (*En la ventana todos.*) Traspasando aquella colina, ya estoy en salvo; pues bien; un tiro disparado desde lo alto de ella, os lo avisará; cuando lo oigais, poneos en camino lo más pronto posible con Luisa para Amsterdam.—Allí estaré seguro y allí os esperaré para mi dicha.

(Besa la mano á Stiller y á Luisa, que solloza, y vase.)

ESCENA IX.

LUISA, STILLER.

STILLER. Confianza en Dios, hija mia. Él, que ha permitido en su infinita misericordia la reparacion única que existia para nuestra desgracia, mirará tu llanto y tu agonía con ojos de piedad.

LUISA. ¡Silencio! No oigo nada! ¿Cumplirá Schlick su palabra. ó le dejará coger prisionero para alejar toda sospecha de culpabilidad? ¡Santa Madre de Dios! Salgamos, padre mio, salgamos en su busca, por compasion á vuestra hija que se muere de inquietud. (*Suena un tiro á lo léjos.*)

LUISA. (*Arrojándose en los brazos de su padre.*) ¡Salvado! ¡Salvado!

STILLER. ¡Bendita sea la misericordia del Señor!

FIN DEL DRAMA.

ELOISA DE CÁRDENAS Y SALCEDO.



LA FILOSOFIA DE VOLTAIRE

SEGUN LA CRÍTICA ALEMANA

STRAUSS. *Voltaire*, trad. française par L. Narval (E. Lesigne) Reinwald.—
DU BOIS REYMOND. *Voltaire in seiner Beziehung zur Naturwissenschaft*.
Berlin.—LANGE. *Geschichte des Materialismus*, tomo I.

Voltaire es querido en Alemania, no sólo en memoria de Federico II, sino como el representante de un siglo que fué «el de las luces,» de un espíritu que fué por ventura el que más sirvió á la causa del nuevo renacimiento. A decir verdad esta simpatía no fué inmediata. El nombre de Rousseau alcanzó primero más boga allende el Rhin. Juan Jacobo y David Hume fueron efectivamente en un principio los maestros del pensamiento aleman. Ellos suscitaron á Kant, Hamann y Jacobí. La segunda generacion, la de los Schlegel, Fichte, Schelling, Hegel, aunque más independientes respecto de las influencias extranjeras, acaso se relacionan con Juan Jacobo más que con Voltaire. Hasta entónces participó, en efecto, Voltaire del descrédito en que habia caído la exegesis tumultuosa de Reimarus y la filosofía que se llamaba popular, merced sin duda á lo vulgar y mediocre, que era producto de enciclopedistas algo simples como el buen Nicolai. La jóven Alemania le dió influencia y prestigio. Luis Borne y Enrique Heine, maestros en la crítica y la ironía, debían colocarse naturalmente bajo la inspiracion de un nombre como el de Voltaire que es por sí solo la ironía y la crítica mismas. Vino

luego la gran liquidacion de la escuela hegeliana, cuando á la muerte del «Caliban del pensamiento» (1) estallaron todos los disentimientos que él sólo habia podido contener. En la guerra civil que despues sobrevino, así como la extrema derecha, arrojándose en una especie de violento *torismo*, hizo causa comun ó poco ménos con Hobbes y José de Maistre, la izquierda se decidió por Voltaire. El duelo de *maese Aroüet* con *monsieur de Maistre*, que empezó en Francia, siguió en Alemania, acaso con más furor, y tambien, justo es confesarlo, con ménos talento. Sólo una inteligencia fué verdaderamente grande en esta polémica; la de David Federico Strauss. A decir verdad, Strauss no se decidió por nadie: era un espíritu independiente.

Pacífico y sereno, no dependió de él que la lucha no quedara muy luego terminada. Desde entónces acá, el siglo décimo-octavo ha podido juzgarse sin prejuicios y sin pasion; la historia ha comenzado para él: Voltaire, como Juan Jacobo y como David Hume ya no da su nombre á una escuela ni da la consigna; vuelve, en suma, á ser él mismo. Al fin le ha sido dado encontrar, no fanáticos ni irreconciliables enemigos, sino historiadores; su vida se ha escrito y sus obras se han analizado en lo más rudo de la pelea. Hermann Grimm (2), hijo y sobrino respectivamente de los célebres Grimm, honraba en uno de sus *Ensayos* al francés, que era para Goethe (3) el representante privilegiado, el tipo mismo de la Francia. En una publicacion que ha empezado á darse á la estampa hace dos años, *El Nuevo Plutarco* (4), y que ha de contener las biografías de los hombres ilustres que se han sucedido desde la reforma hasta nuestros dias, se ha dado un honroso puesto á Voltaire, despues de Martin Lutero y de Oliverio Cromwell.

Pero debemos citar en primera línea entre los trabajos importantes y duraderos consagrados á nombre tan esclarecido,

(1) Esta es la expresion que Schopenhauer aplica á Hegel.

(2) H. Grimm. *Fünfzehn Essays*.

(3) V. el juicio de Goethe en las *Conversaciones con Eckermann*.

(4) *Der Neu Plutark* (Brockhaus Leipzig). La vida de Voltaire que contiene esta coleccion ha sido escrita por Rosenkranz, el biógrafo de Diderot.

la *Historia literaria del siglo décimo-octavo*, por Hermann Hettner (1), y las *Seis conferencias* (2), dedicadas por Strauss á la princesa Alicia. Considerar, segun el tiempo en que vivió, á Voltaire y explicarlo por este medio es el objeto que se han propuesto los autores de estos dos libros, escritos con tranquilidad, y en los cuales no se halla ninguna otra pasion que la que inspiran la investigacion de la verdad y la exactitud. Unase á ellos el corto y precioso estudio de Emile du Bois Reymond (3) sobre el saber de Voltaire en astronomía, física é historia natural y algunas páginas muy nutridas de Alberto Lange, (4) y será casi una revelacion saber cuán simpático es el juicio que Alemania, como á pesar suyo, tiene del pensador y escritor en quien con más gusto se reconoce la Francia. ¿Habran sido perfectamente entendidos en sus más delicados matices, todo su genio y aún toda su filosofía por espíritus que son de otra raza? No lo sé, pero presumo que hay una última trinchera en que no es dado penetrar al extranjero.

I.

La crítica alemana se sirve de un nombre para designar al siglo pasado, y principalmente á su obra: *aufklarung*, el siglo no tanto de las luces, que es lo que me obliga á decir la lengua francesa, como del esfuerzo hecho para tener claridad. Encierra este nombre un sentido preciso en la filiacion de los hechos y leyes de la historia, y es de alta importancia el grupo de ideas y de sentimientos que resume. Para darse cuenta de la mision de Voltaire, que fué, por ventura, el primer artesano, y como el capataz en ese siglo, precisa comprender el espíritu general, la tendencia del «momento» en que aparece. Comparando el siglo de Luis XIV con el tiempo en que él vivia, observaba Voltaire que bajo el cetro del gran rey habia en Fran-

(1) *Literaturgeschichte des XVIII, Jahrhunderts.*

(2) Estas Conferencias fueron escritas para la princesa Alicia de Hesse.

(3) Du Bois Reymond. *Voltaire in seiner Beziehung zur Naturwissenschaft.* Léase la traduccion francesa en la *Revue des cours scientifiques* (25 de Julio 1868).

(4) A. Lange. *Geschichte des Materialismus.*

cia más genio, más poetas, en el genuino sentido de la palabra, y que, por el contrario, desde su muerte escaseaban los grandes hombres y el arte aparecía con menos esplendor; pero en cambio la generalidad de la nación era más culta y más ilustrada. Esta exacta y sutil observación ha llegado á ser una ley el día en que un exámen, si no más atento, más circunstanciado al ménos, reveló mejor las profundas relaciones que unen entre sí á los períodos y áun á las épocas de la historia intelectual. Los orígenes de la cultura presente remóntanse, sin duda, al Renacimiento: entre este comienzo y el estado actual hay dos siglos, dos etapas. ¿Cómo se ha hecho esta jornada? Dejando á una parte el siglo en que vivimos, ¿cómo fué que á la gran crisis del siglo xvi siguiera un siglo artístico, y literario sobre todo, para llegar á un siglo de luces, á un siglo de filosofía y razón? Sin duda alguna las sociedades humanas parecen ser en sí mismas fuerzas propias, en lo que se diferencian de los miembros de que constan; tienen una especie de conciencia colectiva, y no es posible confundir su historia con la de los individuos que en ellas viven. Y no obstante, el que analiza bien esta fuerza, el que se propone averiguar su carácter y ley comprende al punto que el secreto está en la constitución del espíritu humano. Hamann y Herder, que fueron por ventura los primeros que, después de los grandes místicos de la Edad Media, comprendieron esta parte que ha cabido en todas las obras humanas al instinto ciego, á la «inconsciencia» de los actores innominados, razas, pueblos, humanidad, debieron sin duda esta revelación á una psicología más profunda. Schelling y Hegel no buscaron á su vez la fórmula de la historia, sino en el espíritu, y en puridad la sucesión de los siglos no fué para ellos más que un drama filosófico en que un solo personaje salía á la escena, el espíritu, luego el espíritu, y siempre el espíritu.

Los grandes sucesos, las crisis y revoluciones, no son más que otros tantos episodios de la vida del espíritu, que á través del tiempo se eleva desde sus primitivas creencias y sus sueños primeros á la más sublime filosofía. Lessing presintió, y expuso felizmente, que la historia es la larga *educación* del espíritu humano. Y siendo así, según se modifique la esencia del

espíritu, interpretárase diversamente la historia. En nuestros días y allí donde, como sucede en Inglaterra y en Alemania, prevalece la tendencia que llamamos «naturalismo» y el psicólogo está más cerca del fisiologista, preside á la investigación de las leyes históricas una precisión más rigurosa. Acaso por eso presentimos ya una fisiología de la historia (1). A continuación trataremos de exponer, en todo caso, cómo se debe apreciar con arreglo á estas ideas el carácter distinto del siglo XVIII, del siglo de Voltaire.

El siglo XVI fué, como diría Comte, el siglo crítico por excelencia, una época de florecimiento y de renovación; fué la Reforma y el Renacimiento. La fe se remonta en aquel tiempo á sus orígenes y fuentes para vigorizarse, y la humanidad convierte sus miradas á la juventud del mundo, á los antiguos, para volver á la naturaleza; mas la agitación que reina en aquel siglo es demasiado grande para que tenga clara conciencia de su obra, y no obstante las maravillas que creó y las obras de arte que nos ha legado, es, sobre todo, el siglo de la acción. Y sólo así pudo fundar. Los dos siglos siguientes sacaron las consecuencias de este trabajo. Conmovido ante los horizontes que se desplegaban á su vista, el uno fué artista, atento á las novedades, ansioso de deshacer el misterio en que se envolvían, el otro fué sabio. Si, como pretende Herbert Spencer, el arte es una especie de fac-símil de la acción, que sólo se muestra después de ella, y que parece continuarla; si lo ideal es la continuación de lo real; si, de otra parte, á toda ciencia precede un arte, del cual ella no es otra cosa que su abstracción y fórmula, ¿no es dable, por ventura, hacerse cargo de las relaciones que unen á esos «momentos» históricos, y no se ve con toda claridad que tales relaciones son las leyes mismas del espíritu humano? ¿Qué es el trabajo de esos tres siglos, sino el procedimiento natural del espíritu, que absorbo primero en la vida, distraído por el tumulto de la realidad, se recoge poco á poco en los recuerdos, adquiere el dominio de sí propio, reproduce, imagina, inventa, crea, hasta

(1) En el estudio que hemos citado, indica Du Bois Reymond la ley según la cual sucede en la historia la ciencia al arte.

que luego de haberse asimilado por medio del don de la poesía la vida en que ántes se perdió, preocúpase en entenderla y en descubrir la ley que la rige? Tanto es así, que en la ley enunciada por la ciencia aparece todavía el ideal de que nació, y más distante la grande crisis histórica y espiritual de que procedieron un arte y ciencia. Y así tambien, el personaje que resume á su hora el pensamiento de un período, evoca por sí solo una legion de pensadores, artistas y héroes. Voltaire, y no como se quiera, sino por su solo nombre tiene esta vasta y profunda significacion, como hubo de reconocerlo Goethe, y como lo confirma la Alemania contemporánea ratificando aquel juicio. ¿Cuál era el pensamiento y la filosofía que resultaban de la revolucion del siglo xvi y del arte del xvii? ¿Y de qué modo el «siglo de las luces» es el que completa el Renacimiento y la Reforma? Si tal es el prólogo de la filosofía de Voltaire, habrá al ménos que dar una indicacion respecto del mismo (1).

Ni el Renacimiento ni la Reforma habian prevalecido en los comienzos del siglo xvi. Contrájose entre ellos una especie de compromiso. Desde un principio, Erasmo (2) hacia votos por un cristianismo filosófico que fuera la síntesis de entrambas inspiraciones, y es cosa de ver cómo al terminar el siglo revistióse con los caracteres que aquel deseó para sus comienzos. Unidas un momento por la comunidad de ciertos estudios, y acaso por la política tambien; separadas al dia siguiente de un triunfo que les señalaba diverso destino, vinieron al cabo á parar la Reforma y el Renacimiento en una conciliacion. Despues que humanistas y evangélicos llevaron cada cual por su parte las opiniones que los dividian, al último extremo; despues que los unos llegaron de consecuencia en consecuencia á una verdadera restauracion del paganismo (3), miéntras los otros, á fuerza de celo protestante, suscitaban una nueva escolástica, la luterana (4), hubo de terminar esta guerra civil

(1) Véase en el libro de H. Taine, *L'ancien régime*, las páginas que dedica al estudio del espíritu clásico.

(2) Strauss ha puesto en claro los puntos de contacto y analogías de Erasmo y Voltaire.

(3) Véase Burkardt *Die Cultu des Renaissance in Italien*.

(4) Sobre la escolástica luterana. Véase Schmidt, *Geschichte der geis-*

del pensamiento por un tratado de paz, por un como edicto de Nantes, en que, á consecuencia de mutuas concesiones y generosa reciprocidad de tolerancia, el humanismo pagano y la fe reformada casi se fundieron. Una filosofía cristiana, que respetaba de igual modo la creencia y el arte, fué el resultado de esto, ó lo que es igual, el espíritu del Evangelio en la forma antigua. De esta suerte tuvo oportuna preparacion el siglo siguiente, que siendo cristiano por el pensamiento, supo dar á sus sentimientos y á su fe una expresion cuya elegancia, exactitud y belleza eran completamente paganas. Bossuet y Racine, La Bruyère y Boileau dieron realidad al sueño de Erasmo, Descartes y Corneille. ¿Qué fué el *gran siglo* ni la *edad clásica* sino el encuentro, ó mejor dicho, la alianza del ideal del paganismo y de la religion cristiana, el acuerdo y armonía de antiguos y modernos?

Es evidente que en esta aproximacion del culto antiguo y de la moderna creencia la fe tenía que secularizarse y que ampliarse tambien. Basta para comprender esto que decimos, recordar los esfuerzos hechos para reconciliar las distintas sectas. Bossuet y Leibnitz se consagraron á esta tarea con igual celo, y si su recta intencion fracasó á causa de las resistencias políticas en tiempos en que los sentimientos religiosos habian menester tener en cuenta á las cancillerías, constituyóse al ménos en toda Europa una especie de «Broad Church» una iglesia no más tolerante tal vez pero más vasta, que miraba con cierto agrado al siglo y con alguna indulgencia á la filosofía y moral humanas. Inglaterra, sobre todo, al salir de sus largas contiendas religiosas y parlamentarias, dividida en innumerables sectas, protestante por su carácter y regida por una dinastía católica, habia tenido que acostumbrarse, aunque no fuera más que por guardar apariencias de paz, á descuidar las diferencias de *credo*. Obligóla la necesidad á aceptar ostensible si no íntimamente que vivieran juntas las creencias enemigas, y ella fué la que primero aprendió en beneficio del mundo, la tolerancia bajo la rudimentaria forma de libertad de la indiferencia. Esta

tingen Lebens in Deutschland, tomo III, primeras páginas. Lichtenberger, *Histoire des idées religieuses en Allemagne*, primeros capítulos.

suavidad que revistieron los antiguos antagonismos, esta paciencia á que se resignaron las opuestas teologías, tenía por resultado que poco á poco sustituyeran en el espíritu público á las mismas doctrinas, á los dogmas y rigor de las fórmulas, el sentimiento de lo divino sin definicion ni límite; *quis Deus incertum est, habitat Deus*. El deísmo, religion abierta y libre á que colaboraban juntos sin quizás saberlo los teólogos y filósofos del siglo xvii, fué la única fe del siglo en que nació Voltaire. Los hechos han demostrado ya, que el deísmo no fué otra cosa más en la historia del pensamiento, que la transicion con ayuda de la cual, la idea de Dios puramente teológica en un principio, vino á ser principalmente moral. Cuando en vez de regir y dominar á la moral tuvo, por el contrario, que conformarse con ella, y lo que es más, tomarle carácter y sancion; cuando lo divino y el bien léjos de estar sometidos, como pretendieron los escotistas (1), al capricho y lo arbitrario de la divinidad, llegaron á exigir precisamente que la misma divinidad se les sometiera; cuando, por decirlo de una vez, el ideal divino, so pena de perecer, debió confundirse con el moral, la humanidad dió sin duda un gran paso. La etapa que anduvo entónces fué el *aufklarung*. Hegel (2) no reconoció tal vez el sentido de este movimiento intelectual al no ver en la filosofía del siglo xviii más que crítica y negacion.

La originalidad, el valor de este siglo, el que con Tomás Buckle le conceden los historiadores alemanes de nuestros dias, es que tuvo la inteligencia y la pasion de las ideas morales, hasta el punto de subordinarles todo lo demas y de que en el exceso de su celo pareció á menudo que les sacrificaba hasta la ciencia. David Hume, Rousseau y Kant que representan sus últimas tendencias y su esfuerzo supremo, harto demostraron con su ejemplo que tuvieron por única atencion la moral; y la lasitud especulativa, el descrédito de la cien-

(1) Los partidarios de Duns Scot. Véase sobre esta idea de Scot el capítulo que á éste consagra Secretan en su *Philosophie de la liberté*.

(2) Hegel *Geschichte der philosophie* (Berlin 1836), cap. III, páginas 506-514.

cia, el misticismo cuyo contagio propagaron, deponen cual los mejores y más verídicos testigos de su espíritu y su obra. Sí, aquel siglo incrédulo y destructor tuvo una religion, la moral, que profesó con fanatismo.

Voltaire es legítimamente el genio de aquella época. Preparado por su naturaleza, por su educación de humanista y clásico, por su residencia en Inglaterra, discípulo del Renacimiento y del gran siglo, perteneciente á la doble tradición de los «libertinos» (1) de Francia y de los deistas ingleses, ¿no había, por ventura, armonía preestablecida entre él y el momento histórico en que aparece? Ciencia, filosofía, historia y moral del *aufklärung*: todo fué por él concebido y expresado. En buen hora que le suministrara Inglaterra su psicología y su física, y que fuese deudor á la Alemania de Leibnitz de algunas luces, y que acaso le instruyera la exegesis protestante en sus polémicas religiosas, y le ayudara algún legista italiano en sus tentativas de beneficencia social; mas solo él, como ha notado Strauss, tuvo clara conciencia de la tarea que era preciso realizar, y de tal modo que, como añade Du Bois Reymond, á fuerza de identificarlo con el siglo, cuyo maestro fué, más de uno de aquellos á quien emancipó no se acuerda siquiera de reconocerse «volteriano.»

II.

Es moda en Francia tratar muy ligeramente las condiciones científicas de Voltaire. En este punto Alemania le hace justicia. El mismo Du Bois Reymond, el eminente fisiólogo que acabo de citar, recordaba, en un discurso pronunciado hace ocho años en presencia de la Academia de Berlin (2), los títulos de Voltaire á figurar entre los promovedores de las ciencias en el siglo xviii. En una época en que los sabios franceses se contentaban con invocar á Descartes, Voltaire es el primero que da cuenta de las indagaciones y del sistema de Newton; él

(1) Véanse las cartas de Voltaire al duque de Brunswick.

(2) El discurso se titula: *Festrede in der oeffentlichen Setzung des Vöniglich preussischen Akademie der Wissenschaften zur Gedächtnisfeier, Friedrichs II.*

fué quien decidió á Madame du Chatelet á traducir el *Principia*, y resuelto quizás por el ejemplo del veneciano Algarotti que leyó á Cirey diálogos titulados *Il Newtonianismo per le donne* (El Newtonianismo al alcance de las damas), compuso sus *Elementos de la filosofía de Newton*.

En la lucha que al punto se entabló entre los partidarios de Descartes, Newton y Leibnitz, en la crisis científica en que se mezclaron las ideas que han apresurado la contemporánea concepcion del Universo, ¿cuál debia ser su partido? Fundador de la filosofía moral, que vino á ser con Hume y Kant la filosofía «crítica,» ¿qué criterio habia de ser el suyo en este debate de física superior y cosmología, en que se trataba, no del hombre, sino de la naturaleza?

A la hora presente, la ciencia alemana parece seguir por direcciones muy diferentes; se inspira ora en las doctrinas naturalistas que prevalecian en Francia al terminar el siglo pasado con D'Holbach ó Diderot, ora en el espíritu dialéctico, medio-positivo, medio-escéptico, por el cual complácense en decir ciertos sabios del dia que proceden de Kant. Del un lado Haeckel (1) y Strauss, á cuyos ojos la naturaleza es un «Todo» animado, siempre en movimiento, en evolucion, y de donde emanan eternamente y por orden las fuerzas, los elementos, los séres; del otro, Lange, la antigua escuela psicológica de Herbart, y la nueva escuela fisiológica de Wundt, Helmholtz, Fechner, Du Bois Reymond mismo, reunidos en la comun idea de que en el conocimiento de la realidad, el instrumento, quiero decir, el espíritu humano, tiene una parte tanto ó más importante que el objeto, ó sea la materia. Vuelta del todo hácia la naturaleza con los unos, y hácia el espíritu con los otros, encamínase la ciencia en Alemania á la solucion, que parece ha de ser la obra del porvenir (2): aproximar y reconciliar hasta confundirlos los dos términos opuestos, cuyo conflicto no ha cesado un punto desde que se inició la filosofía: el espíritu y la naturaleza. Si es tal el destino que puede ya preverse, nada

(1) Haeckel, *Die Schöpfungsgeschichte*. Strauss, *L'ancienne et la nouvelle foi*, traduccion francesa por Narval (E. Lesigne). Reinwald, 1876.

(2) Solucion indicada por H. Spencer, al terminar los *Principios de psicología*.

habrá sido inútil en lo pasado. Buckle ha reconocido ya lo que hizo en este sentido el siglo XVIII, y ha señalado el papel de los agentes más oscuros en apariencia. ¿Cuál fué el que tocó representar á Voltaire?

A nadie causará sorpresa que este no profesara ningun sistema científico, ni áun el que se tomó el trabajo de exponer extensamente. No se decide por Descartes, ni por Leibnitz, ni áun por Newton. Acepta y defiende sin duda la «atraccion,» mas no como teoría, sino como hecho. Conservaba libre su juicio, independiente su pensar, en presencia de las discusiones que con tal motivo se suscitaron. La doctrina newtoniana planteaba una vez más el eterno problema del movimiento y la fuerza, y exigia otra vez al espíritu atencion para los infinitos problemas de la materia. Entre el mecanismo cartesiano, que ademas de referirlo todo al movimiento, supone en el mundo la misma cantidad de movimiento invariable, constante, y el dinamismo de Leibnitz, que sustituye el movimiento con la fuerza, y la constancia del movimiento, con la conservacion de la fuerza, colocábase la explicacion innata de Newton, que alternativamente se inclinaba al uno ú al otro partido. Y sin embargo, Newton, se habria inclinado mejor á las fórmulas de Descartes, salvo que le repugnaba admitir, por puramente hipotética, la constancia del movimiento, lo mismo que la conservacion de la fuerza. Desconfiado respecto de las hipótesis, sólo las necesidades del método matemático y ciertos hábitos de la imaginacion, hasta en la ciencia tenaces, parecian aproximarle á las ideas cartesianas. En el fondo, se abstenia de llegar á ninguna conclusion, como lo prueba la incertidumbre final que permitia á las más diversas teorías ampararse de su nombre. Voltaire halló el medio de abstenerse aún más que Newton, pues al mismo tiempo que rechaza las ideas de Descartes y las de Leibnitz, juzga temerarias ciertas conjeturas adelantadas por su maestro, yendo más allá de los hechos, más allá de la experiencia. Para demostrar la constancia del movimiento, habia invocado Descartes, como á menudo hacia, el argumento de las divinas perfecciones. Habíase preguntado si un Dios inmutable no habria debido hacer consistir su gloria en crear un universo en que, á su ejemplo,

el obrero único, el movimiento, se sustrajera también al cambio, á la movilidad, á lo cual contestaba Voltaire, que tan propio como esto es del poder de Dios obrar cual providencia cuidadosa, que lejos de abandonar los seres á los múltiples choques de la mecánica casualidad, les asigna y conserva aspecto, cualidad y figura. Negábase Leibnitz á ver en el movimiento que es naturalmente inestable, el agente de la permanencia é identidad, prefiriendo la fuerza que según él permanece indestructible é igual á través de la aparente variedad del mundo. A esto respondía Voltaire, que la fuerza parece cuando tropieza con cuerpos no elásticos é incapaces de propagarla, naciendo, al contrario, por una como particular creación, en los seres organizados. Por último, Newton, cuando se esforzaba en llegar á los detalles de su propia teoría, cuando trataba, sobre todo, de darse una idea de su eficacia, llegaba hasta concebir la atracción, no cual no sé qué fascinación lejana, sino más bien como una especie de contacto mecánico, casi molecular, y para mayor claridad, dominado tal vez por la tiranía de la imaginación, de que nadie se libra, tomaba por su cuenta la antigua ficción de los átomos, no descansando todo á su juicio más que en el doble poder de las afinidades ó repulsiones. A esto objetaba Voltaire (1), que la hipótesis de los átomos, sobre ir más allá de los sentidos, parecía desconocer lo que tienen de individual y especial los seres, que sólo admitiría los átomos al modo que Epicuro, y que en vez de concebirlos como semejantes del todo, en geométrica y abstracta identidad, no los admitiría, á la manera que el infiel discípulo de Demócrito, sino especiales, dotados cada cual de fisonomía y propia virtud. Bien mirado, ¿no es siempre igual, por ventura, el argumento que á unos y otros hace Voltaire? ¿No sostiene siempre y contra todos ellos la misma causa, á saber: que no obstante los esfuerzos de los diversos sistemas, igualmente interesados por la unidad, no es uno el mundo, ántes bien desplegase en él infinita variedad? Todo sistema envuelve, en sentir de Voltaire, un atentado

(1) *Elements de la philosophie de Newton.*

contra la realidad y la vida (1). Si, con arreglo á la definicion de todos los tiempos, la filosofía es siempre y en grado mayor ó menor, reduccion á la unidad, Voltaire tendria, ciertamente, escasos títulos para llamarse filósofo. Sería más bien un moralista, que tan cerca está su respeto para con lo individual y particular, de la estima y consideracion que prescribe la moral para con las personas. Tentados nos sentimos á creer en ocasiones, que movido del presentimiento (2) de una filosofía posterior, figurábase Voltaire al universo dotado de vida y acaso de vaga conciencia, como un esbozo tal vez de la persona. Y del mismo modo, puesto que nadie vacila en reconocer en más de un punto el parentesco de Voltaire con Kant, ¿por qué no habria aún en las nociones científicas de Voltaire una como adivinacion de lo que al terminar la *Metodología* llama Kant *teología moral*? (3).

Más sencillo y más exacto es por tanto creer con la crítica alemana, que los siglos que sobre todo se preocupan con la moral, como entre los antiguos el de Epicuro y Zenon y en nuestros dias el del *aufklarung*, pierden el interes de la ciencia propiamente dicha tratándola casi siempre ó con indiferencia ó con preconcebidos fines. El mismo Epicuro es acaso modelo de los filósofos que desdeñan la ciencia ó sólo la hacen servir á sus designios. Bayle (4) que no sin razon entendió perfectamente á Epicuro, no cifraba sus ilusiones en la física ni lógica epicúreas, comprendiendo que para un espíritu ávido tan sólo de paz, de calma y serenidad moral, sólo es buena y verdadera la ciencia que le hace dueño del apetecido contento. ¿Qué importa tal ó cual doctrina, tal ó cual verdad á condicion de que la tranquilidad del corazon y del alma quede firmemente asentada? Sin duda alguna el ideal de Epicuro no es completamente el de Voltaire. No podia agradarle el cuasi monástico quietismo de la escuela, pues él sólo piensa al contrario en la lucha, la accion y la energía repitiendo con Vau-

(1) Véase la poesía titulada *Los sistemas*.

(2) Véase el corto tratado *Il faut prendre parti ou le principe d'action*.

(3) Hállase en esta teología moral un como bosquejo de la filosofía de Schelling.

(4) *Dictionnaire critique*. Art. *Epicure*.

vernagues que vivir es luchar. Mas si bien son otras sus aspiraciones morales, está de acuerdo con Epicuro en no dejar á la ciencia más que un subordinado y secundario lugar. Considérala, al modo que Epicuro, como un medio, no como un fin, y así se explica la ironía con que trata todo lo que en ella le parece pura distraccion de ociosos y desocupados. La Academia de Berlin no ha olvidado cuánto se divirtió á costa del pobre Maupertuis, á quien convirtió en el doctor Akakia (1).

No fué mayor su indulgencia para con las anguilas y los caracoles de Needham (2). Ojalá su ironía le hubiera servido siempre bien y no hubiera atacado so color de sátira las nociones exactas de Bernard Palissy en geología (3) y las exactísimas observaciones de Trembley (4) sobre la naturaleza de los pólipos! La disculpa de Voltaire, si por ventura puede tomarse como tal, es que no amaba á la ciencia por la ciencia. Sólo amaba en ella la actividad que comunica al espíritu, la disciplina á que lo sujeta y la garantía que le ofrece contra la reproduccion de lo que llama supersticiones ó fábulas. Acaso la amaba tambien, de un modo algo parecido á como la amaba Bacon, por considerarla como un agente social que civiliza la vida y la ilustra, y la adorna y concurre á su bienestar, á su elegancia y emancipacion. Amábala tal como la conoció y practicó en el castillo de Cirey, al lado de la marquesa Du Châtelet cuando hacia experimentos sobre la naturaleza del fuego. Representale Du Bois Reymond en medio de sus hornillos é instrumentos, muy ocupado en su laboratorio y casi involuntariamente, recordando un célebre cuadro del pintor prusiano Hildebrandt (5) compárale con Alejandro de Humboldt. No: Humboldt se consagró enteramente á la ciencia y Voltaire se entregó á una tarea distinta. El siglo décimo octavo con Voltaire á la cabeza, emancipó y fundó las ciencias mo-

(1) *La doctrine du docteur Akakia*. Quemóse por orden de Federico II.

(2) Véase Du Bois Reymond (p. 17) y Saigey, *Essai sur la physique de Voltaire*.

(3) Voltaire. *Singularité de la nature*.

(4) Du Bois Reymond, *loc. cit.*

(5) El gabinete de A. de Humboldt, por Hildebrandt.

rales sacrificándoles todo. El régio amigo de Voltaire, el soberano del *aufklärung*, Federico II, como su maestro y la marquesa de Du Châtelet á quien llamaba Vénus-Newton, hizo tambien ensayos de ciencia pura. Arrojóse un instante, bajando la cabeza en la física mas no tardó en salir de ella con el *Anti-Maquiavelo*, con la moral en la mano.

(Se continuará.)

A. GERARD.

(Revue philosophique.)



RETRATO

—

Eres hermosa: hermosa como un sueño
 De ardiente fantasía.
 El oro en tus cabellos abundantes,
 El cielo en tus pupilas,
 El coral en tus labios delicados,
 La rosa en tus mejillas,
 El ámbar en tu aliento, los amores
 Jugando en tu sonrisa,
 En tu frente un reflejo misterioso
 De ternura infinita
 Y en tu pecho... en tu pecho eterna sombra,
 Traiciones y perfidias.

ALFREDO FLOREZ Y GONZALEZ.





LA DEMOCRACIA EN INGLATERRA

II.

Bueno es advertir que la doble manera ántes indicada de ver las cosas y de esitmar el espectáculo que Inglaterra ofrece, responde á dos sentidos que con muy diversa fuerza se vienen dando hace tiempo en la ciencia y en el arte de la política.

Hay un cierto número de pensadores y un grupo de estadistas que dándolo todo á los misterios del acaso, á las influencias físicas ó al poder de elementos extraños y superiores á la pequeñez humana, entienden que en cierto respecto y de cierto modo no puede ser rechazada aquella desacertada doctrina de la antigüedad clásica que suponía nacidos á unos hombres para mandar y á otros para ser esclavos. En la economía del mundo, en la reparticion de las bondades y las maldades por esta tierra *de paso*, á unos pueblos les tocó en lote la libertad, el buen gobierno, el espíritu de trabajo, la riqueza, el esplendor de la vida moral; y conspirando á esto el *gran dispensador* arregló el teatro mismo de las empresas de esos pueblos de modo que todo forzase al hombre á la concentracion, al cálculo, á la reclusion del hogar, al trabajo, de una parte como distraccion del espíritu, como recurso contra el tedio, como consuelo á los rigores de una naturaleza brumosa, triste, ingrata, y de otro lado, como necesidad inexcusable para sos-

tener la vida sobre una tierra repugnante, amarillenta, yerma, costra estéril y dura que es preciso romper con sudores para que entre angustias y fracasos pueda dar de sí, no la flor galana ni el caprichoso arbusto, si que la prosáica patata, el negruzco centeno y el amargo lúpulo. Para otros, los días claros, el sol esplendente, la vegetación lozana, la tierra pródiga, la atmósfera refrigerante y restauradora, las brisas perfumadas, el río que murmura, el mar que besa, la canción en los aires, el verso en los labios, la naturaleza alegre, riente para hacer de la vida una eterna fiesta, el cielo, el cielo inmenso, muy alto, muy puro, muy azul para que todos los hombres puedan hacer vagar por él ampliamente sus infinitas ilusiones y en él buscar todos su *buena estrella*; pero también, ¡ay! las agitaciones estériles, la imprevisión, el abandono, la algarada, la calentura, la decadencia rápida, la decrepitud súbita, la miseria y la servidumbre bajo ese imperio de la turbulencia en el cual destacan Belisario extendiendo el casco para recibir la paga ó el grotesco tricornio del doctor Francia que exige el saludo de Gessler en nombre de la república. Aquellos los pueblos de la labor dura, pero de la victoria cierta: éstos los pueblos de la fantasía y de la fiebre que termina ó con la prostración del agotamiento ó con la desesperación del poeta que lanza la copa al cielo rechazando la injuria de la vida.

Por fortuna no es esta escuela la temible. Espontáneamente el espíritu contemporáneo rechaza esa inmoral lotería: reflexivamente dice que el hombre ha nacido para el derecho, para el progreso, para la libertad, para la dicha. Y si la reflexión no dijera esto, bastaría para destrozar aquella teoría la viveza y amplitud del trato moderno: bastarían los usos y las prácticas que va generalizando, universalizando el comercio: bastaría el desenvolvimiento que en nuestros días ha adquirido el derecho internacional imponiendo primero, la consagración de ciertos derechos primarios del hombre sobre toda diversidad de climas y circunstancias, y después la destrucción de las murallas de la China, del Japon y del Paraguay y la admisión de Turquía en el concierto europeo. Lo que de esta escuela queda, con más ó menos acentuación, según los temperamentos y las aficiones políticas, lo que en ella hay de verdad,

es: que ciertos pueblos, como ciertos hombres tienen predisposiciones y aptitudes mejores que otros para ciertas empresas y cierto modo de vivir; y que en estas predisposiciones entran por mucho el medio ambiente, las condiciones físicas é históricas superiores ó extrañas á la voluntad del individuo. Pero sobre las predisposiciones, tratándose de lo que es pura y generalmente humano, está la educación, el trabajo, la voluntad. Y de ésto, la misma historia inglesa ofrece hartas pruebas, de las que sólo quiero tomar las que se desprenden de un órden particular de su vida política.

Lo que sobre todo destaca en la vida política inglesa, lo que al primer golpe de vista se advierte y lo que todo el mundo dice (sin entrar en profundidades ni distingos) que la señala y precisa, es de un lado la plena libertad de que en la Gran Bretaña disfruta la persona y la opinion del hombre; y segundo, la intervencion cada vez creciente del ciudadano en la gestion de las cosas comunes, á partir de la esfera municipal, base irreductible y característica de todo el *self-government* británico. Ahora bien; ¿esto es el resultado de condiciones excepcionales de la sociedad inglesa? ¿Es esto el lote del sajón? ¿Es el privilegio del europeo? Pues poned los ojos en el mundo colonial británico. En él se dan esos dos mismos toques que caracterizan, segun un ilustre escritor norte-americano, lo que se llama la libertad inglesa. Pues bien; el Canadá es mitad francés, mitad inglés; es más católico que protestante; existe en el continente americano; el ingreso de la parte inferior, bajo el pabellon británico data de 1763, y las leyes civiles y las costumbres francesas continúan privando en toda esa parte, hallándose dotada toda la colonia del *self-government*, en su plenitud; del Gobierno *responsable* desde 1850, que es el toque característico de esa vasta comarca, constituída definitivamente en 1867, con el nombre de *El Dominio del Canadá*, en el cual se comprenden ademas del Canadá alto y bajo, las provincias de Nueva Escocia, Nueva Brunswik, Manitova, Colombia y el Príncipe Eduardo: una extension de 3.483.952 millas inglesas y una poblacion de 3.602.321 habitantes.—El Cabo, la gran Colonia del Cabo de Buena-Esperanza, cuya área pasa de 200.000 millas cuadradas, y su poblacion de 636.000

almas, fué obra de los holandeses, ocupándola Inglaterra hácia 1806; el número de europeos no excede de 6.000; el resto lo constituyen hombres de color, africanos todos, de mayor ó menor cultura y civilizacion; como que desde 1865 forma parte de la colonia la Cafrería; y sin embargo, desde 1853 disfruta de todas las libertades públicas y del Gobierno *representativo*, forma secundaria del *self-government*, y desde 1872, del Gobierno responsable, lo mismo que el Canadá, y Newfoundland, y Nueva Zelanda, y Nueva Wales, y Queensland, y Australia del Sur, y Tasmania y Victoria, esto es: casi todas las grandes colonias inglesas: una extension de 2.572.000 millas inglesas cuadradas y mas de 5 millones de almas.—Las Bahamas, archipiélago colocado cerca de la Florida y de Cuba; del que forma parte la célebre isla de San Salvador, la primera descubierta por el inmortal Colon; abandonado ó vendido por los españoles, y adquirido definitivamente por los ingleses en 1783, y con una poblacion de 11.000 negros y 3.000 blancos disfruta desde los comienzos del siglo del gobierno representativo, institucion que priva asimismo en las Bermudas, islas perdidas en la inmensidad del Atlántico, y donde de 10.000 habitantes, la mitad son africanos, y de la otra una buena parte mulatos. Y como estas colonias son regidas las Islas de Leeward y Windward, Natal y Ceilan, con extension de mas de un millon de millas cuadradas con 3.600.000 habitantes. Nada hay que decir sobre las cinco colonias de Australia, donde existe el Gobierno responsable, fuera de la Australia Occidental, la ménos poblada, que se rige por el sistema representativo. Y no quiero hablar de Antillas de tradicion tan autoritaria y esclavista como Jamaica y la Trinidad (de procedencia española) ni de establecimientos tan excepcionales como el de Sierra Leona, ni de colonias relativamente atrasadas como las Islas Falkland y la Costa de Oro, y Lagos, etc., donde si bien es cierto que el Gobierno de la Metrópoli interviene más ó ménos activamente en la legislacion, y se reserva la suprema autoridad legislativa, en cambio reconoce la de las Legislaturas ó Cámaras locales, y consagra las libertades públicas y abandona á las localidades todo lo que toca á su administracion interior. Y la misma India, despues del Acta de constitucion del Consejo legislativo de 1859;

y de las leyes municipales, en particular la de 1868; y de los Códigos penal y de procedimiento criminal y civil, y de la ley de la renta, y de la reforma del jurado, y la nueva organización judicial; la India que de ordinario se presenta por el vulgo como la demostración de las ideas estrechas y los procedimientos brutales de Inglaterra, ofrece el raro espectáculo de que en los altos Cuerpos del país, en el Consejo legislativo y en el Supremo Tribunal tengan lugar representantes de las razas dominadas, verdaderos indígenas entrados en la vida moderna, y que la libertad personal como la libertad de opinión, sean lo mismo para indígenas que para europeos; enteras, perfectas, absolutas, como si se tratara de las amplitudes de Hyde-Park. De suerte que estas libertades han ido á todas partes, se han establecido entre todas las razas, y se han instalado en pueblos de edades y condiciones absolutamente diversas, y lo que es más, han fructificado, han producido el desarrollo, la riqueza, el esplendor de esos pueblos, apartados desde la época de la felicísima reforma del sistema colonial inglés de las turbulencias y revoluciones de los pueblos latinos de la vieja Europa. Si Inglaterra no tuviera á la gratitud del mundo y al aplauso de los hombres liberales otro título que el de haber llevado con su bandera á todas partes el espíritu de sus instituciones y sus libertades públicas, demostrando así que la libertad es cosmopolita y el derecho es uno, bastarian seguramente, para atraerle el general respeto la grandeza y originalidad de este mismo empeño.

De más de esto conviene reparar bien en las condiciones especiales de Inglaterra para que ciertas instituciones hayan brotado y crecido en aquel país de un modo verdaderamente admirable; porque quizá en la apreciación de esas condiciones se cometa grave error, suponiéndolas de una naturaleza ó una duración tales que positivamente hagan del pueblo inglés un pueblo *único* en el universo.

A mi juicio, esas condiciones pueden clasificarse en dos grupos. Las unas naturales y verdaderamente propias de los ingleses, aunque no por esto imposibles de toda modificación é impenetrables á toda influencia: tales son el carácter del sajon y las condiciones geográficas y mesológicas del país. Las

otras tienen un carácter puramente histórico: tales son, primero : el establecimiento de los normandos en Inglaterra y la constitucion de la nacion inglesa; despues, la introduccion y exaltacion del protestantismo con carácter oficial en aquel país; y por último, las costumbres y hábitos que todos estos hechos produjeron con una antelacion de más de tres siglos al resto del mundo europeo.

En términos compendiados puede decirse que el sajón ha sido desde sus primeros días y continúa siendo hasta donde la influencia de los nuevos tiempos se lo permite, un espíritu, serio, activo, reservado y profundamente *particularista*. Historiando Taine, en su bello libro sobre la literatura inglesa, describe con mucho acierto á los primitivos sajones. «Grandes cuerpos, blancos, flemáticos, con ojos bravíamente azules y cabellos de un rubio rojizo, estómagos voraces, repletos de carne y de queso, recalentados por fuertes licores, temperamento frío, tardío para el amor, gusto por el hogar doméstico, inclinacion á la borrachera brutal; tales son aún en estos días los rasgos que la herencia y el clima mantienen en la raza, los mismos que los historiadores romanos les descubrieron en su país primero... Pero bajo esta barbarie nativa habia nobles tendencias desconocidas para el mundo romano que de sus restos debian sacar un mundo mejor. En primer término : «cierta seriedad que los separa de los sentimientos frívolos y los conduce á la via de los elevados sentimientos.» Desde el origen se los encuentra tales en Germania, severos de costumbres, con inclinaciones graves y una dignidad viril. Viven constantemente (segun Tácito), cada uno cerca de la fuente ó del bosque que le ha placido. Hasta sus aldeas, sus chozas, no se tocan. Tienen necesidad de independencia y de aire libre, ningun gusto por la voluptuosidad; en ellos el amor es tardío, la educacion dura, el alimento simple. Sus diversiones la caza del uroch y el salto sobre espadas desnudas. Su tentacion, la borrachera violenta, las apuestas peligrosas : su inclinacion no hácia los placeres dulces sí que á la excitacion fuerte. En todo, en los instintos rudos, en los instintos viriles son hombres. Cada uno en su casa, en su tierra, en su agujero es dueño de sí, está de pié y entero... Cuando la comunidad le toma

algo, es que él lo concede. Vota armado en todas las grandes resoluciones comunes, juzga en la asamblea, hace alianzas y guerras privadas, emigra, obra y se atreve (Tácito). El inglés moderno está todo en ese sajón... En quince siglos la idea del matrimonio no ha variado en esta raza. La esposa al entrar bajo el techo de su marido sabe que se da toda entera: «que hará con él un solo cuerpo, una sola vida, que no tendrá otro pensamiento ni otro deseo, que será la compañera de sus peligros y sus trabajos, y sufrirá y se atreverá á todo lo que sea, en la paz y en la guerra.» Replegado en sí mismo por la tristeza y la rudeza del clima, ha descubierto la belleza moral, mientras otros descubrían la belleza sensible. Esa especie de bruto desnudo, que yace todo el día cerca del fuego, inerte y súpido, ocupado en comer y en dormir, cuyos órganos enmohecidos no pueden seguir los lineamientos precisos y finos de las hermosas formas poéticas, entreve lo sublime en sus conturbados sueños. No se lo figura, pero lo siente: su religión es ya interior como lo será en el siglo xvi cuando rechace el culto sensible importado de Roma consagrando la fe del corazón. Sus dioses no están encerrados en murallas, no tiene ídolos. Lo que designa con nombres divinos es no sé qué invisible y grandioso que circula á través de la naturaleza y que se adivina más allá: misterioso, infinito, que los sentidos no alcanzan, pero que «la veneración revela,» y cuando más tarde las leyendas precisan y alteran esta vaga adivinación de las potencias naturales, una idea queda en pié, en este caos de sueños gigantescos: que el mundo es una guerra y el heroísmo el soberano bien (1).

Todos estos toques del carácter sajón se pueden rastrear en la obra social británica, y singularmente en su obra política. El inglés hace de la vida una empresa seria, y para pasarla ni compromete ociosamente su existencia, ni fia en su estrella, ni se gasta en un solo día.

Time is money, dice; y crea la caja de ahorros y el seguro en lugar de la lotería. La prudencia con que dispone de sus fuerzas, y la detención con que mira los empeños, le llevan á fijar

(1) *Histoire de la littérature anglaise.—Tome I. Livre I.*

bien el límite de su acción y el término de su empresa. En ninguna parte la asociación tiene mayor importancia; pero en ninguna tampoco las asociaciones concretan más su objeto ni reducen más los compromisos de los asociados. La sociedad anónima (*limited company*) es esencialmente inglesa.—Su vida arranca del *home* : del *interior* sagrado, inviolable, inasequible para las gentes de la calle, para los extraños á la *intimidad* : y despues de la *vestry*, es decir, la parroquia, en cuanto representa aquel conjunto de intereses morales y materiales que inmediata y necesariamente tocan al hombre al poner el pié fuera de su casa y respecto de los cuales tiene y usa voz y voto, sin más título que el de la vecindad. De aquí el progreso por grados, por etapas: la conquista de las libertades y los derechos, bajo la forma de *privilegios* ; y, en fin, esa importancia de las localidades y esa forma de administración por comités y juntas *especialísimas* que tanto choca con el ideal de la administración pública en los pueblos latinos, y sobre la que tan enérgicamente ha comenzado á obrar en la Inglaterra de ahora el espíritu democrático, generalizador, universalizador é igualitario de los novísimos tiempos.

Por otra parte, el clima y la situación geográfica de las islas británicas, no podían ménos de influir en los caracteres de los hombres, en la corriente de las ideas y en el sentido de las instituciones. En exageración ya raya lo que del cielo nebuloso, el temple frío y la atmósfera húmeda de Inglaterra se dice. Cierto que todo lo que en aquellas felices islas es ajeno al esfuerzo del hombre, todo parece triste, todo inspira disgusto, todo empuja á la melancolía y la reclusion. La calle, la plaza, el paseo no atraen, como en estos países meridionales, en que se vive en casa sólo lo estrictamente necesario para satisfacer aquellas exigencias que, como la alimentación y el reposo parece que deben ser atendidas en el seno de la familia y en la tranquilidad del hogar. En Inglaterra, sobre todo en la Inglaterra propiamente dicha, el gas ha sustituido al sol, que á las veces y como decía el elocuentísimo Galiano, asoma entre velos, pálido y tembloroso, reducido á las proporciones de una amarillenta oblea. A la calle se va únicamente cuando es indispensable; y se cruza con paso apresurado, al vuelo. En Lóndres

todo el mundo tiene negocios y frío. La franca comunicacion, el desbordamiento de los pueblos latinos, la propaganda inconsciente de la conversacion, de la charla, son allí punto ménos que desconocidas. Bien que hasta la lengua lo resiste : la lengua estridente, gutural; de aluvion, de toscos marineros y brutales montañeses. Stendhal decia que el *esprit* pierde un 75 por 100 al arribar á las costas inglesas : y en verdad que á nada bueno predisponen los desnudos riscos de Fokestone, ó las pastosas y sucias olas del Támesis, despues de la difícil navegacion de aquellos mares de la Mancha que el marino surca los más de los meses haciendo vibrar por minutos la campana de aviso y lucir á medio dia la linterna de popa para evitar un desastre.

Estas circunstancias naturalmente han dificultado la influencia exterior, confortando el sentido particularísimo de la raza sajona; miéntras en el continente europeo la continuidad y contiguidad de territorios, la relativa templanza del clima, los suaves pasos del riguroso al dulce y vice-versa, y en fin, la analogía de los peligros y las necesidades de todos los pueblos determinaban una gran relacion entre éstos y cierto comun sentido aún entre países de procedencia germana y latina; como lo demuestran las Cruzadas, el Papado, el feudalismo, la monarquía, el Renacimiento y la Reforma.

Montesquieu ha escrito : «La esterilidad del terreno del Atica estableció en él el gobierno popular y la fertilidad del de Lacedemonia el aristocrático... Los países fértiles son unas llanuras donde no se puede hacer resistencia al más fuerte, por lo que hay que someterse á él; y una vez hecho esto no es posible que se recobre el espíritu de libertad; pues los bienes del campo son una prenda de la fidelidad. Pero en los países montuosos se puede conservar lo que se tiene, y es poco lo que hay que conservar. La libertad, esto es, el gobierno de que se goza es el único bien que merezca defenderse. Así, pues, reina más la libertad en los países montañosos é intransitables que en los otros que parecian más favorecidos de la naturaleza... Los países no están cultivados en razon de su fertilidad, sino en razon de su libertad; y si se divide mentalmente la tierra, causará admiracion el ver la mayor parte del tiempo desiertos en las partes más fértiles y poblaciones numerosas donde pa-

rece que el terreno lo niega todo. Es natural que un pueblo deje un país malo por ir á buscar otro mejor, no que deje un país bueno por otro peor. La mayor parte de las invasiones suceden, pues, en los países que la naturaleza habia formado para ser felices; y como no hay cosa que esté más cerca de la invasion que la devastacion, los mejores países son por lo regular los que están despoblados, miéntias que el horroroso país del Norte permanece siempre habitado, por el motivo de ser inhabitable (1).»

Y en otra parte dice: «La esterilidad de las tierras hace á los hombres industriosos, sóbrios, curtidos en el trabajo, valerosos y aptos para la guerra, puesto que es preciso que busquen lo que les niega el terreno. La fertilidad del país trae con las comodidades de la vida, la desidia y cierto apego á conservar la vida.» Y añade: «Los países que ha hecho habitables la industria de los hombres y necesitan para existir de esa misma industria, llaman á sí el gobierno templado (2).» Y, por último, escribe: «Los pueblos isleños son más inclinados á la libertad que los del continente. Las islas tienen por lo regular corta extension; no es fácil emplear una parte del pueblo en oprimir á la otra; el mar los separa de los imperios grandes y la tiranía no puede auxiliarse. Los conquistadores se encuentran detenidos por el mar: los isleños no quedan envueltos en la conquista y conservan más fácilmente sus leyes (3).»

Con ciertas reservas (porque el absolutismo de la doctrina concluiría con la libertad), sirve la crítica del ilustre jurisconsulto para explicar, en cierta parte, alguna de las instituciones inglesas, y sobre todo el sentido general político de aquella sociedad. Pero como ya he indicado, con éstas han influido otras causas.

La invasion definitiva de Inglaterra por los normandos hácia 1066 (pues que ántes y desde fines del siglo ix ya los *hombres del Norte* habian hecho repetidas incursiones en la Bretaña) produjo la destruccion de la heptarquía anglo-sajona, la confiscacion de casi toda la propiedad de los indígenas, el des-

(1) *El espíritu de las leyes*, libro xviii, capítulos 1, 2 y 3.

(2) *Idem*, id., cap. 6.º

(3) *Idem*, id., cap. 5.º

arrollo y privanza del régimen feudal y la constitucion de la unidad nacional. Pero todo esto, y señaladamente lo último, se realizó de un modo muy diverso al que ofrece la historia del continente europeo, y más aún la historia de aquella época. Los feudos fueron tan numerosos como de escasa extension, y el monarca (Guillermo el Conquistador), desde el primer momento, en la dieta de Salisbury de 1085 exigió y obtuvo de todos sus inferiores, así de los barones como de los vasallos de éstos, el reconocimiento directo de su autoridad. En el continente pasaba otra cosa. El vasallo prestaba juramento de obediencia á su señor próximo, y éste era el que por sí y por los demas lo prestaba al rey, reducido al papel del primero entre los señores; de suerte que en caso de conflicto, el vasallo estaba obligado á seguir ántes al baron que al monarca. De otro lado, la extension de los feudos continentales pecó siempre de considerable, lo que daba á los señores una gran fuerza, rebajada en Inglaterra por la doble circunstancia del número total de feudos y de la posesion por parte de la Casa Real de más de 3.099, de ellos 1432 exclusivos del rey.

Uníase á esto la circunstancia de poseer Guillermo y sus sucesores, por espacio de tres siglos, el ducado de Normandía, en territorio francés; ducado que no abarcaba ménos de la tercera parte de la monarquía francesa. De él sacaba gran fuerza el Conquistador, y los soldados normandos sirvieron no pocas veces para domeñar á los barones ingleses; lo cual debió producir hondas consecuencias en la vida política británica, de tal suerte, que Brougham dice que es cierto «que áun cuando los esfuerzos de los barones normandos, ayudados por el rey de Francia para sacudir el yugo del duque embarazaron frecuentemente á éste y le impidieron dedicar la bastante atencion al arreglo de sus negocios de Inglaterra, tambien lo es que el primer establecimiento de una Constitucion, un tanto parecida á la actual, no ha tenido efecto hasta el siglo XIII, despues de haber sido arrebatadas á la corona inglesa aquel ducado y todas sus posesiones del continente.»

De todo esto resultó, primero, la exaltacion de la monarquía, y por tanto el triunfo de su empeño capital de afirmar la unidad de la nacion, por lo ménos tres siglos ántes que sucediera

una cosa análoga en el resto de Europa : segundo , la acción directa del absolutismo monárquico sobre todas las clases sociales : tercero, la identificación de la suerte de éstas frente á la monarquía ; y cuarto, la participación activa de las clases superiores en la obra de recabar las libertades públicas, limitando las prerrogativas de la monarquía, y el afianzamiento de la influencia moral de estas clases sobre las inferiores, de cuyos intereses se hace defensora, al punto de aparecer, con el transcurso de los tiempos, por la confianza que en ellas se deposita, y por la misma dificultad de obrar del tercer estado, como el verdadero representante de éste.

Si se necesitaran más pruebas de cierto género de lo arriba dicho, podrían alegarse dos hechos de palpable significación. El uno, la ninguna importancia que en el cuerpo jurídico británico (y aún entre los escritores ingleses hasta el siglo pasado) tuvo el derecho romano. El otro, el origen y carácter de la célebre *Charta Magna*. El derecho romano fué desde el siglo XIII el arma poderosa de la monarquía contra los privilegios locales y señoriales, y contra los intereses de la teocracia. En Inglaterra la autoridad monárquica estaba afirmada, cuando en el resto del mundo europeo era preciso acudir á los romanistas; y cuando este recurso fué utilizado en el continente, era tarde para Inglaterra, cuya aristocracia se había impuesto con un sentido, eso sí, diverso al de la Europa de su tiempo. La *Charta Magna* y la *Forest Charter* son una imposición á los reyes por los barones ingleses en los primeros días del siglo XIII, esto es, en 1215 y 1225 respectivamente. Los sesenta artículos de la primera pueden clasificarse en cuatro grupos. El uno abarca todas las disposiciones encaminadas á poner fuera de la acción real los bienes y las personas de los señores. Niégase al rey el derecho á las tierras dejadas por aquellos á su muerte : la tutela de los menores, el embargo por causa de felonía por más de un año y la necesidad de contar con el voto del Consejo general (compuesto sólo de las altas clases) para los subsidios, fuera de los casos de rescate del rey, recepción como caballero del príncipe primogénito y matrimonio de la princesa mayor. El segundo grupo lo forman las franquicias de carácter general; por ejemplo, el *Habeas corpus* (es decir, el gérmen

del *Habeas corpus*), el juicio por los pares (el Jurado) y la administracion de la justicia real en los condados, sedentaria y fija. Todo lo cual alcanzaba á todos los ingleses sin distincion de clase. El tercer grupo comprendia las franquicias otorgadas al tercer estado, respecto de los señores, y en este caso se hallaba el veto á toda exaccion de contribuciones, sin la voluntad de los contribuyentes, fuera de las tres excepciones establecidas respecto del rey, y que ahora deberia entenderse respecto del señor. Por último venian las prescripciones relativas á los comerciantes y la libre circulacion de mercancías. Como se ve, esta *Charta* limitativa del poder real no afirmaba exclusivamente el privilegio de las altas clases; pero todo su sentido era aristocrático. Hacer más, hubiera equivalido á romper con la clase inferior, cuyo apoyo y cuya representacion tenian los barones, bien al contrario de lo que en el continente sucedia; pero de todos modos, para comprender el carácter verdadero de la *Magna Charta* por lo que hace al tercer estado, bastaria compararla con los fueros ó cartas municipales que en España, por ejemplo, dieron los reyes en frente de la aristocracia. Por último, la *Charta de Forest* de 1225 vino á acentuar más el sentido y sabor de la *Magna*. Por aquella fueron devueltas á los señores todas las tierras de que por varios motivos se habia apoderado el mal aventurado rey Juan, y se creaba en los condados una especie de comision ó tribunal compuesto de doce caballeros para la averiguacion y remedio de los abusos á que daba origen la administracion de los bosques y la conducta de los sherifs y oficiales de la corona: en rigor, una comision aristocrática para coartar ó anular la accion real en los condados, esto es, en casi todo el país. Despues vinieron actas y leyes que secundaron este sentido hasta llegar á los Tudors (siglo xvi), en cuya época la monarquía se levanta sobre el sentido general de la política imperante, reduciendo á un papel secundario al Parlamento é inaugurando la época del absolutismo en Inglaterra, que dió de sí la revolucion republicana de 1649 y la definitiva de 1688, hecha con el espíritu de las *Chartas* del siglo xiii, y bajo la direccion de las clases superiores de la sociedad británica.

Bastan estas indicaciones para que se comprenda el arraigo

y fuerza que las libertades públicas tienen en Inglaterra; el desarrollo que adquiere el Parlamento como limitativo del poder real; el sentido aristocrático que la representación del país y á la postre toda la Constitución política toman para llegar, mediante la revolución del 88 á una verdadera oligarquía, y en fin, el carácter y la forma de *privilegios* y fueros particulares y franquicias locales que la libertad reviste en su avance á través de los tiempos.

Por otro camino producía sus efectos, y determinaba ciertas disposiciones en favor de la libertad el protestantismo, entronizado en Inglaterra hácia 1530, bajo el reinado de Enrique VIII, ó mejor dicho, bajo el reinado de Isabel, la vírgen, hácia 1562, fecha del *Acta de uniformidad*. Importa bien fijar el modo y circunstancias de la influencia de la Reforma en el derecho político británico. Ciertamente que en ninguna parte de Europa la Reforma se presentó como la aliada de la libertad política en el siglo xvi. El alcance primero y natural del protestantismo de Lutero, se reducía á discutir á la Iglesia de Roma la exactitud de sus interpretaciones de los Libros Sagrados. Respecto del fundamento de éstos y de lo esencial del cristianismo, no habia verdaderas diferencias; y en cuanto al espíritu de intolerancia, baste recordar la de los mismos luteranos respecto de los calvinistas y arminianos en Alemania y Holanda; la de los calvinistas respecto de los luteranos y católicos en Suiza, y la de la Iglesia oficial respecto de católicos, judíos y disidentes en Inglaterra. Pero hay una cosa superior á la voluntad y á las circunstancias de los hombres, y es la lógica de las ideas. La Reforma, en su origen y en su primer desarrollo, podrá haber revestido aquellos caracteres; pero en el fondo del movimiento protestante del siglo xvi, ¿qué habia? Dos cosas: la afirmación del libre exámen, y la reacción del sentido *humano* contra la exageración espiritualista que la Iglesia habia hecho triunfar desde el siglo x. En vano los doctores del protestantismo pretendían limitar la crítica religiosa. En virtud del mismo principio en que ellos se apoyaban para discutir la exactitud de sus interpretaciones y comentarios á los católicos, los disidentes se apoyaban para negar la exactitud y legitimidad de los Libros Sagrados y de las doctrinas que los

protestantes ortodoxos sostenían como buenas, de acuerdo en este particular punto con la Iglesia de Roma. Y si el libre exámen se afirmaba en la conciencia, frente á una autoridad tan alta, y tan augusta, y tan fuera del alcance humano, como parecía la religiosa, ¿cómo extrañar que á la postre se alzase frente á autoridades tan terrenales como la monárquica, y en general la de todos los poderes políticos del mundo europeo? Por esta vía, pues, de este modo indirecto, el protestantismo sirvió al desarrollo de las instituciones británicas en el sentido de la libertad; no pudiendo olvidarse la circunstancia de que las dos veces que el poder monárquico vino á tierra, con horrible estrépito y universal escándalo, en 1648 con Carlos I, y en 1688 con Jacobo II, el primer interés que jugó en el drama fué el religioso (en su aspecto político), sostenido en la primer ocasión por los puritanos y disidentes, con Cronwell, Milton Sydney, y despues por el anglicanismo de los Russell, los Hampden y Damby, los Shrewsbury, ayudados enérgicamente por las demas sectas no conformistas contra las tendencias neocatólicas de los Estuardos.

Todavía hizo más el protestantismo en Inglaterra. La Reforma no entró allí como una idea de propaganda, ni siquiera con la influencia más ó menos contenida que ejerció en los Estados septentrionales de Alemania, hasta arraigarse en ellos despues de la Paz de Religion y de la Paz de Westfalia, ni, en fin, del modo que apareció en Francia, animando un grupo de disidentes políticos como los de la Rochela y los protegidos del Edicto de Nantes. No. El protestantismo fué en Inglaterra desde su aparición (prescindiendo de los chispazos del siglo XIII y de las tentativas de Wiclef y los *Collars*) la religion oficial, el interés religioso de las clases altas, de los altos poderes. De aqui dos graves consecuencias.

La primera, la separación de Inglaterra de la corriente general europea. En 1530, el Concilio (*convocation*) del clero anglicano declaraba al rey «supremo protector, señor y jefe de la Iglesia de Inglaterra,» y en 1534, «que el obispo de Roma no era en Inglaterra superior á cualquiera otro obispo extranjero.» Por aquellos dias, el Parlamento suprimia las apelaciones á la córte romana, y el diezmo, las dispensas y las bulas de ins-

tituciones procedentes de Roma. Y entónces se establecen el *juramento de supremacía* y el *acta de uniformidad*, bases de la Iglesia oficial anglicana, y punto de partida de las persecuciones religiosas de que son víctimas casi hasta nuestros días los disidentes, y sobre todo los católicos, *súbditos de un príncipe extranjero*, como constantemente han afirmado sus perseguidores. Por esto se explica el hecho singularísimo de que jamás haya tenido fuerza alguna, ni directa, ni suplementaria en Inglaterra el derecho canónico; que como es notorio, ha entrado en la vida jurídica y constituido una de las fuentes del derecho europeo.

La otra consecuencia fué el determinar al elemento católico (por decontado, nunca él solo) á sostener y representar la causa de la expansion, de la libertad y del progreso, frente á la intolerancia del poder civil y el exclusivismo de la Iglesia anglicana. Esta actitud de uno de los factores más importantes de la sociedad moderna, evitó á Inglaterra una de las mayores dificultades con que casi todos los demas pueblos del viejo mundo han tenido que luchar para establecer sobre sólidas bases el edificio de la libertad civil: porque notorio es que la direccion dada por el Papado, sobre todo á partir de las Decretales de Graciano, á sus trabajos en el órden político, conducia abiertamente al imperio de la teocracia, que al fin consiguió bajo ciertos respectos en Portugal hácia el siglo xvi, y más completamente y hasta llegar á nuestros días en las célebres misiones del Paraguay, y en la oscura y atrasadísima República del Ecuador. Esta dificultad y el peligro consiguiente, se rebajaban y casi desaparecian desde el instante en que para llegar á sus fines, el Papado y sus devotos más ardientes lo mismo que los católicos más templados (á mi juicio los más discretos y los mejor inspirados en la tradicion puramente cristiana, y en la obra de los primeros siglos de nuestra era), ponian todo su ánimo en la conquista de la libertad religiosa, de la igualdad ante la ley, del derecho comun para toda clase de personas y creencias.

Todas estas causas (y prescindo de otras de menor bulto y más corto alcance) influyeron necesariamente, no sólo en el advenimiento, si que en el desarrollo de la libertad en Inglaterra;

pero no fueron, ni podían ser la *misma libertad*. Todavía se podría y se debe conceder más : todas esas causas determinaron modos particulares de ser y de vivir el derecho y la libertad ; pero hay que añadir que aún tratándose de esos modos, no todo en ellos es absoluta y exclusivamente británico, de tal suerte, que sólo en Inglaterra se puedan dar. Se han dado, sí, se han dado allí con preferencia y con anterioridad ; pero no porque fuese imposible su presencia en otras partes.

Por ejemplo, la reducción de los empeños políticos á empresas singulares, parciales y sucesivas—es decir, á todo aquello que choca más con el espíritu totalista, generalizador, universalizador de la raza latina,—es indudablemente, un efecto del carácter del pueblo sajón y de las circunstancias geográficas é históricas que le encuadran ; donde arraigan la fuerza extraordinaria que la costumbre tiene en Inglaterra ; su oposición á toda codificación y su predisposición favorable á las leyes parciales y al mantenimiento del período constituyente siempre abierto. De la propia suerte aquellas circunstancias y las relaciones históricas de las clases superiores y las inferiores, el hábito de la dirección de aquellas, su constante resolución de ponerse á la cabeza de las grandes empresas nacionales, y de prestar apoyo á la causa de las libertades públicas ; su misma decisión para dar el rostro y sostener con su autoridad, su inteligencia y sus recursos pecuniarios las grandes reformas, de suerte que los intereses del progreso, el espíritu de mudanza, los avances de la misma democracia no hallen en su seno, como en casi todo el continente, *solo* implacables enemigos, si que amigos entusiastas y discretos adversarios ; todo dificulta, casi imposibilita las revoluciones violentas, los *saltos en las tinieblas*, las grandes catástrofes que siguen á esas campañas frenéticas que las clases inferiores, ofendidas, atropelladas, provocadas, faltas de toda dirección y todo respeto, entregadas á sí propias, á sus odios y sus esperanzas, á sus recelos y sus pasiones, acometen y realizan blandiendo la espada de fuego del ángel de las venganzas.

Y bien ; estos resultados, cuyos excelentes efectos han puesto á Inglaterra en disposición de adelantarse al resto de Europa en el goce de la libertad y del derecho ; estos resultados, que á su vez han producido en Inglaterra instituciones, y más si

cabe, prácticas, usos, hábitos, costumbres, ideas, tendencias, aficiones y hasta preocupaciones que á su turno sirven de causas de nuevos desarrollos de aquellas instituciones mismas y del advenimiento de otras que las complementan ó las acentúan: estos resultados, como medios de progreso, ¿no son aseguibles de otro modo que los indicados hasta aquí ni en otra parte que en la ejemplar y afortunada Inglaterra? Por ventura, ¿son en sí mismos algo especialísimo, algo extraño al carácter general humano? ¿Acaso no responden á virtudes, á prendas de inteligencia y de carácter que ningun pueblo puede atribuirse exclusivamente, en potencia y en acción, por más de que determinados pueblos hayan podido palpar sus grandes ventajas y sus admirables consecuencias ántes y mejor que los demás, por haber puesto en práctica ántes y mejor que estos, por causas ora propias, ora extrañas, los recursos y los medios morales é intelectuales á que aquellas consecuencias se refieren?

A mi juicio esto no es ni puede ser un problema. Demas que sólo cerrando voluntariamente los ojos á lo que hoy sucede en Norte-América, en Suiza, en Italia, en Bélgica, en Portugal, podria afirmarse que los procedimientos, la prudencia, el sentido y el espíritu político de Inglaterra, son cosas que no han salvado el Canal de la Mancha, ó que sólo bajo el cielo brumoso de la feliz Albion pueden crecer y fructificar. Lo que quedará como privativo de Inglaterra es algo de la manera, y las circunstancias y las causas ocasionales de aquellos resultados; ¿pero los resultados mismos?... ¡Qué colosal error!

Y ve aquí otro de los grandes títulos á la consideración y á la gratitud del mundo. Su experiencia, su costosa experiencia (porque muchas de esas virtudes, muchos de esos medios de progreso han costado trabajos infinitos, grandes dolores, rios de sangre), ha servido para que los pueblos de nuestra edad y los directores del gran movimiento político de nuestros dias puedan hacer su camino con más seguridad y ménos tiempo, y mayor éxito.

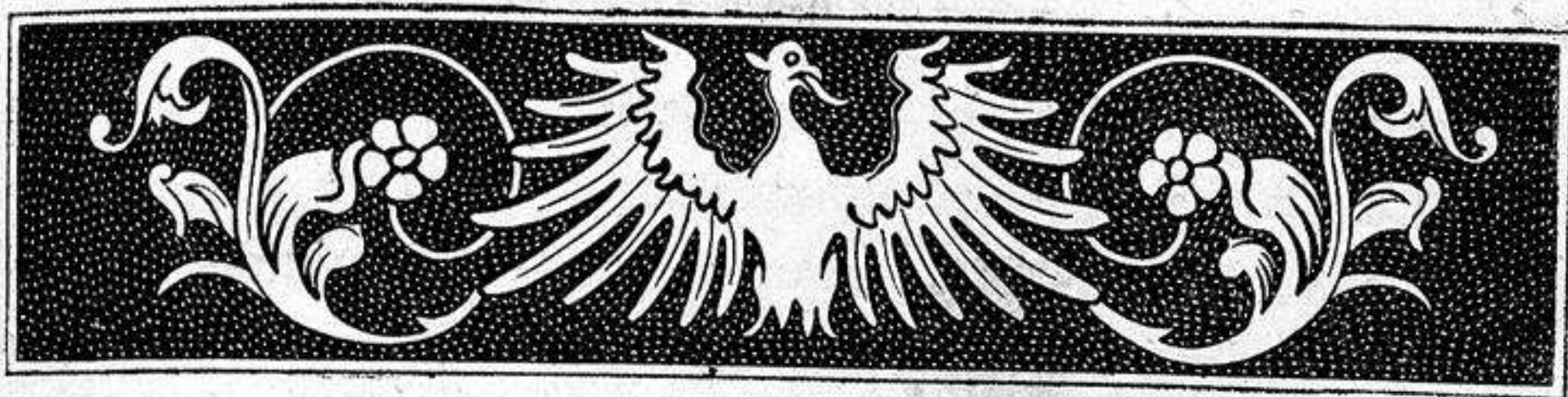
Pero no basta lo dicho hasta ahora para formar exacto juicio de lo que es Inglaterra en su orden político.

He examinado sus predisposiciones para la libertad; esto

es, lo que en ella parece más singular y característico. Es preciso dar otro paso para ver cómo el nuevo espíritu, el espíritu de la reforma política moderna, y en una palabra, de la democracia contemporánea ha penetrado en aquel país, determinando ideas, rumbos, compromisos, instituciones, cuya generalidad, cuyo cosmopolitismo en vano se pretendería negar.

RAFAEL M. DE LABRA.





SAFO (1)

(Al eminente poeta D. Gaspar Nuñez de Arce.)

La escena al pié de la roca de Léucada, que avanza sobre el mar.

SAFO

(Entra en escena, examinando los sitios que la rodean.)

Este es el sitio : la escarpada roca
Y el mar son estos que, en mi lucha interna,
Han de volver al conturbado pecho
El ansiado descanso que no encuentra.

Ya la Sibila lo predijo un dia...
Aún en mi corazon su voz resuena;
Aún la siento salir del ara santa
Del templo entre las fúnebres tinieblas.

Así me habló con inspirado acento :

(1) Del libro de *Tragedias*, próximo á publicarse, escritas en catalan por el Excmo. Sr. D. Víctor Balaguer, y traducidas en verso castellano por distinguidos poetas.

«El fuego ¡oh Safo! que tu pecho incendia
Léucade apagará; bajo su roca
De Accio se extiende el mar, y la ola inquieta
Que volvió á Deucalion, de Pyrra amante,
La paz que en vano demandó á su estrella.»

Así dijo el Oráculo; y sabido
El fallo de los dioses por la egrégia
Sibila, dócil al destino, Safo
Viene á intentar la peligrosa prueba.
¿No es ilusion?... ¿Soy Safo todavía?
¿Aquella Safo, admiracion de Grecia,
De Lésbos gloria, y émula de Alceo,
Que de la lira en las brillantes fiestas
Laureles conquistó, por él ansiados,
Y en los misterios del amor maestra?...

No soy ya aquella Safo, no. Vosotras,
Las de Lésbos mujeres hechiceras,
A quienes adoraba, no sin crimen,
Vosotras lo sabeis. Cydno la bella,
Como la leche blanca; Athis la rubia,
Dorada y dulce cual la miel hiblea,
Y mi grato solaz; y tú, Corina,
La que avivaste de mi amor la hoguera,
Ya encantos no teneis para hechizarme,
Ni encienden mi ilusion con su belleza
Las mujeres de Pyra celebradas;
Pues ni ávidos mis ojos os contemplan,
El corazon latiendo entusiasmado,
Ni ya mi lira en vuestro honor resuena!

Hoy vivo sólo de él. Su pensamiento
Nutre tambien mi pensamiento. Alienta,
Y le veo, y le siento en todas partes;
De todas partes á mi oido llega
El eco de su nombre, al alma herida
Más grato que la luz y el dulce néctar.

Vuelve á mis brazos, ¡oh Faon! Contigo

Huyeron para siempre mis serenas
 Horas de amor, cual las alegres hojas
 Que en sus giros el aire esparce y lleva,
 Dejando el tronco despojado y mústio.
 Hoy llora el alma y su dolor lamenta,
 Mirando las cenizas aún calientes
 De sus doradas ilusiones muertas;
 Y, pasado el naufragio de mi vida,
 Vivo porque los dioses me condenan
 A vivir de tu vida solamente,
 De tus dulces memorias halagüeñas,
 Que me inflaman á veces de improviso,
 —¡Recuerdos en que el alma se recrea!—
 Como el Éuro que indómito y pujante
 Atiza en su furor la llama intensa,
 Y prendiendo en monton de secas hojas
 Presto las torna en míseras pavesas.

¡Ay, mi Faon! Hoy vives apartado
 De mis amores y caricias tiernas,
 En la comarca alegre que rocía
 Con su lluvia de lava hirviente el Etna,
 Y yo en fuego me abraso aún más activo
 Que el del volcan que atronador revienta.

¡Ay, Faon! Las mujeres de Sicilia
 Ya sé que sólo en tus amores piensan;
 Ya sé que por tu amor muriendo viven,
 Y que en torno á su llama giran ciegas
 Cual mariposa que al volar se abrasa,
 Amando en tí lo que jamás se encuentra
 En hombre alguno de mujer nacido:
 Celestes dichas, goces que deleitan,
 Ardorosos coloquios, y deliquios,
 Y venturas ignotas y supremas!

Las beldades que á Vénus Afrodita
 Culto asídúo tributan lisonjeras,
 Ya se que, presas en tu hechizo, te aman
 Como amar solamente saben ellas;



Y ¡cómo no han de amarte, si en Sicilia,
Dando al olvido mi pasión violenta,
Vives, y sientes, y hablas, y amas sólo
Con el alma de Safo prisionera?

Y yo aquí, en tanto, vivo de recuerdos
De dulces tiempos que pasaron. Eran
Del pomífero otoño las hermosas
Y tibias tardes en que amor despierta,
Cuando parece que recobra el mundo
Del estío la vida placentera ;
Y era, entre todas ellas, una tarde
Que indeleble en el alma quedó impresa.

Purpurándolo todo, el sol huía
Con régia pompa y majestad serena ;
Al pié de altos escollos mansamente
La mar bullia; por la azul esfera
Ráudos cruzaban fugitivos besos
Entre blandos rumores ; la cadencia
Del trino de los pájaros se oía
Que alegres revolaban por la selva :
Todo era bello y dulce ; el sol brillando,
La tierra en flor, la mar salada inquieta,
Los cielos encendidos, impregnadas
Las brisas en balsámicas esencias,
El horizonte dilatado en fuego,
Y yo en tu amor y entre tus brazos presa!

De nuestros esponsales era el día,
Y aquel también en que con alma abierta
Safo á lúbricos goces, respirando
La atmósfera letal de su impureza,
Por tus amantes, redentores besos
De su amor criminal se alzaba absuelta!

¡Triste de mí, que sola, abandonada,
Como sombra sin cuerpo, cruzo incierta
El áspero camino de la vida,
Hollando abrojos que mi mal aumentan!

¡Triste, triste de mí!.. ¡Por qué los dioses,
Al fin dolidos de mi amarga pena,
No me arrancan también el pensamiento
Como á las sombras, de piedad en muestra!

Vivo sola en mi afán, sola en mis noches
De hórrido insomnio, y de martirio, eternas;
Sola con mis recuerdos que me abrasan!...
¡Y tú, oh Vénus, también á Safo dejas
En abandono!... ¡Oh Safo sin ventura
En quien la garra del dolor se ceba ;
Safo, más infeliz que Prometeo
Amarrado con bárbara cadena :
Prometeo un consuelo tiene al cabo...
¡No es él quien á sí propio se atormenta!

Cierro á veces los ojos, y contemplo
En rápida vision mi vida entera.
Allí miro mi infancia deslizarse
Cual manso arroyo que las plantas besa...
Allá mi juventud, como el torrente
Que entre fango al abismo se despeña...
Allí, en la oscuridad, mi primer crimen,
Que en adúltero lecho cometiera
Misterioso y furtivo, de otros muchos
Engendrador; y luego, sin reserva,
Ya á plena luz, el báquico desórden
De las lesbianas voluptuosas fiestas.

Impúdica bacante, todavía
Pienso encontrarme allí de goces ébria,
Mis besos y caricias prodigando,
Suelta al viento la undosa cabellera,
Con mi túnica blanca desceñida,
Desnudo el pecho, de pudor exenta,
Todos y todas de mi amor gozando
Con loco ardor que ni el exceso temple,
Viendo en mis brazos á mi fiel Corina,
Nunca más dulce, y amorosa, y bella.
Y contemplando en multitud confusa,

Al blando olor de la quemada cera,
 Al rojizo fulgor de las antorchas,
 Del saturnal festin junto á la mesa,
 Como veloz, vertiginosa danza
 Que la vista ofuscaba en su violencia,
 De las *hetáreas* la revuelta turba
 Por diáfanos cendales mal cubiertas.

¡Mas ya todo pasó por mi desgracia!...
 Ni se percibe el eco de las fiestas...
 Murió la *hetárea* Safo envilecida
 Para dar á otra Safo la existencia ;
 La Safo de Faon, que mariposa
 De alas de luz, de cándida belleza,
 Impura ayer, hoy ya purificada,
 Sobre la cumbre de sus vicios deja
 Sus mortales despojos, para alzarse
 Inmaculada á la region excelsa.

A nuevo sér me siento renacida ;
 Ya de Faon los brazos me sustentan :
 Lavada, redimida de mis culpas,
 Nube en el cielo azul de la existencia,
 Hoy vivo de mi amor más que del aire,
 Que amor, tan sólo amor, la vida alienta!

¿No te acuerdas, Faon, del amor mio?
 ¡Del mio!... No, del nuestro... ¿No te acuerdas?
 Vivíamos con vida embriagadora,
 Los dos en uno, con lazada estrecha
 En sér y pensamiento confundidos,
 Tú más amante cuanto yo más tierna!
 ¿Te acuerdas, dí? Las siestas á la sombra,
 La voz de la cigarra soñolienta,
 Las aves gorgëando, las templadas
 Noches de luna que el dolor consuelan,
 Los rumores del mar, del sol los rayos
 Intensos, que aún cedían en violencia
 A las gratas corrientes fervorosas

De nuestros ojos y almas de amor llenas.

Entonces todo lo que tú creías
Era ocasion tambien de mis creencias ;
Sólo pensaba lo que tú pensabas,
Y ansiosa ví de tu mirar las huellas,
No solamente por mirar contigo,
Mas por seguir la luminosa senda
Por tus amantes ojos recorrida.

Tú en mí, yo en tí viviendo, por doquiera
Tiernos amores íbamos sembrando ;
Doquier tambien dejamos, como estela
De luz fúlgida y blanca, y para ejemplo
De los nuevos amantes que vinieran,
La cámara en que holgamos, convertida
En templo del amor, con vida leda
Los sitios que dichosos recorrimos,
Perfumadas las áuras lisonjeras,
Y la tierra que hollaron nuestras plantas
Exuberante en pompa y en grandeza!

Mas ¡ay! tambien para mi mal pasaron
Aquellas horas, por que el alma anhela,
De placenteros, inefables goces!

Gratas horas de amor, horas risueñas,
Al lastimado corazon tan dulces
Cuanto amarga y profunda es hoy mi pena,
¿Dónde estais? ¿Dónde huisteis, bellas horas,
Bálsamo del dolor, de gloria emblema,
Que no porque os lograra en mi ventura
Sois ménos caras para el alma enferma?

¡Ay! ¿Qué me resta en mi viudez, ya rota
De pasados encantos la cadena,
Si no tormento, y soledad, y angustia,
Que del pecho me arrancan hondas quejas?

En desórden descenden mis cabellos,
Libres de la opresion de su áurea venda,
Por la flaca garganta ; mis vestidos

Son ya de toscas, enlutadas telas,
 Y olorosos unguentos de la Arabia
 No perfuman mi lácia cabellera.

¡Faon! ¡Faon! mi encanto, mi delicia,
 Sér de mi sér, imán de mi existencia ;
 Por más que con mirada escrutadora,
 Como busca el lebrel perdida huella,
 Sin dar reposo á mi mortal fatiga,
 Anhelante te busco por doquiera,
 No ven tu imágen mis dolientes ojos
 Que derraman su llanto en larga vena!

Hallo la fresca gruta donde, amantes,
 Henchida el alma de ventura inmensa,
 Unimos con delicia nuestros labios,
 Fidelidad jurándonos eterna ;
 Y, al penetrar en tan dichoso asilo,
 Miro en su fondo la pisada hierba
 Que, al ofrecernos tálamo de amores,
 De nuestros cuerpos conservó las huellas.

Acrecentando mi penar agudo,
 Afanosa recorro la alameda
 Donde no existe un álamo, uno solo,
 Que á nuestro mutuo amor ajeno sea ;
 Y á la sombra, y cercado de rosales,
 Donde del sol los rayos no penetran,
 El lecho de hojas en que tú dormías
 Reclinada en mi seno la cabeza.

Hallo tambien las apacibles ondas
 Que á nuestros piés mirábamos deshechas
 Cuando al caer la tarde, en dulces juegos
 Corriamos los dos por la ribera ;

¡Sólo á tí no te encuentra el alma mia!...
 Mas sí te encuentro en mi ansiedad extrema ;
 Que por doquiera te hallo sin hallarte,
 Y, sin verte, mi vista te contempla ;
 Pues no me es dado soportar la vida
 Si de tu amor la llama no me alienta!

Cuando me rindo al sueño, algunas veces
 De improviso mi espíritu despierta,
 Y en mi delirio junto á mí te siento
 Abrasando mi cuerpo en llama intensa,
 Tu corazon latiendo con el mio;
 Y con ánsia mortal, cual la pantera
 Que siente arrebatarse sus cachorros,
 Enloquecida me levanto y ciega.

Busco entónces tu boca palpitante
 Para beber enardecida en ella
 Con hondo afan tu abrasador aliento,
 Y en él todo el raudal de tu existencia;
 Y trémulos mis labios y febriles
 Buscan tus labios, que el amor hiciera
 Tierno nido de besos, y mis brazos
 Agítanse buscando en las tinieblas
 El cuerpo que enlazar, y solamente
 Estrecho el aire en mi fatal demencia.
 Y exánime, vencida, destrozada,
 Cual cae un cuerpo muerto, caigo yerta
 En el tálamo estéril, solitario,
 De mis noches de horror, crudas, eternas,
 Viendo, oh diosa, que tú me desamparas,
 Que todos ¡ay! en soledad me dejan!

¡Diosa inmortal del Erys! Yo me abraso.
 ¡Lava ardiente discurre por mis venas!
 ¡Vivir no puedo, no, diosa del Erys,
 Si no vivo por él, y de su esencia!
 ¡Hoy me enciendo ¡ay de mí! cual si á mi cuerpo
 La enrojecida túnica ciñera,
 Tinta en la negra sangre del Centáuro!...
 ¡Viva me abraso en mi pasion funesta!...
 ¡Mi alma se oprime, se me rasga el pecho!...
 Hórrido fuego mis entrañas quema!...
 ¡Oh Vénus, sálvame! ¡Diosa del Erys,
 Sálvame de mí misma, y, placentera,
 En tus altares colgaré mi lira,

Y por siempre verás, oh Citeréa,
 Por las gradas marmóreas de tu templo
 Arrastrarse de hinojos á tu sierva!
 Si me lo has de tornar, sálvame, ¡oh diosa!
 Y tuyas de mi amor las horas sean,
 Y tuya Safo, tuya en vida y alma...
 ¡Si no lo he de ver más, mi muerte ordena!

¡Oh mar, yo vengo á tí!... ¡Oh mar! Ya Safo,
 Sometida al oráculo, á tí llega,
 Pues al fin por la voz de la Sibila
 Pronunciaron los dioses su sentencia.

El fuego del volcan que me devora
 Han de apagar tus olas turbulentas,
 La salud devolviéndome. ¿Es la muerte
 Lo que tu seno oscuro me reserva?
 ¿Es esa mi salud?... ¡Venga en buen hora!
 Si á Faon no he de ver, ¡oh Parcas fieras!
 Safo que va á morir, Safo os saluda!

Ya que los dioses y los cielos niegan
 Oídos á mi voz, y ya que ingrata
 A mis cantos también Vénus se muestra,
 Tus abismos ¡oh mar! ábreme pía,
 Abre tu seno ¡oh mar! y á un tiempo sea
 Tálamo de mi boda regalada,
 Tumba gloriosa á mi memoria eterna!!

(Safo sube precipitadamente á la roca, y, desde lo alto, acompañándose con su lira, canta el siguiente):

HIMNO A VÉNUS.



¡Diosa que aplacas la tormenta ruda
 Sólo al influjo de tu blando acento;
 Más espantosa que en el ancho espacio
 Ruge en mi alma!

¡Madre Afrodita, que la azul esfera
Rápida cruzas en tu carro de oro ;
Oye este canto, de mi lira triste

Himno postrero!

Calma piadosa tus sañudas iras ;
Vuelvan los sueños que feliz gozaba ;
Logre venturas, ó mi vida alcance

Término breve.

Más que en las ondas de la mar bravía,
Halle la muerte en mi penar sin nombre :
Safo es esclava, y redencion no encuentra ;

¡Sálvame, oh Vénus!

(Arrójase al mar.)

JESÚS CENCILLO BRIONES.





LA POESÍA RELIGIOSA EN ESPAÑA (1)

II.



Qué contraste tan asombroso, señores, entre la decadencia de la poesía, como de las artes todas, en el pasado siglo y el florecimiento que han alcanzado en el presente! Con razón se ha dicho una y otra vez en este recinto, en las lecciones como en los debates, que el siglo XIX aventaja en mucho á los anteriores, porque no sólo hemos cultivado con mayor fortuna y más alto sentido los antiguos ideales y los antiguos géneros, sino que también hemos descubierto nuevos y más ricos horizontes para la inspiración del poeta, no imaginados siquiera por los vates de las pasadas épocas. Podemos decirlo con orgullo: este es en realidad el *verdadero siglo de oro* de nuestra poesía.

En esta fecunda y gloriosa regeneración de las letras, la poesía religiosa, ni ha muerto, ni ha quedado rezagada en el gran movimiento, ántes bien ha recibido tan vigoroso impulso, que no vacilamos en sostener que iguala, cuando no supera, bajo muchos aspectos, á la poesía religiosa de los mejores

(1) Véase el núm. 36 de esta REVISTA.

tiempos. Es más; ofrece caracteres tan singulares, fisonomía tan original y propia, ha pasado por tales transformaciones y tales cambios, que presenta la historia más variada, el conjunto más interesante, de tal suerte, que en ella, aún más que en la misma historia se puede seguir y conocer con clara verdad el desarrollo artístico y religioso de nuestro siglo.

Compendiando aquí sus notas características y sus rasgos determinantes para poderla abarcar y conocer más fácilmente, diremos, ante todo, que se despoja de la estacionaria uniformidad que la venia distinguiendo; que no se inspira ya tan sólo en ciertas y determinadas fases del ideal religioso-tradicional, sino en el ideal entero, y asimismo, en ideas y sentimientos religiosos diferentes; que al lado de esta poesía, que llamaremos *ortodoxa*, nace y se desenvuelve otra nueva que, siguiendo esta nomenclatura, apellidaremos *heterodoxa*, y que tanto una como otra, contienen multitud de tendencias y matices distintos, reflejando fielmente así la maravillosa variedad que ha ofrecido y ofrece en nuestra patria el sentimiento religioso. El rutinarismo y superstición de las últimas centurias, el espíritu bélico-religioso de los siglos medios, el ascetismo del renacimiento, las fases históricas del cristianismo católico, las nuevas transformaciones que ha recibido en nuestros días desde el ultramontanismo hasta el liberalismo, todas las direcciones de esta heterodoxia desde el escepticismo hasta el deísmo-filosófico y el espiritismo, todas, repetimos, han llevado el contingente de sus inspiraciones al valioso caudal de nuestra poesía religiosa. Puede decirse que en ella palpita entera la España religiosa de todos los tiempos.

Los dos grandes movimientos regeneradores de nuestras letras, el clasicismo y el romanticismo, favorecieron, por una parte, á la poesía religioso-tradicional, suscitando para ella nuevos días de gloria; pero, por otra, prepararon en algun modo el camino á la poesía heterodoxa que ya entonces hubiera aparecido franca y abiertamente formulada, si la intolerancia religiosa lo hubiera consentido. No pudo, pues, aparecer libremente hasta la revolución de Setiembre, que reconoció por primera vez en España el más grande y más santo de los derechos del hombre, la libertad de la conciencia.

En el clasicismo como en el romanticismo, predominaban, por consiguiente, dos tendencias distintas, favorable la una, contraria la otra, á la poesía religiosa, tendencias que representaron más principalmente, en el clasicismo, Lista la primera, Quintana la segunda; y en el romanticismo, respectivamente, Zorrilla y Espronceda.

La restauracion clásica del siglo xviii nos vino de Francia animada del espíritu pagano de todo clasicismo (y aún, si cabe, más pagano que el de los siglos xv y xvi, puesto que su poética, que era la de Boileau, iba más allá que la del Renacimiento al negar hasta la posibilidad de una poesía cristiana grande y elevada), y tambien por el escepticismo de los neoclasicistas, que profesaban por lo comun las doctrinas del enciclopedismo.

Como era consiguiente, estas doctrinas habian de ejercer en ellos poderosa influencia, máxime, dada la decadencia á que habia llegado entónces nuestra poesía religiosa á manos de la supersticion y la ignorancia de aquellos copleros ruines, que, con tanta severidad como verdad, calificaba de *energúmenos* el *Cantor de la imprenta*. Pero ni España estaba preparada como Francia para el nuevo cambio de ideas, ni como allí podian éstas correr libremente con la intolerancia erigida en poder incontrastable. Se podia paganizar cuanto se quisiera, que en esto no habia peligro; pero en materias religiosas habia que ajustarse á la más estricta ortodoxia, no ya cristiana ni católica, sino á la que tuviese por tal el Santo Oficio. Cualquiera opinion, cualquiera frase que se apartasen en lo más mínimo del criterio inquisitorial, eran objeto de su implacable saña. Básteme recordar las persecuciones que sufrió Quintana.

Desde luego se entrevé claramente que en el seno del clasicismo habian de manifestarse dos direcciones principales, propicia la una, contraria la otra, á la poesía religioso-tradicional, y podemos presumir la suerte que habria de caber á ésta en aquel período. Melendez y Lista figuran á la cabeza de los nuevos poetas que la cultivan con acierto, entre los cuales se cuentan nombres tan ilustres como los de Vaca de Guzman y Fray Diego Gonzalez. Pero los que consagraron más altos esfuerzos á esta empresa, fueron, á no dudarlo, los poetas sevi-

llanos, fieles á la tradicion Herreriana de enlazar en estrecho consorcio la poesía pagano-clásica con la bíblico-cristiana. Lista y Reinoso, Roldan y Arjona, como luego sus discípulos, singularmente los del primero, maestro no sólo de los vates hispalenses, sino de toda una generacion de poetas, en una palabra, el maestro por excelencia, persisten fieles á este propósito, exceptuando á alguno que otro, muy singularmente al discípulo amado de Lista, que, por serlo más de Byron, representa luego la tendencia contraria en el seno del romanticismo. Básteme recordar los nombres de Fernandez Espino, Fernando de Gabriel, Rodriguez Zapata, Campillo, Luis Herrera, los esposos Lamarque, Ester, Bueno, y Puente Apechea, mi infortunado amigo, cuyas producciones poco conocidas y en su mayor parte inéditas, tengo el gusto de anunciar en este sitio que verán la luz pública muy en breve para honra de la poesía religiosa. Séame lícito este homenaje de respetuosa y acendrada estimacion.

Claro está que no fueron solos los poetas sevillanos en cultivar la poesía religiosa, ni á ellos se reduce el movimiento clásico-cristiano, por más que sean quizás, y sin quizás, la más alta expresion de este movimiento, y los más genuinos y celosos representantes; que figuran tambien en competencia con ellos otros nombres no ménos ilustres, entre los cuales, ya que no pueda hacer aquí el catálogo, porque sería interminable, injusto sería olvidar á Gonzalez Carvajal, cuya version poética de los *Salmos* no tiene rival en nuestra literatura.

Suele decirse que la poesía clásico-religiosa sobresale por la pureza y pulcritud de la forma, por su diction correcta, clara y abundante, y que en cambio le falta espontaneidad y sentimiento, puesto que, si campean en ella brillantes imágenes, sublimes pensamientos, conceptos nobles y elevados, carecen estos de originalidad, porque están sacados, en su mayor parte, de la Escritura y de los Santos Padres, de los Doctores de la Iglesia y de los antiguos poetas cristianos. Y se infiere, en conclusion, que esta poesía es arcáica y de forma, artificial y erudita, donde nunca se vislumbra el alma del poeta poseida de propio y original sentimiento. No negaré que hay en esto mucha verdad, pero fuerza es convenir que tambien

mucho exclusivismo y mucha injusticia. Cierto que la imitación era un dogma para los clasicistas; que se imitaban los asuntos y hasta las frases de los Libros Sagrados y de los escritores cristianos, como lo acreditan las odas *La muerte de Jesus*, de Lista; *La presencia de Dios*, de Melendez; *La Natividad de Nuestra Señora*, de Arjona; *La venida del Espíritu Santo*, de Roldan, y tantas otras; pero es también cierto, que, cuando se imita á distancia, cuando ha pasado el ideal por varias transformaciones y ofrece nuevos aspectos, es imposible, de todo punto imposible, que el verdadero poeta deje de hablar con más ó ménos espontaneidad el lenguaje de su alma. Y hé aquí por qué, aún en los días en que el principio de imitación alcanzaba más boga, cuando el fanatismo y la intolerancia imperaban más y más, cuando el escepticismo religioso llevaba su helado soplo á las inteligencias, estos poetas fueron verdaderos poetas religiosos originales, escogiendo asuntos nuevos, asuntos, por decirlo así, *de actualidad*, y desplegando en ellos el libre vuelo de sus propias ideas y sentimientos. Dígalo si no *El triunfo de la tolerancia*, de Lista, poesía llena de profundísimo sentimiento religioso. Recordad cuando nos pinta de mano maestra el *fanatismo* con su inseparable compañera la *intolerancia* en aquellos magníficos versos :

Sí; yo los ví; los mónstruos de ira ardiendo,
Sedientos de venganzas,
Invocaron á un Dios de mansedumbre :
En su sangre de amor fieros mojaron
Los agudos puñales,
Y á destrozar volaron los mortales.

No acabaria, señores, si continuase citando aquí asuntos, ideas y sentimientos de los poetas clásicos, no ménos nuevos y originales que los que acabais de oír, demostracion evidente de que la nueva poesía religiosa no es, como arbitrariamente suponen algunos, mera imitación de la antigua poesía religiosa, ni mera poesía de forma y de estilo. Es curioso también observar, cómo la imitación perdía importancia á medida que el tiempo transcurría, cómo la originalidad iba siendo mayor cada día. Este progreso gradual puede seguirse fácilmente de una generacion á otra genera-

cion, de unos á otros poetas, tomando, por ejemplo, la Escuela sevillana, que es la que ofrece mayor unidad y donde más arraigo tienen las tradiciones. Desde Lista á Zapata y desde Zapata á Campillo, maestros y discípulos, respectivamente, ¡cuánto progreso! ¡qué diferencias tan capitales entre la oda á la *Muerte de Jesus*, del primero, y el soneto *Á Dios* del segundo; entre este soneto y la oda *Á Dios* de Campillo!

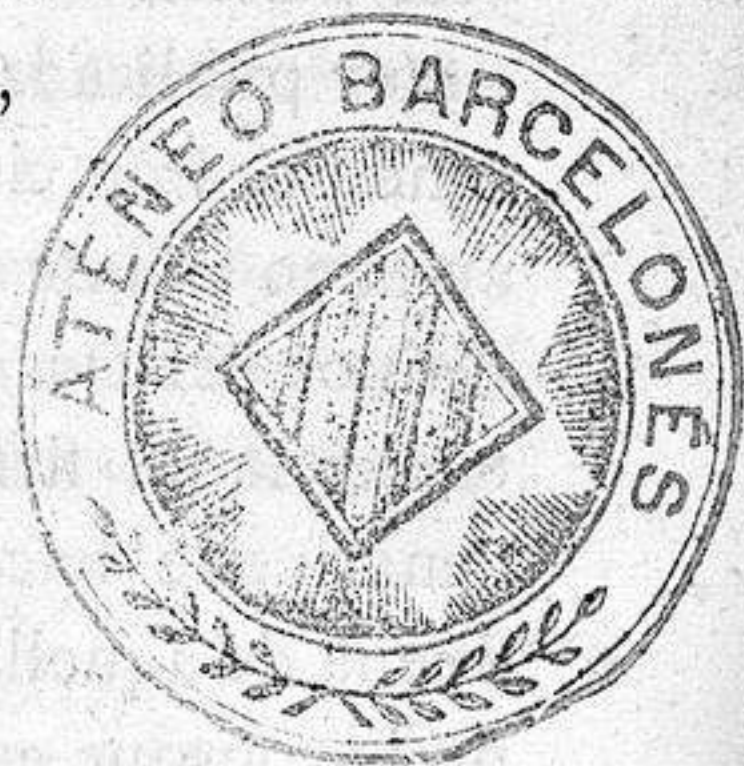
He hablado del soneto á Dios, de Zapata, y, á la verdad, señores, me habreis de perdonar que no pueda resistir á la tentacion de leeros este admirable rasgo de alta poesía religiosa, que basta por sí solo para formar la reputacion de un poeta. Además, no es tan conocido que tema repetir lo que todos saben. Dice así:

Á DIOS.

No hay más que Tú: la tierra, el firmamento,
El sol, que en anchos mares reverbera,
Son, como el hombre y la creacion entera,
Ráfagas fugitivas de tu aliento.

De la nada se alzaron á tu acento
Mil mundos, publicando en su carrera,
Que otros mil y otros mil formar pudiera
Una palabra tuya, un pensamiento.

Do quiera miro tu insondable esencia,
Velada en majestad y en amor puro,
Dando esperanzas al mortal proscrito.
Y me pasma que abrace tu existencia
Lo que fué, lo presente, lo futuro,
Y, áun más allá... lo eterno, lo infinito.



Paralela á la direccion favorable á la poesía religioso-tradicionalista, se desenvuelve otra contraria que importa conocer ántes de considerar iguales direcciones en el romanticismo. ¿Qué condiciones, qué carácter revestia esta direccion? Ya lo he dicho; los que podia revestir en aquel tiempo; el abandono y el silencio. *Dejar de hacer ó hacer poco*: preferir otros ideales al ideal religioso, cultivar otros géneros, consagrar la poética vena á otros asuntos de mayor ó de exclusivo interes para aquellos poetas. El amor, la libertad, la patria; hé aquí las fuentes principales y casi únicas de su inspiracion. Y en ver-

dad que las ofrendas depositadas en los altares de estos números, aventajan quizás en calidad y en número á las tributadas en las aras de la Musa religiosa, prueba evidente, de una parte, de la decadencia del ideal religioso-tradicional, y de otra, de la preponderancia de estos grandes sentimientos en aquella época y en aquellos poetas. Algunos atraviesan, si bien rara vez, los umbrales

Del templo silencioso que resiste
El vendabal del siglo furibundo;

otros, en cambio, pasan por delante de ese mismo templo, sin descubrir al paso la cabeza.

Sirvan de ejemplo dos grandes poetas que representan al vivo, y como pocos, uno y otro estado de la conciencia religiosa : Gallego y Quintana. Gallego, es sacerdote y teólogo y canónigo y aún inquisidor. Pues bien : de sus muchas poesías sólo pertenecen al género religioso una oda á la *Cena del Salvador* publicada en el *Album religioso*, de Rivadeneyra, y tres sonetos. Por cierto, señores, que la paternidad de esta oda anda en tela de juicio, pues, á pesar de llevar al pié la firma del Cantor del *Dos de Mayo*, hay quien sostiene que sólo le pertenece la tal firma. Ignoro si hago mal en revelaros la confianza que hace años debí al presunto verdadero dueño ó dueña de aquella oda. Sea de ello lo que fuere no me extrañaría, porque en el mismo *Album* (y va de secretos revelados) hay otra poesía que lleva el nombre del insigne autor de los *Amantes de Teruel* que no tiene de él más que *haberla aceptado sin haberla pedido*. De aquellos sonetos, uno, el de Júdas, es, según creo, mera traducción del francés, y los dos restantes *A la Virgen María* y *á San Fernando*, no son, en realidad, verdaderas poesías religiosas, al ménos en la plenitud de la palabra, esto es, expresión alta y ferviente de los afectos del poeta, sino frías plegarias de un poeta cortesano que invoca el favor del cielo para sus reyes en trances apurados. La plegaria á la Virgen María se encamina á suplicarle que sacase bien de un parto á la reina Cristina, é invoca el patrocinio de la Virgen, ni más ni ménos que si impetrase la protección de una divinidad pagana. La Madre de Dios es á sus ojos

una *Sacra-Lucina*, á quien como tal eleva sus súplicas.

No acontece lo propio con Quintana. Ni en sus primeros años, ni en su juventud, ni en su edad madura, cantó una sola vez el ideal religioso. Se ha dicho y repetido hasta la saciedad que Quintana era escéptico, volteriano en materias de religion. Como á tal le persiguió rudamente la saña del fanatismo. No nos cumple aquí discutir este punto. Otra bien distinta es nuestra tarea. Lo que á nosotros nos importa consignar es que Quintana, sea porque careciera de fe, ó porque teniéndola era ésta no muy ardorosa, ó porque otras ideas conmovieran más altamente su corazon y encendieran su fantasía, ello es que el Tirteo español consagró por entero su robusta inspiracion á otros ideales. Por lo demas, Quintana no era ateo como algunos *piadosos críticos* han supuesto; Quintana, sin esos alardes de devocion, era mucho más, pero mucho más religioso que ellos; Quintana, al cantar los grandes y benéficos inventos de Guttenberg y de Balmis, las grandes ideas de nuestro siglo, honraba más á Dios que esos pseudo-ortodoxos y creyentes.

Baste lo dicho para conocimiento del neo-clasicismo en sus relaciones con la poesía religiosa. Vengamos ahora al nuevo movimiento regenerador de nuestras letras, acaso más fecundo y glorioso que el anterior para las mismas: me refiero al *Romanticismo*.

El Romanticismo, señores, representa, como sabeis mejor que yo, el renacimiento de los ideales, de las tradiciones del espíritu, por decirlo así, de la Edad Media, como el clasicismo el de la Edad Antigua. Fué la protesta de una edad contra edad, del arte cristiano contra el arte pagano.

Y esta renovacion artística de los siglos medios se verifica precisamente cuando parecia llegada la última hora para las instituciones sociales que aquellos siglos engendraron. Morian á mano de la política; renacian en el arte. Se las daba el golpe de gracia en la esfera de los hechos: se saludaba con entusiasmo su reaparicion en las letras. Y esto lo hacian unas mismas personas. El mismo insigne hombre de Estado que firmaba la extincion de las comunidades religiosas, firmaba tambien, como premio, la licencia absoluta del atrevido soldado que reedifi-

caba en el teatro los conventos: las mismas muchedumbres que aplaudían en la escena los antiguos monjes y señores, empuñaban las armas para borrar con ellas, y á costa de su sangre, los restos vivos de su antigua pujanza y poderío.

El romanticismo no era un huésped venido de luengas tierras á habitar nuestra casa: era más bien el hijo ausente que vuelve al hogar paterno con la herencia patrimonial acrecentada en sus viajes. Por eso fué recibido con los brazos abiertos.

Como ántes en el clasicismo, dos corrientes principales dominan en esta escuela: una genuinamente tradicional, que arranca de las entrañas mismas de nuestra historia, que renueva nuestro antiguo romanticismo y que personificaré en *Zorri-lla*; otra que rinde culto á la inspiración del romanticismo extranjero, la cual representa, acaso más que ningun otro, *Espronceda*. Esta última, si contribuyó al desarrollo de la poesía religiosa, fué ciertamente bien poco. Alguna que otra traducción ó imitación de Lamartine, Víctor Hugo y otros poetas. Por lo común, los trovadores de este grupo prefieren otros ideales al ideal religioso; y aún al cantar estos ideales, revelan, cuando ménos, no escaso indiferentismo en materias de religión.

En cuanto á la primera, importa considerar que, como renacimiento de la poesía española de los siglos medios, canta así el ideal caballeresco como el oriental, el oriental como el religioso, ya juntos y mezclados, como en aquellos tiempos ocurría, ya separadamente. El poeta del romanticismo es bardo cosmopolita,

canta en el templo y en la mezquita,

como canta en el haren del moro, y en el castillo del caballero cristiano. No sé lo que pensareis vosotros, pero se me antoja creer que muchos de estos poetas se complacen más cantando á los moros que á los cristianos. En todo caso, después de haberlos lanzado de esta tierra, que era para ellos un anticipado paraíso, les debíamos algun desagravio de tamaño desafuero. En los romances y leyendas, como en los dramas y comedias que el grupo romántico produce, aparecen por lo común confundidos todos estos ideales, constituyendo un solo ideal artístico en que difícilmente podríamos separar lo pura-

mente religioso de lo oriental y caballeresco. Cuando alguno de estos ideales predomina en estas obras, cuando alguno merece inspiraciones particulares, no es ciertamente el religioso el que alcanza la mejor plaza. Alcánzala, por el contrario, unas veces el oriental, otras el caballeresco. Tenemos las *orientales* de Arolas y Zorrilla, los *romances y leyendas* caballerescas de éstos y el gran Duque de Rivas, sus dramas y comedias, y los de otros vates no ménos famosos, como García Gutierrez, Hartzenbusch y Gertrudis Avellaneda : ahora bien, ¿cuáles de las obras de éstos son puramente religiosas? Bien pocas: el *Baltasar*, y el *Saul*, de la Avellaneda, el *Mal Apóstol y el Buen Ladron* de Hartzenbusch, y algunos otros dramas : el poema *María*, de Zorrilla y algunos rasgos líricos de Arolas, Zorrilla, Príncipe, la citada insigne poetisa y otras afamadas compañeras que comparten con ella los gloriosos lauros de la poesía religiosa.

No es, ciertamente, escaso el número de éstas, que no sé si llamar *poetisas ó poetas*, recordando que conozco más de una que no se aviene á llevar en calma el primero de estos nombres, por creerlo despreciativo para el sexo que honran con su inteligencia. Decia el ilustre P. Gracian, *que el alma del hombre y la de la mujer no difieren en otra cosa que en estar encerradas en prisiones de diversas hechuras*. Con arreglo á esta doctrina, no creo que la diferencia de *hechura* baste á autorizar la diferencia de nombres tratándose de las dotes y propiedades del espíritu, comunes á uno y otro sexo. Poetisa ó poeta, ello es que la mujer ha acreditado en todo tiempo favorables condiciones para la poesía, sobre todo para la poesía religiosa, por la índole de sus sentimientos y su educación especial ; que en nuestra España tenemos de ello innumerables ejemplos, aparte de la gran maestra de Espíritu, de la gran doctora, de la incomparable Teresa de Jesús, que basta por sí sola para honrar una nacion y un siglo, en otras muchas mujeres insignes de los pasados y de los presentes tiempos. En estos, la poesía tradicional religiosa más espontánea y más sentida, hay que buscarla en las sencillas inspiraciones de estas almas delicadas y tiernas, en las poesías de una Enriqueta Lozano, de una Antonia Diaz, de una Carolina Coronado, y

en las de Rosalía Castro, Dolores Cabrera, Blanca de Gassó, autora de dos bellísimas odas, una *A la muerte de Jesus*, y otra *A la Concepcion...*, é iba á decir tambien Gertrudis Avellaneda y Concepcion Arenal, pero reparo que estos dos grandes poetas, si pertenecen al gremio de sus hermanas por la *hechura*, pertenecen por sus ideas y sentimientos, por su alma entera, al sexo de los Quintanas y Esproncedas.

Y no es de olvidar que en el silencio de nuestros medio deruidos claustros,

«Tras el doble cancel del templo oscuro,»

hay que buscar acaso la más pura y elevada poesía religiosa de la mujer : en los conventos de nuestras monjas corren, escondidos para el mundo, verdaderos raudales de sagrada poesía. El ejemplo de Santa Teresa fué bien fecundo. Si recordase aquí las obras poéticas de nuestras religiosas, veriamos cómo constituian un gran monumento de sentimiento y de amor, de inspiracion y de fe, honor de la poesía religioso-española. Sor Juana Inés de la Cruz, Sor Violante de Ceo, Sor Marcela de San Félix, la hija de Lope, Sor Gregoria de Santa Teresa, y tantas otras justifican por completo nuestra afirmacion. En este siglo, en un humilde convento de Sevilla, florece hoy, desconocido é ignorado, el poderoso entendimiento, el arrebatado númen de una insigne religiosa, que no vacilo en decir que ocupará, si algun dia ven la luz pública sus inspiraciones, altísimo puesto en nuestro parnaso.

No deberé pasar adelante sin formular aquí, acerca del romanticismo, una pregunta análoga á la que hice al tratar del clasicismo : ¿Cuáles son los rasgos característicos de la poesía romántico-religiosa? ¿Cuáles sus excelencias y defectos? Dícese que el carácter distintivo de esta poesía es la originalidad, como el del clasicismo la imitacion. Pero semejante carácter, sobre no ser cierto en rigor, es por demas vago y poco preciso. Cualquiera creeria, segun ésto, que los poetas románticos procedieron con entera independendencia de pensamiento, reflejando tan sólo las subjetivas inspiraciones de su espíritu. Pero basta recordar que el romanticismo, renacimiento de los

siglos medios, como tal restauracion, tenía que ceñirse en gran parte á imitar, á copiar, á reflejar los ideales de aquella edad; y no sólo los ideales aislados, sino tambien las formas, los caracteres externos que habian revestido como legítima expresion histórica de la vida social de aquellos tiempos. Hé aquí cómo vive y se desarrolla el principio de imitacion en el seno del romanticismo. No me costaria gran trabajo comprobar mi aserto con ejemplos prácticos, si me fuera dado recorrer una por una las obras románticas que pasan por más originales. En todas ellas hallariamos, no sólo asuntos y argumentos, sino pensamientos, ideas, frases, giros copiados ó imitados de las obras de los siglos medios y de los siglos posteriores inspirados en el propio espíritu. Hasta en la incorreccion y desaliño, de que tanta quijotesca gala hacian los románticos, y que se les asigna como cualidad distintiva, entra por mucho este mismo espíritu de imitacion tan ciega, en este punto, que tomaba como carácter y perfeccion del arte la fase histórica que ofrecia en la Edad Media y en aquellas literaturas embrionarias. Y lo que digo de la poesía romántica en general, lo digo en particular de su poesía religiosa.

Desde el renacimiento romántico hasta la revolucion de Setiembre, ábrese un nuevo período para la poesía. El clasicismo, como el romanticismo, perdieron bien pronto el carácter exclusivo de escuela que los distinguia; y desde 1846, como atinadamente nos decia el Sr. Canalejas, *es pueril hablar de clásicos y románticos; peligroso hablar de escuelas*. Desde entonces hasta la revolucion de Setiembre, el nuevo período que se abre, vive de los elementos anteriores, cada dia más transformados y generalizados, y se enriquece con otros nuevos elementos aportados de las literaturas extranjeras, y con los ensayos y productos de nuevos rumbos, debidos á la inspiracion personal del poeta, que cada dia tiende á ser más original y á estar más armonía con las tendencias propias de su espíritu y la realidad de la vida presente.

Contado será el poeta que en este período deje de rendir tributo en el arte al sentimiento religioso; unos, como por excepcion y alguna que otra vez, tales como Tassara, Ruiz de Aguilera, Ayala, García Gutierrez, Ventura de la Vega, Mon-

roy, Emilio Olloqui; otros con mucha más frecuencia, como D. Gaspar Bono Serrano, Barrantes, Manuel Fernandez y Gonzalez, Lopez García, Grilo, Sanchez de Castro y Gabino Tejado, y otros, en fin, que puede decirse que han consagrado por entero su musa en loor de la religion, en cuyo caso se encuentran muy particularmente el insigne autor de las *Fábulas ascéticas*, Arnao y Cervino. Es tal la diversidad que caracteriza las obras de estos autores en sus cantos religiosos, que difícilmente podríamos encontrar verdadero parecido, no ya de las obras de los unos para con las de los otros, sino entre las de un mismo autor y, aún avanzando más, entre el espíritu que anima en una misma composición unas estrofas con el que en otras resplandece.

Muchos ejemplos podría presentaros en comprobación de mis palabras, pero ya que no deba por no alargar este trabajo y abusar de vuestra benevolencia, permitidme que la ponga á prueba una vez más ofreciéndoo algunas brillantes muestras de la inspiración de estos poetas; buscándolas en las obras de aquellos que más sobresalen por la novedad y espontaneidad de sus arranques, pongo por caso Grilo y Almendros y Aguilar. Grilo, brillante, conmovedor, armoniosísimo siempre, nos ha abierto las puertas del claustro y nos ha hecho conocer el verdadero ideal ascético de nuestras religiosas, que consiste en

Hacer del claustro en el rincón profundo
De una lámpara sol, Eden de un huerto,
Del rezo un himno y de la celda un mundo.

En cuanto á Almendros, puedo aseguraros que conozco bien poco sus poesías, é ignoro, por consiguiente, hasta dónde puede llegar su inspiración, pero en un soneto suyo encuentro este concepto verdaderamente sublime del signo de redención. Es de advertir que ya Calderon habia visto la Cruz como el

*Iris de paz que se puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo,*

y parecia imposible ir más allá; pero el oscuro vate andaluz

vuela aún más alto, y la ve destacarse sobre las cumbres del Calvario

*Cerrando augusta con el pié el profundo;
Con la excelsa cabeza abriendo el cielo,
Y con los brazos abrazando el mundo.*

Los ejemplos que acabo de citar, y otros muchos que podría trasladar aquí, creo que bastan por sí solos para comprobar una vez más que la poesía religioso-cristiana de nuestro siglo, no sólo iguala, sino que en ocasiones aventaja á la inspiracion religiosa de otros tiempos, y que, á partir de la restauracion clásica, no ha ofrecido época alguna de decadencia, ántes bien de nueva y poderosa vida. ¿Podemos decir otro tanto del nuevo período que inaugura la revolucion de Setiembre? ¿Es este de prosperidad ó de decadencia? ¿Cuál es, en fin, el estado que en la actualidad ofrece? Si esta pregunta se refiriera sólo á la poesía religioso-tradicional, desde luego, no vacilaria en contestar que su estado es de decadencia: refiriéndose á la poesía religiosa en general, no puedo decir otro tanto, puesto que si por un lado ha decaído en este período la poesía que venimos llamando ortodoxa, por otro se ha desarrollado libremente la poesía heterodoxa.

Acerca de esta poesía, habré de ser todo lo parco y mesurado que debo, absteniéndome desde luego de citar nombres propios, ni de hacer determinadas referencias, que en la actual crisis religiosa, y estando vivos y aún escuchándome no pocos de los nuevos poetas, podrian parecer mis palabras para unos apologías y para otros delaciones. Os recordaré, no obstante, al malogrado Roberto Roberts, con razon llamado el Voltaire español, por más que en nuestros dias pueda disputarle con no ménos títulos este nombre el esclarecido autor del *Estereoscopio social*: y de buen grado citaria otros muchos nombres, como los del reputado autor del notabilísimo soneto que se intitula *Mirando al cielo*, y de otro distinguido escritor, campeón sin igual del pesimismo, que

ántes que esta existencia tormentosa
quiere dormir el sueño de la nada:

si las razones dichas no me lo vedasen en esta ocasion.

¡Con cuánto gusto también os leería, señores, ya odas y epigramas, ya sonetos y romances, frutos notabilísimos de esta nueva poesía! El frío y pacífico escepticismo del que habiendo creído mucho no cree ya nada; el amargo dolor del que siente no creer; la estridente carcajada del que se ríe de los que creen; la desesperación sombría de los pesimistas; la afirmación, severa unas veces, sentida otras, de nuevas creencias; los maravillosos vuelos de los que están en correspondencia con todos los mundos y todos los hombres por la sorprendente telegrafía espiritista, todos los estados de la conciencia religiosa han encontrado su expresión en el arte, en la forma más libre, la poesía, y de ésta, en la forma más personal: la poesía lírica.

Tantas y tan encontradas direcciones (casi tantas como poetas), puede decirse, no obstante, que convienen en el fin, que este es uno para todos, y que ya de veras ó ya de burlas, empleando el epigrama como adoptando el tono serio y elevado de la oda, con intención más ó menos manifiesta, más ó menos consciente y directa, el carácter distintivo común es la negación más ó menos amplia del tradicionalismo religioso. De igual manera puedo decir que las direcciones principales son tres, á saber: la *deista racionalista*, la *escéptica* y la *espiritista*, y más propiamente estas dos últimas, puesto que de la primera sólo recuerdo en este momento un *soneto* sobre la *Divinidad de Jesucristo*, por cierto notabilísimo, cuyo autor á juzgar por sus nuevas producciones, navega hoy á todo remo en los mares del escepticismo.

Bien sabéis que esta dirección es la principal entre nosotros. Y era de esperar. Al fanatismo debía seguir el escepticismo. La revolución tenía que ser á medida de la reacción, violenta y vigorosa. En los pueblos meridionales como el nuestro los términos medios se quedan para los hombres ó muy prácticos ó muy sábios. Y como aquí no suelen abundar ni los unos ni los otros, y se vive de sentimientos é impresiones intransigentes y absolutas, lo general es ó creerlo todo ó no creer en nada. Este escepticismo, que venía cundiendo sordamente entre nosotros desde el pasado siglo, luchando en desventajosas condiciones con la intolerancia erigida en poder, que ya había hecho su aparición en el arte, principalmente con Espronceda,

que contaba ya en sus filas con poetas de altísimas facultades, pudo manifestarse libremente en el libro y en el periódico al decretar la revolución de Setiembre la libertad religiosa.

Tímido y encubierto unas veces, franco y audaz en otras, parece como que quiso desquitarse de la pasada opresión, descargando con energía sus duros golpes, sus terribles epigramas contra las creencias tradicionales.

Por lo que respecta al *espiritismo*, sabido es que cuenta con muchos partidarios, entre ellos inteligencias de verdadero mérito. Se me figura que debe su propagación y arraigo al carácter maravilloso y sorprendente de sus doctrinas y procedimientos y á la índole teológico-religiosa que afecta entre nosotros. En los libros y revistas de esta escuela, secta, religión, filosofía, como quiera que se le llame, han ido apareciendo sucesivamente muchas poesías religiosas, que por las razones en otro lugar expresadas, no mencionaré con harta sentimiento porque en algunas de ellas campean arrebatadas y poderosas inspiraciones. Y eso, señores, que al ménos por parte necerme en algun modo, bien podría leeros la notabilísima *Epístola* que uno de los más caracterizados representantes de la escuela tuvo la bondad de dedicarme con la sana y generosa intención de convertirme á sus doctrinas; pero resisto á la tentación en justo castigo de mi incredulidad y rebeldía en esta materia, no obstante las cariñosas y poéticas exhortaciones de mi amigo.

¿Qué ha producido, qué produce en tanto la poesía tradicionalista? Natural parecía que la obra revolucionaria, que las negaciones de los nuevos filósofos y poetas hubiesen provocado vigorosas protestas, ardientes explosiones del sentimiento religioso-tradicional, y que éstas se hubieran traducido en grandes arranques de fervorosa poesía. Así al ménos ha acontecido y acontece siempre. Francia opone al escepticismo de Voltaire las brillantes inspiraciones de J. J. Rousseau, que elevan el alma á los cielos cuando se las oye gritar con la voz del Rey Profeta :

Peuples, élevez vos concerts ;

Poussez des cris de joie et des chants de victoire:

Voici le Roi de l'univers

Qui vient faire éclater son triomphe et sa gloire :

Italia, en oposicion á los desesperados y sombríos tonos de Leopardi, del gran poeta que decia á su corazon :

...*Non val cosa nessuna*
I moti tuoi, ne di sospiri é degna
La terra...

nos ofrece los sublimes himnos del *Eccelso artefice di carmi*, del *re degli inni*, del gran Manzoni. Y nosotros, que pretendemos recabar entera la gloria de ser el pueblo más religioso del mundo, ¿qué producimos, qué hemos presentado, qué presentamos hoy, qué lo revele frente á la poesía heterodoxa? ¿Qué han hecho nuestros poetas tradicionalistas en este tiempo? Alguno que otro rasgo poético; algunos espectáculos de Cuaresma, por cierto nada felices, ni, sobre todo, edificantes; un precioso libro *Las Mujeres del Evangelio, del malogrado Larmig* (Martinez Guetero), y centenares de poesías de carácter personal y agresivo, donde brillan por su ausencia lo mismo las virtudes cristianas que el estro poético. En este tiempo no ha aparecido un nuevo paladin de la fe, digno de este nombre; y por lo que respecta á los poetas religiosos anteriores á la revolucion, bien puede decirse que léjos de acrecentarse su devocion y entusiasmo, ha disminuido considerablemente, no ya en dos ni en tres, sino en muchos que han desertado del antiguo campo y han ido á engrosar las filas de la heterodoxia, combatiendo lo que habian defendido y á veces los mismos asuntos que habian cantado. Si me fuese dado revelar ciertos nombres, estoy seguro que algunos os habiais de sorprender, viendo como entre estos poetas se contaba alguno muy respetado y muy querido por sus servicios al tradicionalismo religioso.

Y es de notar cómo muchos poetas de los de más talla y de más nombradía por sus personales ideas tradicionalistas, consagran su inspiracion á asuntos profanos, sin dedicarse ni poco ni mucho á la poesía religiosa en estos dias de postracion y de abandono.

¿Qué quiere decir esto, señores? Que la fe y el sentimiento religioso-tradicional que venian decayendo á pasos agigantados, han decaido aún más en estos últimos años; que el fariseismo de los unos, el rutinarismo de los otros, han traído aún

más que las nuevas ideas y que los nuevos hechos, han traído, repito, á verdadera decadencia al tradicionalismo. Se aparenta creer, pero no se cree. Se habla y se escribe mucho de fe y de sentimiento religioso; pero comunmente no se tiene ni el uno ni la otra.

Ahora bien: ¿qué podemos inferir en vista de semejante estado de cosas, en conclusion de cuanto dejamos dicho sobre la poesía religiosa en nuestro siglo y de su estado actual entre nosotros sobre el porvenir que le espera? ¿Llegará la hora en que la poesía religioso-tradicional desaparezca en las nuevas corrientes, como la poesía pagana en las distintas corrientes del cristianismo? ¿Recobrará, por el contrario, su antiguo esplendor? En el primer caso, ¿es de presumir cuál ha de ser el nuevo ideal poético-religioso de las nuevas generaciones? En el segundo, ¿qué nueva transformación se operará en la poesía tradicional para que pueda alcanzar nueva vida? Preguntas son estas, señores, á que vosotros podreis responder con mayores esperanzas de acierto. Por mi parte me contento con formularlas. Lo que si me atrevo á sostener con verdadero y arraigado convencimiento es que habrá siempre poesía religiosa, porque siempre existirán la religion y la poesía.

Sostienen algunos que la religion en plazo más ó ménos breve cederá su puesto á la filosofía: otros, que se repartirán como buenas amigas la direccion de las almas, quedando la religion para los ignorantes y la filosofía para los sabios; mientras que no falta, por último, quien se oponga á este reparto y á que la filosofía y la religion continúen por más tiempo sobre la tierra. Análogos vaticinos suelen hacerse por lo que respecta á la poesía, pues en tanto que algunos anuncian ya su muerte como entretenimiento fútil y liviano, impropio en este siglo, otros, más tolerantes y benignos, le aseguran la inmortalidad, si bien á condicion de que deje de ser lo que ha sido hasta aquí y que sea en adelante, por valerme de una frase al uso, la *razon cantada*. Para mí la poesía será en lo sucesivo lo que ha sido y lo que es hoy: poesía.

.....habrá pasion, jamás Calvario
Para la dulce y santa poesía.
Siempre el mundo será su tributario:

Cisne de amor el cielo nos la envia :
Cuando ni un corazon lata en el suelo
Al patrio nido remontando el vuelo
Gemirá su postrera melodía.

Otro tanto digo tocante á la religion. Mueren, sí, los sistemas religiosos, como mueren los sistemas poéticos, pero para abrir paso á otros nuevos más progresivos y completos; y es así como se renuevan y como se perpetuan en la historia la religion y la poesía, y como habrá siempre poesía religiosa. He dicho.

ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.





LA ANTROPOGENIA DE HAECKEL



Desde el hombre á la monera hemos andado en pos de Haeckel; camino largo, oscuro, poblado de sombras vagamente entrevistas. Se abandonan muy luego la luz del sol, los campos, los bosques y las ciudades en que existen hoy dia los principales supervivientes, de la gran familia de los séres de este planeta: descíendese á las inseguras riberas en que vegetan los últimos anfibios bajo el fango de los pantanos y todo el resto del viaje se hace despues bajo las inciertas aguas, en las infinitas profundidades del abismo.

Durante la enorme duracion de los períodos laurenciano, cambriano y siluriano, es decir, durante la mitad del tiempo que ha transcurrido desde el aparecer de la vida orgánica sobre la tierra, todas las plantas y los animales fueron acuáticos. Los fósiles procedentes de vegetales y animales terrestres sólo aparecen en la capas devonianas, al empezar la segunda edad geológica. ¡Cuántas reflexiones se despiertan, llaman y agolpan al espíritu, cuando se piensa en que siendo tan prolongada esta existencia acuática los vertebrados superiores han conservado necesariamente en su constitucion corporal y espiritual huellas de los órganos, hábitos, instintos é ideas de sus remotos antepasados vertebrados é invertebrados! De las veintidos formas

animales que señalan las principales etapas que ha recorrido la evolución geológica desde la monera hasta el hombre, ocho próximamente pertenecen al antiguo grupo de los invertebrados y doce ó catorce á la más reciente rama de los vertebrados. La mitad al ménos, lo repito, de estos grandes grupos, los once más antiguos pertenecen á la edad primitiva y han vivido en el seno de los mares.

El tiempo, que produce y devora todas las cosas (1), no ha consentido siquiera que subsista un vestigio de la mayor parte de los seres cuyos descendientes pueblan hoy día la tierra. Lo que sabemos de los fósiles no nos indica más que una insignificante parte de las especies de plantas y animales que han desaparecido para siempre. «Para una especie fósil, dice Haeckel, hay ciento, mil que no han dejado la más ligera huella de su existencia» (2). Nunca se insistirá bastante en estos espantosos vacíos de nuestros documentos paleontológicos. El célebre naturalista de Jena, que de un vuelo salvaría facilísimamente estos abismos, á ser cierto lo que dicen algunos de sus adversarios, nunca vacila, al contrario, en reconocer lo que tienen de incompletas y de necesariamente hipotéticas la mayor parte de las deducciones genealógicas, sacadas de la paleontología, la embriología y la anatomía comparada, y ha comparado él á este propósito con fortuna y exactitud las especies estintas, cuyos descendientes son los que conocemos únicamente, con las diversas lenguas estintas también, que cual los abuelos reviven en su descendencia. Su variadísima posteridad es, sin embargo, testimonio de una forma de

(1) Por decirlo así, como cuando Lamarck escribía lo siguiente: «Para la naturaleza el tiempo no es nada, no es nunca una dificultad: lo tiene siempre á su disposición y es para ella un medio sin límites con ayuda del cual ha hecho las más grandes y las más pequeñas cosas.» Véase la excelente edición de la *Philosophie zoologique* del gran naturalista debida á M. Ch. Martins (Paris, Savy, 2 t., 1873). El tiempo no es nada en sí; es una representación subjetiva de la sucesión de las cosas. Y sin embargo, es tal en nosotros lo intenso y profundo de esta noción elemental, heredada de nuestros remotos antepasados y que en este sentido ha llegado á ser una verdadera idea innata, que no podemos separar la idea de la existencia de un espacio enteramente vacío de la idea del tiempo y esto es lo que puede llamarse en el lenguaje de Kant la *prioridad* del tiempo.

(2) *Antropogenia ó historia de la evolución humana*, p. 327.

ascendencia comun que no conocemos, pero que tal vez podria reconstruirse con probabilidad muy próxima á la certeza; no es dado hacer más á la ciencia.

Si los antropoides y el hombre, últimos séres que sobre la tierra han aparecido, descienden genealógicamente de toda la serie de antepasados que evocan la anatomía comparada y la paleontología, deben pasar tambien en el curso de su evolucion embriológica por la mayor parte de las formas que ha atravesado todo el reino animal. La evolucion embriológica individual que llama Haeckel *Ontogenia* debe ser un rápido resúmen, una breve recapitulacion de la evolucion paleontológica, de la larga existencia de las especies anteriores, de la *Filogenia*. En nueve meses atraviesa el humano embrion toda la serie de formas que sus antepasados, desde la monera hasta el vertebrado superior han recorrido durante millares y millones de años. Si la filogenesis es verdadera, debe confirmarse y verificarse por medio de la ontogenesis. Este es el problema de la antropogenia.

La solucion entrevista por el ilustre Ernesto de Baer, fundador de la embriología comparada, está ya muy adelantada en el magnífico libro que analizamos. Una consideracion es la que en éste predomina: el huevo humano, el óvulo es una simple célula amiboide ántes de la fecundacion, y despues una célula sin núcleo, una monera.

En el primer período de su desarrollo el hombre es un plástido. En el seno de esa pequeña masa homogénea, amorfa, sin estructura, aparece un núcleo que se divide en dos; estos dos se dividen en cuatro, ocho, diez y seis, treinta y dos, sesenta y cuatro, etc., al mismo tiempo que se rodean de protoplasma. El óvulo se divide así por segmentaciones repetidas en un gran número de células hermanas, homólogas, justapuestas en lo interior de la membrana ovular. En el segundo período el hombre es un animal policelular con una masa globulosa que parece una mora (*morula*), una vesícula esférica, la blastodérmica, cuya pared está formada de una fina capa de células vitelinas, salvo al nivel del área germinativa; duplícase luego esta capa: el blastodermis de una sola hoja tórnase en el blastodermis de dos, y hénos ya con las dos hojas germinativas primordiales,

rudimento de los órganos de todos los animales sin más excepción que los protozoarios. La capa interna (entodermis) es la hoja intestinal de la que arranca el desarrollo de todos los órganos y aparatos de la vida vegetativa; la capa externa (exodermis) es la *hoja cutánea*, de la que parte la evolución de todos los órganos y aparatos de la vida animal. La cavidad de la vesícula blastodérmica, encerrada en las dos hojas germinativas, es la primitiva cavidad, un intestino rudimentario.

En este quinto período, el hombre es un invertebrado provisto de un intestino, órgano el más antiguo é importante del cuerpo. Muchos zoófitos inferiores, las esponjas, etc., permanecen siempre en este estado de bolsa orgánica de doble pared. Haeckel insiste mucho en esta forma evolutiva; ve en ella la de uno de nuestros pasados que desaparecieron, la *gastrea* cuyo cuerpo todo estaba constituido por un intestino. Por vez primera expuso esta teoría en su *Monografía de las esponjas calcáreas* (1872) y acaba de someterla al público docto con un desarrollo puramente científico y admirable elevación de miras en la segunda parte de sus *Estudios biológicos* (1).

Por efecto de sucesivas diferenciaciones dos nuevas hojas medias, provienen de una ó de las dos hojas primarias del embrión: las *fibro-cutánea* y *fibro-intestinal*.

Desde entónces toma el hombre la organización de un gusano, de una larva de acidia. En el sétimo período el embrión humano es un vertebrado sin cráneo, ni corazón, ni mandíbula, ni miembros, semejante al anfioxo. En el octavo es un *cranista* sin mandíbulas ni miembros, parecido á una lamprea; la cabeza es distinta del cuerpo; la extremidad del tubo medular se hincha y se divide muy luego en cinco ampollas cerebrales: las vesículas olfatoria, ocular y auditiva aparecen á cada lado: el corazón y el aparato circulatorio empiezan á funcionar. En el noveno período el hombre es un pez; sus dos pares de miembros no son todavía más que yemas aplastadas en forma de aletas pectorales ó abdominales; las hendiduras branquiales están abiertas y separadas por los arcos del mismo

(1) *Biologische Studien* II. *Studien zur Gastraea-Theorie*. Mit. 14. Tafeln Yena, Dufft, 1877.

nombre : el primer par de estos se divide en mandíbula superior y mandíbula inferior rudimentaria ; del tubo intestinal provienen los pulmones (vejiga natatoria) el hígado y el páncreas. Por último, en el décimo grado hallamos la esencial organización de los amniotas, de los vertebrados superiores sin bronquios, y luego los de la mamíferos placentarios y el hombre.

La historia embriológica y la paleontológica, la ontogénesis y la filogénesis concurren como se ve al mismo resultado. Una y otra nos muestran en medio de todas las externas variaciones de los seres vivos, la persistente unidad de estructura interna que atestigua con el comun origen, el parentesco genealógico de todo el reino animal. Los hechos que acabamos de referir son tan notables, los embriones todos de los vertebrados se parecen tanto en los primeros períodos de la existencia, es tan difícil distinguir entónces el embrion del hombre de los del perro, la tortuga ó la gallina, que segun cuenta M. Ch. Martins, Ernesto de Baer solia decir que si por desgracia no cuidara de rotular las vasijas que contenian embriones muy jóvenes que le llegaban de todas partes, no le sería posible decir á qué clase de animales pertenecian los fetos (1).

Las diferencias de forma externa de los seres vivos, han resultado y resultan todavía de la necesidad que tuvieron los animales de adaptarse á los diversos *medios* en el curso de las edades geológicas, y por el contrario, las analogías de estructura interna que se han conservado, débense á la herencia. La herencia y la adaptacion dominan á toda la evolucion orgánica y explican perfectamente los hechos que estudia la anatomía comparada, sin que pueda ya necesitarse transformar las variaciones en inmutables especies creadas de una vez para siempre, ni ver en cada especie estinta ó viva la encarnacion de una idea

(1) *Valeur et concordance des preuves sur lesquelles repose la theorie de l'evolution en histoire naturelle*. Paris, T. Claye, 1876. Con fruto se leerá una importante memoria que acaba de publicar este eminente profesor de historia natural en la Facultad de Medicina de Montpellier, sobre el *Origine paleontologique des arbres, arbustes et arbrisseaux, indigenes du Midi de la France, sensibles au froid dans les hivers rigoureux*. Montpellier, Boehm, 1877.

divina ó la realizacion de planes preconcebidos por no se sabe qué artesano singular, que al mismo tiempo que á cada momento aplaudia su obra y veia que era «buena,» volvía á emprenderla periódicamente.

La teoría de la evolucion, ó de la descendencia ó del transformismo, expuesta ya por Lamarck en 1809, concebida filosóficamente por Goethe, formulada por Cárlos Darwin y desarrollada por Haeckel, no es más que un caso particular de la más vasta hipótesis cósmica que se conoce, la de la conservacion y transformacion de las fuerzas físicas. Así lo reconocen hoy dia de buena fe los mejores, más juiciosos y prudentes espíritus, como, por ejemplo, el eminente naturalista de Montpellier, cuyos recientes trabajos hemos recordado hace un instante. Segun M. Ch. Martins, «la teoría de la evolucion pone en relacion todas las cuestiones de historia natural, como las leyes de Newton relacionaron los movimientos de los cuerpos celestes entre sí. *Esta teoría, añade, reúne todos los caracteres de las leyes newtonianas.*»

Haeckel ha comparado tambien los adelantos de las ciencias naturales bajo el influjo de esta doctrina con la gran revolucion llevada á cabo por Copérnico, cuatro siglos há, cuando nuestro actual sistema del mundo reemplazó al de Ptolomeo. La tierra dejó de ser el centro del universo y no fué más que un planeta como tantos otros, un grano de arena perdido en la inmensidad. De igual manera, Lamarck, con su teoría de la descendencia, causó la ruina de la opinion, segun la cual el hombre era el centro y el fin del universo. Lo que Newton hizo con su teoría de la gravitacion para con el sistema de Copérnico, es lo que ha hecho Darwin con el sistema del gran naturalista francés.

Dejaron ya de existir, al ménos para los espíritus filosóficos que son los que importan, los viejos sacrosantos dogmas de las causas finales del universo, de la inmutabilidad de las especies, de la esterilidad de los bastardos, de las catástrofes geológicas y de las creaciones sucesivas, de la imposibilidad de una generacion espontánea (1) y de la juventud del hombre

(1) He indicado ya lo que debe entenderse por esta expresion sumamente inexacta, pero corriente.

sobre la tierra. Las ideas de Lamarck se han vuelto á estudiar y á pensar, sometiéndolas á un exámen y verificación experimentales que han adquirido las proporciones de una información universal. Aunque las leyes de la vida, como lo hacia constar Du Bois Reymond (1), las leyes morfológicas, las leyes de la transformación de los organismos vivientes bajo el influjo de la adaptación y de la herencia, de la selección natural y de la concurrencia vital, no pueden tener el rigor matemático de las leyes de la astronomía ó de la física; no es posible, sin embargo, dudar de que existan. Acaso hay cierta candidez en insistir en las innumerables anomalías que se observan en los seres vivos. Como las perturbaciones en astronomía, estas anomalías son aparentes. Si poseyéramos todos los elementos de los problemas morfológicos, cuya solución investiga Haeckel, veríase que estas pretensas anomalías se explican por las leyes generales de la mecánica. Lo que hay es, que como todos saben, la extremada inestabilidad de los elementos que constituyen la trama de los seres organizados, hace que sean infinitamente complejos los problemas biológicos (2).

El escepticismo de Du Bois Reymond llamaria tanto más la atención, aún sin saber que el secretario perpétuo de la Academia de Berlin y el naturalista de Jena se hallan en estado de guerra, cuanto que es uno de los más fervientes admiradores de Darwin, y, á su juicio, la teoría mecánica de la evolución ha echado por tierra la doctrina dualista de las causas finales. Constantemente reproduce el mismo pensamiento en sus últimos escritos. Confiesa, en su último opúsculo, que uno de los mayores progresos realizados en el mundo del pensamiento, consiste en desterrar de la naturaleza toda finalidad, llevando por do quiera la «ciega necesidad» en vez de las causas finales. Darwin ha inaugurado esta nueva era en el estudio del mundo. «Mientras haya naturalistas filósofos, exclama Du Bois Reymond, el más bello título de gloria de Carlos Darwin será el haber disminuido en algun modo el

(1) *Darwin versus Galvani, Rede*, Berlin, Hirschwald, 1876, p. 14-21.

(2) V. Herbert Spencer, *Principes de biologie*. Trad. de l'anglais par Cazelles, 1.^a parte, cap. I. *La matiere organique*.

tormento del pensador que reflexiona sobre el mundo (1).»

¿A qué hablar ya de la doctrina de las creaciones sucesivas? La teoría de la descendencia ha dado cuenta de ella: así lo afirma en voz muy alta Du Bois Reymond. Después de Cuvier y de Agassiz, Darwin: «Por manera, que las causas finales se han reemplazado definitivamente en la naturaleza orgánica por una mecánica muy complicada, pero que obra ciega y fatalmente quedando reducido el problema cosmológico á estos términos: ¿Qué son la materia y la fuerza? ¿Cómo es posible que piensen? (2).» Con altiva compasión, Du Bois Reymond condesciende con la debilidad de espíritu de las gentes que no pueden comprender que este mundo, incluso el cerebro del hombre, ha salido de una masa de vapor caótica. Reconoce que es preciso tener en cuenta los gustos y temperamentos, la educación, los intereses, etc. «Siga cada cual su camino, dice este pensador, pero no imaginen los partidarios de las causas finales, como de ordinario les sucede, que su solución es preferible, ó que siquiera dan al problema una solución, cuando de un modo ó de otro apelan á lo sobrenatural» (3). Por último, algunas líneas más léjos hallamos una declaración muy terminante, que en labios de un libre pensador, de un sabio tan caracterizado como Du Bois Reymond, es de altísima transcendencia filosófica: «A nuestro juicio, no hay más ciencia que la mecánica, por imperfecta que sea, como expresión del verdadero conocimiento; y ésto de tal modo, que la única forma verdaderamente científica del pensamiento es la física matemática. *La peor de las ilusiones es la de creer que se explica la finalidad de la naturaleza orgánica recurriendo á una inteligencia inmaterial*, imaginada á semejanza nuestra, y que obra cual nosotros en virtud de determinados fines» (4).

Importábame reproducir estas graves y decisivas palabras de Du Bois Reymond. No se limitan ellas á confirmar las opiniones de Haeckel sobre la naturaleza. Parécennos so-

(1) *Darwin versus Galvani*, pág. 9.

(2) *Op. laud.*, pág. 17.

(3) *Op. laud.*, páginas 23 y 24.

(4) *Op. laud.*, páginas 26 y 27.

bre todo oportunas para hacer que reflexionen aquellos compatriotas nuestros que escriben todavía voluminosos libros sobre las causas finales. Bien sé que interpretan la cosa en un sentido cada vez más refinado; lo cual puede alucinar á simples literatos, mas no á los científicos. El espíritu más reflexivo y el genio más atrevido de la Alemania contemporánea, Du Bois Reymond y Haeckel, que disienten en casi todo lo demás, muéstranse unánimes en este punto. Ha llegado el tiempo de reemplazar la antigua concepcion dualista y teológica con la monista ó mecánica del mundo, las causas finales con las eficientes. Al tratar estos asuntos, nos hallamos en el límite que separa á la nueva fe científica de la antigua. Aún subsiste el misterio, que es acaso impenetrable; pero es lo cierto que no podrán aclararlo los argumentos de la escuela. La doctrina de las causas finales se distingue por la candidez de las explicaciones de la naturaleza que se encuentran entre los niños y los salvajes. Y debe sin duda atribuirse á un notable caso de atavismo la extraordinaria afición que revela por tales asuntos M. Saul Janet, el estimadísimo autor de un libro de 747 páginas sobre las causas finales.

Las teorías de Lamarck y de Darwin han dado el último golpe á esta doctrina caduca. La moderna morfología es inconciliable, no ya con el dogma de la creacion, sino tambien con el de la Providencia ó con vagos panteismos idealistas como los de Hegel, Schopenhauer y Hartmann. Si existe en realidad, como pretende Haeckel, un vínculo etiológico entre el desarrollo individual y el de la especie, entre la ontogénesis y la filogénesis, los fenómenos de la humana embriología no son otra cosa más que efectos *mecánicos necesarios* de la evolucion de nuestros más remotos antepasados, en conformidad con las leyes de la herencia y la adaptacion.

Urgeme tratar el problema más difícil, aunque más fecundo en resultados filosóficos de la embriología, á saber: la determinacion de la parte que cabe á cada hoja gèrminativa en la formacion del cuerpo. Es ley de la biogenia que todos los animales descienden de un comun antepasado, cuyo cuerpo se componia de cuatro hojas germinativas. Pasan, sin embargo, los vertebrados en el curso de su evolucion por una forma más

humilde, la de la gastrula, constituida por dos hojas germinativas, de la cual no pasan los zoófitos inferiores. Ya hemos dicho lo que son las cuatro hojas germinativas, y de qué modo las dos hojas medias (*fibro-cutánea* y *fibro-intestinal*) se desarrollan, partiendo de dos hojas germinativas primarias, la de la vida vegetativa ó entodermis, y la de la animal ó exodermis, ó si se quiere, la *cutánea sensitiva* y la *intestino-glandular*. Recordará el lector que ámbas aparecen en la vesícula blastodérmica. Para comprender la importancia de las cuatro hojas, preciso es asistir de algun modo al magnífico desenvolvimiento morfológico que presentan en todo el reino animal, desde la esponja hasta el hombre.

Dividiendo el cuerpo humano en sistemas orgánicos de la vida vegetativa y de la animal, hallamos lo que sigue:

1.º Los aparatos de *nutricion* y de *reproduccion* que constituyen los sistemas digestivo, circulatorio renal y los órganos sexuales, provienen sobre todo de las hojas fibro-intestinal é intestino-glandular, lo cual ocurre particularmente con el sistema digestivo (*gaster*), el epitelio y los músculos intestinales, el hígado, las glándulas salivares, los pulmones, el corazon y casi todo el sistema circulatorio.

2.º Los aparatos sensitivos y locomotivos que constituyen el tegumento cutáneo (epidermis y dermis), el sistema nervioso central (cerebro y médula espinal), el sistema nervioso periférico (nervios cerebrales, espinales, simpáticos), los cinco órganos de los sentidos, el sistema muscular y el óseo, derivanse casi exclusivamente de las hojas cutáneo-sensitiva y fibro-cutánea.

Respecto de la cronología de estos sistemas orgánicos, véase cuál es próximamente el orden en que se verifica su evolucion en los vertebrados : 1.º, sistemas cutáneo y digestivo ; 2.º, sistemas nervioso y muscular ; 3.º, sistema renal ; 4.º, sistema vascular ; 5.º, sistema del esqueleto ; 6.º, sistema genital.

Debe notarse que el sistema vascular—el corazon y la sangre—aparece como uno de los más recientes aparatos del organismo, siendo en cambio el digestivo uno de los más antiguos. Nuestros remotos antepasados tenian de largo tiempo atrás estómago cuando aún no tenian sangre, ni corazon, ni vasos

sanguíneos. La vieja alma de la humanidad, inaccesible en sus misteriosas profundidades, no estaba, pues, en la sangre, como creyeron unánimemente los antiguos, los profetas hebreos en particular, que escribían bajo el dictado del Espíritu Santo; no está tampoco en el músculo llamado corazón, de que algunos fisiólogos de buen ver hablan todavía en términos floridos, y por demás galantes: está en el vientre.

JULES SOURY.

(*Le XIX Siecle.*)





LA BIBLIOTECA DE AUTORES ESPAÑOLES

Y LA HISTORIA LITERARIA DE ESPAÑA.

XI.



Los escritores políticos que han florecido en España desde la formación del lenguaje nacional hasta nuestros días, se hallan representados en la *Biblioteca de Autores Españoles*, por Saavedra Fajardo, el P. Mariana, Quevedo, Fernandez de Navarrete, Jovellanos, Quintana y algun otro de menor nombradía; pero basta recordar los artículos que publicó en la *Revista de España* el Sr. Cánovas del Castillo acerca de *Las doctrinas políticas de los españoles en la época austriaca*, para comprender la suma importancia que ha alcanzado en nuestra patria el ramo de los conocimientos humanos, y por lo tanto lo convenientísimo que sería concederle cuando ménos otro tomo de la *Biblioteca*, que podria tener un gran interes histórico, presentando esa lucha de las dos tendencias que se disputan el dominio de la política, desde el Renacimiento hasta nuestros días; la tendencia teocrática, que quiere subordinar el poder civil á la infalible autoridad de la Iglesia; y la tendencia láica, que ya con el nombre de regalismo, ya levantando la enseña de la libertad del poder civil, y aún quizá de la supremacía del poder real, han

sido el trabajoso camino por el cual se ha llegado á las actuales teorías acerca de la libertad religiosa y de la autonomía del Estado, como único representante de la justicia y del derecho social.

Dándose la mano con los políticos están los economistas, de cuyas obras se hallan curiosas noticias en la *Biblioteca* de don Manuel Colmeiro; noticias que podrian servir para guiar el criterio del colector que se encargase de reunir en un tomo las *Obras escogidas de economistas*, que sin duda alguna debieran figurar en la *Biblioteca de Autores Españoles*, puesto que ya forman parte de ella las memorias, informes, dictámenes y otros trabajos sobre asuntos económicos del ilustre polígrafo D. Gaspar Melchor de Jovellanos.

Ahora bien: si filósofos, teólogos, legistas, místicos, moralistas, políticos y economistas tienen ya cabida en la *Biblioteca de Autores Españoles*, claro es que esta obra comprende en su plan general de publicacion, no solamente las obras pertenecientes á los géneros exclusivamente literarios y al histórico, considerado por algunos preceptistas como género intermedio entre la literatura y la didáctica, sino que tambien comprende las obras de filosofía y teología y las referentes á los varios ramos del conocimiento, que con más ó ménos exactitud se apellidan ciencias morales y políticas.

A este grupo de las ciencias morales y políticas pertenece, aunque otra cosa piensa el vulgo, los tratados de ciencia y arte militar, en cuyo género de escritos posee nuestra patria una verdadera riqueza, riqueza que, por ley de justicia, cuando no por obligacion de patriotismo, debemos presentar á la faz del mundo, para contentamiento de propios y admiracion de los extraños.

La literatura militar española tiene su gloriosa historia, que comienza en la parte militar que se halla en las *Etimologías* de San Isidoro de Sevilla, continúa en las notabilísimas enseñanzas de organizacion de la fuerza armada, y aún de filosofía de la guerra, que se leen en las *Partidas*, y en las teorías de milicia que desenvuelve el infante D. Juan Manuel en su *Libro de los Estados*, y llega á su apogeo en nuestros tratadistas militares de los siglos xvi, y en algunos del siglo xvii, produciendo-

áun en medio de la decadencia literaria del siglo XVIII, las admirables *Reflexiones Militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado, y renaciendo en el siglo presente en los escritos del comandante D. Francisco Villamartin, cuyo valor científico aún no ha sido justa ni suficientemente avalorado por la generalidad de nuestros contemporáneos.

Si es el hombre *el elemento esencial de la guerra*, como ha dicho un escritor francés, las obras de ciencia y arte militar han de ocuparse en primer término de las condiciones morales del sér humano; han de pertenecer de lleno al grupo de los tratados de ciencias morales y políticas.

De otro lado, si la guerra es *la lucha armada entre colectividades humanas*; si, como definieron los tratadistas de derecho natural del Renacimiento, *la guerra es la prosecucion del derecho por medio de la fuerza*, fácilmente se comprende que los tratadistas de ciencia militar se han de ocupar en sus escritos de las leyes de la guerra y de la constitucion del Estado militar, esto es, que así como la *política* es la ciencia del Estado *en paz*, puede decirse que la *milicia* (usando esta palabra en su verdadero sentido) es la ciencia del Estado *en guerra*.

Insistimos tanto sobre el carácter propio que tiene la ciencia militar, para procurar desvanecer la errada doctrina de que las ciencias físico-matemáticas son las que tienen más relacion con dicha ciencia, doctrina que nace de confundir torpemente los servicios especiales que en la guerra prestan los cuerpos de artillería é ingenieros, con lo que constituye la esencia misma de la profesion de las armas.

XII.

Lo que es racional en la esfera de la teoría, siempre halla su confirmacion en el exámen práctico de los hechos históricos. Hemos dichos, y hemos procurado probar teóricamente, que la ciencia de la guerra pertenece al número de las ciencias morales y políticas, á fin de patentizar el derecho que tienen los tratadistas de dicha ciencia á venir á ocupar un puesto en la *Biblioteca de Autores Españoles*, al lado de los legistas, moralistas y políticos, que ya forman parte de ella, y de los eco-

nomistas, que deben completar el cuadro de las obras pertenecientes al género de que ahora tratamos. Y la verdad de nuestro aserto queda probada, recordando que, entre los escritores militares se hallan moralistas, como Juan Lopez de Palacios Rubios (*Tratado del esfuerzo bélico heróico*), Jerónimo de Urrea (*Diálogo de la verdadera honra militar*), D. Clemente de Peñalosa y Zúñiga (*Sobre el honor militar, causas de su origen, progresos y decadencia*) y el P. Cádiz (*El soldado católico en guerra de religion*); legistas como D. Sancho de Londoño (*Discurso sobre el modo de reducir la disciplina militar á mejor estado*) y D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca (*Despues de Dios la primera obligacion y glosa de las Ordenanzas Militares*); y tratadistas generales de ciencia y arte de la guerra, como D. Bernardino de Mendoza (*Teórica y práctica militar*), Diego de Salazar (*Diálogo de re militari*), Bernardino Escalante (*Diálogos del arte militar*), D. Diego de Alava (*El perfecto capitan*), Cristóbal Lechuga (*El maestre de campo general*), Martin de Eguiluz (*Milicia, discurso y regla militar*), el marqués de Santa Cruz, ya ántes citado, y otros muchos autores que seria prolijo enumerar.

Si aún cupiese alguna duda acerca de la índole y carácter de los tratados generales de arte militar, si aún se dudase de que estos tratados pueden y deben considerarse como pertenecientes al grupo de las obras de ciencias morales y políticas, léanse las siguientes máximas que á continuacion extractamos de las *Reflexiones militares* del marqués de Santa Cruz de Marcenado, y se verá el estrecho enlace que existe entre las dichas ciencias y las enseñanzas didácticas del arte de la guerra.

Discurriendo acerca de las *Virtudes morales, políticas y militares de un generalísimo de país y de ejército*, expone el marqués de Santa Cruz estas atinadas consideraciones:

«El conde Galeazo Gualdo, en su *Guerrero prudente*, quiere que el general haya tratado con varias naciones, y particularmente con aquellas á quien hubiere de hacer la guerra, pero no siempre dan lugar á los viajes las ocupaciones del servicio. Con que me parece debe el general contentarse de saber el genio de dichas naciones por medio de hombres entendidos que

los hayan practicado, ó de libros modernos que describan fielmente su inclinacion, ventajas y defectos.»

.....

»Sirva de primer aviso el que Isócrates dió á Nichocles, que no dejándose dominar de culpables placeres, se hiciese más dueño de sus pasiones que de sus pueblos. Victoria plausible llama Platon á la que de ellas se logra; y pérdida vergonzosa al ser de las mismas vencido. Abstinencia de los delitos, es la primera calidad que Santo Tomás busca en la vida militar.»

»Empresa ridícula sería castigar en otros el vicio de que tú mismo no sepas librarte; y si vives desordenadamente, no sólo harás mal para tí, sino tambien para las tropas, que pensarán lisonjarte con la imitacion ó disculparse con el ejemplo.»

«La reflexion política de Plinio es que á muchos hace virtuosos el amor á la fama, y á pocos el de la conciencia; pero el justo precepto de Séneca es no ejecutar cosa que no sea conforme al dictámen de la última; consejero el más continuo, aunque infelizmente el más despreciado. Verdad es, que aun cuando te faltase el principal apoyo de la fiel religion, debieras en obsequio de tu fama huir los vicios que no hacen escrúpulo en tu conciencia, y por el camino de lo glorioso, llegarías insensiblemente al término de lo justo.»

«Si no pudieras abstenerte de la cólera, excúsate á lo ménos de tomar alguna resolucion miéntras estás en ella; para que pasando su primer ímpetu, sea parte natural de tu entendimiento el dictámen que ántes hubiera sido, mónstruo abortado de tu ira.»

«Debes endurecerte á la fatiga y á la vigilia, porque el trabajo es á veces más preciso al general que al soldado, atendiendo éste únicamente á su persona en la marcha ó á su puesto en la centinela, en el cual hay otros que le mudan; pero el general no cuida de sí solo, ni de un paraje señalado, sino de millares de hombres y de algunas leguas de terreno que su ejército ocupa marchando ó campando.»

«En tu *vestido* puedes, sin desperdicios de pródigo, mostrar aseo de liberal.»

«Huye cuanto puedas los aduladores, gente que á la virtud

pega el achaque de soberbia y profana su nombre dándosele al vicio.»

«Al contrario de los que lisonjean, son apreciables los que con inocente franqueza desengañan, debiendo considerarlos como apoyos de tu virtud; pues con el aviso la sostienen, siempre que la ven resbalar hácia alguna dañosa pasión.»

«Convendráte saber diferentes lenguas para hablar á las tropas de las varias naciones que haya en tu ejército, ó á los paisanos de diversos pueblos con que trates; para examinar por tí los prisioneros ó desertores enemigos; para leer las cartas que cogieren tus partidas ó escriban del país contrario á tus confidentes, sin que para uno ú otro necesites de intérprete, en quien el secreto nunca estaria tan seguro como en tí solo, ni los razonamientos tan justos como en su original.»

«Nada te instruirá tanto como el leer buenos libros. Alimento de la milicia y fundamento de la virtud guerrera, llamaba Alejandro á las obras de Homero, que jamás apartaba de sí. Son particularmente provechosas las historias que tratan de capitanes famosos, de cuyos hechos aprenderás en pocos meses lo que la experiencia sola no te enseñaria en muchos años; pues aunque sirvas desde niño, será bastante que llegues á ver cincuenta ocasiones dignas de reflexion; pero en los libros encontrarás millares de pasajes que en su feliz ó desgraciado éxito, en las buenas ó erradas disposiciones y en el juicio que de éstas hicieron hombres sabios, te muestran, para en lances iguales, el partido que debes seguir y el que fuere conveniente evitar.»

»Los impensados acaecimientos de la guerra muchas veces obligan á determinaciones tan prontas, que no dan lugar á una larga meditacion, ni á juntar el consejo de guerra; con que sólo queda el arbitrio de resolver por las reglas que en pocos instantes prescriba la memoria de los expedientes que en semejantes casos tomaron otros generales; porque el principio, pensar despacio y ejecutar á priesa, se entiende cuando el tiempo del discurrir no destruye al del obrar.»

«Es el consejo de los libros más agradable que el de los hombres; porque en la acción que por sus reglas acertares, ningun consejero entrará contigo á porción de la gloria; á que se añade

que los primeros reprenden y no mortifican; pues los libros vituperan al vicio, y los hombres parece que acusan al vicioso.»

«No sólo considero más agradable, sino también más seguro, por estar exento de la cólera, interés, lisonja y otras pasiones á que suelen sujetarse los hombres que aconsejan.»

«Otro fruto de los libros será estimularte con el recuerdo que suscitan de las heróicas acciones y plausibles recompensas de muchos generales; y como dice Solís: comenzarás á triunfar con los pensamientos del triunfo.»

«No por lo aquí dicho quiero que el amor á los libros robe las horas á los negocios importantes de tu comando, pues ya se ve que ridiculez sería estarte con una historia en la mano, cuando te debieses ocupar en reconocer un campo, en formar un ejército ó en otra necesaria providencia.»

«Prevengo con el caballero Borri, que no corras sin necesidad á ejecutar lo que hallares aconsejado en los libros políticos, ó practicado en los históricos, si primero no examinas las razones de aquella opinion ó conducta y confrontas sus particularidades con las presentes del lance.»

«Sucede con la lectura lo que con la comida, pues siendo pasto del espíritu la una y alimento del cuerpo la otra, ambas necesitan de tiempo para digerirse; y así como pequeña cantidad de quinta esencia vale más que grande porcion de otro sustento, sacarás mayor fruto de un buen libro que de muchos medianos.»

«Seríate muy ventajosa la partida de elocuente para inspirar á tus tropas deseos de combatir, para apaciguar un disgusto ó revolucion de las mismas, para relevarles el espíritu cuando por algun infeliz suceso están abatidas de ánimo, y para otra infinidad de ocurrencias, como puedes ver en repetidos lugares de esta obra.»

»Es para el oido la elegancia de las palabras lo que para mirar los anteojos de larga vista, que presentados por una parte disminuyen el objeto, y por otra lo abultan.»

«Cuando te halles querido de las tropas, serás bien servido de ellas; pero si te aborrecen, aún aquello que sea de su obligacion lo ejecutarán perezosamente, á trueque de que no lo-

grándose algun buen suceso bajo tu comando, no consigas aplauso ni premio.»

«No faltan escritores que pretendan asegurar la obediencia de las tropas en el solo temor al jefe, suponiendo inútil el afecto de las mismas; pero al *odien miéntras teman* (proverbio de un tirano), respondo con la clarísima razon de Santo Tomás:

«Débil fundamento es el temor; pues los que por el temor están sujetos, cuando llega una ocasion que les proporciona la esperanza de la impunidad, se sublevan contra los jefes, con tanto mayor esfuerzo, cuanto mayor coaccion contra su voluntad hayan sufrido por el temor solo, cual impetuosa fluye el agua contenida violentamente cuando encuentra una salida: el mismo temor, ademas, no carece de peligros; pues muchos cayeron en la desesperacion por un temor excesivo.»

«Los beneficios partan de tí sin que se conozca en ellos mano ajena; los castigos, aunque tú los dispongas, deja que salgan como de la justicia de tu auditor, consejo de guerra ú otro tribunal.»

«Lo cierto es que más habilidad hay en hacer de un malo un bueno por medio de un moderado castigo, que de un vivo un muerto por ejecucion de la severa sentencia.»

«Hay algunas justicias tan generalmente deseadas, que en lugar de odio granjean aplauso á quien las ordena.»

«Gracian aconseja que el *no* se dilate; porque pasado el primer ardor de la pretension, se siente ménos el malograrla.»

«Al contrario del *no*, debe ser pronto el *sí*; porque el pretendiente no crea tener adelantada la satisfaccion del beneficio con la dilacion de la esperanza.»

XIII.

Acaso aún se podrá objetar que las páginas que acabamos de transcribir constituyen la excepcion, y no la regla, en cuanto á los asuntos que generalmente suelen tratarse en las obras de ciencia y arte de la guerra. Para desvanecer por completo, y en este mismo lugar, la fuerza de tal objecion, habria necesidad de copiar aquí íntegramente el texto de algunos tratados de mi-

licia; y de no hacerlo así, dejar en pié la duda, remitiendo la confirmacion de nuestro aserto á la lectura ó al testimonio de los que ya hayan leído los dichos tratados didácticos.

Entre ambos extremos, el uno imposible de practicar, y el otro, por lo pronto, muy poco eficaz para la probanza de nuestras afirmaciones, tomaremos un término medio, transcribiendo aquí varios pasajes de libros militares, y entre ellos la primera mitad del proemio, escrito por D. Antonio de Toledo, que se halla al frente de la obra de D. Diego de Alava, intitulada: *El perfecto capitan, instruido en la disciplina militar, y nueva ciencia de la artillería* (Madrid, 1590); pues en dicho proemio se trata de la cuestion más fundamental de la ciencia de la guerra, y por las consideraciones que en sus páginas se exponen, puede razonadamente deducirse el espíritu, el carácter ó índole general que informa, ó al ménos que puede informar, á la didáctica militar, y constituir la como uno de los ramos en que se dividen las ciencias morales y políticas:

«D. Antonio de Toledo (1), señor de Pozuelo de Belmonte, á los lectores.» Así comienza el proemio, segun costumbre de la época, y despues continúa diciendo:

«Ninguna cosa ha sido más deseada en el mundo, por todas las gentes, áun las más bárbaras, que la paz y concordia á que la naturaleza inclinó á los hombres, y en que la razon y parte superior nuestra puso su alcázar y fuerte, para que pudiese gobernarse la vida y sustentarse la union y conformidad, que es la verdadera esencia de hombre racional. Pero como de dos partes principales que tenemos en nuestra alma, fué el apetito contrario siempre á la razon, y la diversidad de condiciones é ingenios engendró diferencia en las inclinaciones: y los deseos poco ordenados de que aquella parte del apetito se sirve, y tiene por compañeros, codiciaron siempre alzarse con el gobierno y mando de la razon, duró poco esta concordia y paz, para que naturalmente los hombres nacieron, y se criaron juntos. Y casi al mismo punto, que por la desobediencia entró la

(1) ¿Será este D. Antonio de Toledo el mismo de quien se conserva una ballesta en la Real Almería, el cual fué caballerizo mayor del príncipe D. Felipe, hijo de Carlos V, segun dice Calvete de Estrella en su *Felicesimo viaje?*

muerte en el mundo, y se desencajó esta admirable fábrica del alma y dió lugar al desórden de la sensualidad y pecado, sucedió este monstruo infernal de la discordia y disension, y de tal manera se extendió su veneno, que en los primeros hombres y hermanos se ejercitó su saña, hallando razon la envidia y deseo de no sufrir igual, para que un hermano quitase desastradamente la vida al otro inocente, y con quien junto la habia recibido, y casi era una misma carne y sangre. ¡Tanto pudo el demonio, universal enemigo nuestro! ¡Tanta fuerza tuvo el pecado y desobediencia! ¡y tanto poder tienen los rigurosos ministros, que tomó para nuestro castigo, ambicion y envidia! que son solos los que destruyen los reinos, asuelan las ciudades, queman los pueblos, talan los campos, roban la gente, y al fin confunden y perturban todo el órden de la naturaleza. La cual (como madre providentísima y cuidadosa), encerró en las entrañas de la tierra, en partes muy encubiertas de ella, el oro y la plata, y otras cosas que son el incentivo y yesca de la ambicion y envidia, causas como dije de todas las guerras y discordias. Y no contenta con esto, pareciéndole que aún no bastaba encerrar las causas, si no encubrir los instrumentos de que la furia humana se habia de servir, escondió con particular providencia el hierro y acero, de que se podian fabricar armas, para la destruccion de sus hijos, que tanto deseó pacíficos y quietos: pues el fin de ellos, es solo la vida, union, paz y concordia. Y la destruccion y acabamiento (por decirlo así), es la guerra, discordia y desasosiego. Pudo tanto nuestra parte inferior, y valiéronse de tal manera nuestros comunes enemigos de los desordenados apetitos, que el deseo de no sufrir igual, y ser superior, y tener más con que serlo, halló el oro y la plata: y con increíble furia y trabajo desentrañó la tierra: y bajando á su centro y á la morada de las almas, y parece que al mismo infierno á sacar de él la causa de tantos males, y con ella los instrumentos con que conseguirlos. Y de aquí sucedió, que con el mismo siglo y con la misma naturaleza, creció este deseo de gloria, y apetito de enseñorearse de lo ajeno, y mandar á otros, de suerte, que casi no tenemos noticia de la paz, que no la tengamos luégo de la guerra: porque (si bien lo miramos) hallaremos, que despues de los par-

ticulares desafíos y disensiones de nuestros primeros padres y siglo de oro, luégo que pasó del diluvio comenzó Nembrot á juntar ejércitos y conquistar el mundo : y no contento con esto, querer hacer guerra al cielo, intentándolo en la famosa torre que llamaron de Babilonia, donde fué menester para resistir tan gran atrevimiento y locura la mano poderosísima de Dios, con el castigo tan sabido que bastó á deshacer tanto orgullo y desatino. De manera que ha llegado á tanto el atrevimiento de los hombres, y el deseo de gloria y riquezas, que al mismo Dios han procurado hacer guerra : de aquí vino á ser esta tan natural y comun en el siglo, que no ha habido república, ni reino antiguo, ni moderno, que para conservarle un muy pequeño tiempo en paz, no haya habido menester muchos años de guerra : de manera que ni hombre valeroso, ni reino ilustre, ni cosa sabrosa, ni hazaña honrada, viene á tener nombre de honra y gloria, que no haya tenido su principio y suceso en la guerra, que por ser ordenada á este soberano bien de la paz (de que Dios se llama Príncipe, como de la cosa más amada y que él más estima y desea), deben ejercitarse con destreza y estimarse con gran veneracion. Pues (presupuesta nuestra flaqueza y el término en que nos ponen nuestros apetitos) ora sea para exaltacion de la religion y fe que profesamos, ora para la defension de los propios Estados, á que la naturaleza nos fuerza ; ora para el castigo de los malos y premio de los buenos ; ora para la quietud y sosiego y limpieza de lo que tanto daño hace en las repúblicas ; ora para buscar las cosas necesarias á la vida en los reinos extraños, con el medio de la navegacion ; viene á ser tan necesario este ejercicio, que no lo es más la vida que vivimos y el aire con que respiramos. Porque desde que nos formamos y tomamos este sér que tenemos, venimos á ser compuestos de una eterna é infinita contienda y guerra, así entre las partes superior é inferior que he dicho, como entre los elementos que nos forman y calidades que nos componen : guerra perpétua tienen entre sí el fuego y el agua, que hacen la cólera y flema ; y el aire y tierra de que se hacen la sangre y melancolía. Este mundo mayor que nos sustenta, ¿qué tiene, si no una maravillosa discordia con que se mueven los cielos, influyen los pla-

netas, crecen las plantas, producen las mieses, crian los minerales y engendran cuanto fué necesario á la conservacion y vida? ¿Los tiempos en sí no tienen una cruel contienda, el frio del invierno destruye el calor del verano, y la humedad del otoño el ardor del estío: tras los vientos las aguas : tras las aguas el sol : tras el sol el nublado: tras la tempestad la bonanza y tras la bonanza la tempestad? Todo al fin rueda, movimiento, contiendas, contrariedades. Y no sólo hallamos estas en las causas y partes que nos forman, si no en los efectos y formados, en los animales, en las aves, en los hombres, en la enemistad que se tienen unos á otros. ¿La guerra que se hacen? ¿El odio que sustentan? con el cual nacen primero que con el alma racional, ó irracional cual se sea, cundiendo y propagándose esto, de padres á hijos, en infinito. Y así dijo muy bien el Espíritu-Santo que nuestra vida es una guerra sobre la tierra y una ordenada milicia : porque verdaderamente la concordia fuera simplicísima y sin el artificio que compone estos dos mundos, mayor y menor si no hubiera esta variedad y discordia tan concorde, que tanto hermosea, como se dijo á la esposa por el extremo de hermosura, que estaba cercada de variedad. Y así con particular providencia supo sacar nuestro Soberano Artífice un gran provecho y utilidad de lo que el pecado engendró en el mundo. Porque habiendo sido él causa de que cesase esta paz y union para que nos crió, al fin, de la division y guerra ha sacado innumerables provechos, ¿porque dónde se ejercitan mejor todas las virtudes morales? ¿dónde se descubre más la prudencia? ¿dónde se usa más recta justicia? ¿dónde se ejercita la fortaleza? ¿dónde tiene su lugar la templanza si no en la guerra? ¿Qué tiene en pié la nobleza y estima de los hombres? ¿De dónde salen las armas, los blasones, las divisas, de que se precian cuantos hoy viven que desean alguna gloria, ó alabanza, sino de los gloriosos hechos de sus pasados en las armas ; haciendo caso aún de los más menudos, porque en todos hallan nobleza y honra? ¿Qué cria los ánimos generosos, sino la guerra? ¿A qué se inclinan los que los tienen, sino á la guerra? ¿Qué ejercicios ni juegos hay que se apetezcan, sino los de la guerra? ¿Qué ha hecho á los hombres famosos dignos de historias, de trofeos, sino la guerra?

¿Qué ha fundado los imperios, los reinos, los estados de señores, y aún los más de los mayorazgos, sino la guerra? ¿Qué sustenta en paz la república sino la guerra? ¿Qué seguridad tendríamos nosotros en nuestras casas sino por la guerra que hacemos á los enemigos en las suyas? ¿Cómo alcanzariamos justicia, ni gozariamos nuestra hacienda, si la guerra no se sustentase en pié contra los rebeldes y poderosos? ¿Qué lugar tendria la religion y culto divino, si la guerra no le defendiese y guardase contrastando con las armas la violencia de los publicadores de nuevos errores y sectas con que tanto se procura contrastar? ¿El lustre de las repúblicas con riquezas, quién le da sino la guerra y navegaciones? ¿La comunicacion y union de los reinos por qué medio se alcanzó, sino por el de la guerra? Y finalmente, ¿qué glorioso y de estima puede considerarse que, ó no se haya alcanzado con el medio de las guerras ó no se halle en sus ejercicios? Pues siendo éstos de tan gran estima y estando todo nuestro sér y conservacion en el buen uso de la guerra, por qué de la misma suerte que de éste se nos siguen innumerables provechos, del malo suceden increíbles inconvenientes y daños públicos (como fácilmente se echa de ver), qué de reinos perdidos? ¿qué de repúblicas destruidas? ¿qué de ciudades assoladas? ¿qué de pueblos consumidos? ¿qué de campos talados? ¿qué de hombres muertos leemos y vemos á cada paso por la poca industria de los generales ó descuido de los gobernadores ó ignorancia de los capitanes? Tocámoslo con las manos y plugiera á Dios que tuviéramos de esto los ejemplos tan léjos, que aún no sintiéramos, como sentimos, el dolor de las llagas no bien sanas. Y porque esta parte es más clara que el sol, y la otra de los grandes provechos de esta disciplina y arte bien entendida y cuantos ejemplos de sucesos milagrosos se hayan visto, pone muy distintamente y con su acostumbrada elocuencia el autor en su prólogo, no tengo yo que decir más si no que si alguna disciplina y arte hay inventado en el mundo que deba estimarse sobre manera y tenerse en extraña veneracion es la militar. Porque si todas las cosas son (como dice el filósofo) por el fin, y las artes se han de juzgar conforme los sujetos y materias de que se hacen; habiendo visto cuán natural es este ejercicio de la

guerra, cuán necesario para conservarnos y cuán útil para la vida, forzosamente sacamos que este arte excede en excelencia, necesidad y provecho á todos los demas. Porque si debe estimarse tanto la Teología, porque trata de Dios: la jurisprudencia de nuestra conservacion: la física del conocimiento de la naturaleza: la metafísica del discurrir en las cosas: la medicina de nuestra salud: las matemáticas de las pruebas evidentes: la astrología del curso del cielo: hallo verdaderamente en este arte militar todas las demas encerradas y todo su provecho junto y toda su utilidad atesorada. Porque la religion (como he dicho), por esta cosa se conserva: y fuera de ménos provecho la mucha ciencia y conocimiento de esto, si lo dejáramos eclipsar, y oscurecer, y aún destruir, con las razones y armas de nuestros enemigos, no poniendo las nuestras contra las suyas, y en defensa de lo que la verdadera religion y doctrina nos enseña. ¿Pues la justicia, qué lugar puede tener entre las armas, dónde están callando las leyes (como dijo Ciceron muy bien), con el miedo de la injuria, falta el derecho, y sólo aquel es verdadero, que consiste en el más poderoso? Pero el ejercicio de la guerra y poder de los príncipes sosiega ésto, y hace que el temor de cada uno le ate las manos para abstenerse de las injurias, y el derecho y leyes tienen su lugar, sabiendo que tienen príncipes poderosos con armas y gentes de guerra, que las han de conservar, y perpetuar, y defender. Hallamos en esta ciencia toda la noticia de la naturaleza, que la física nos enseña, pues se ha probado no ser otra cosa que una contienda y discordia de humores y elementos. Del discurso de la metafísica aquí hallo su verdadero é importante sujeto, la medicina aquí se ejercita con particular excelencia, donde se trata de la conservacion de las vidas y salud que con tanto peligro se sustentan, y aunque todas estas ciencias y otras que olvido, son compañeras é hijas de la militar, y donde maravillosamente se hallan y ejercitan.»

.....

«Consideró, pues, muy bien don Diego de Alava, la mucha necesidad que hay en el mundo de saber bien lo que en él estan natural y necesario, y sin que no puede durar ni conservarse, y que si en algun tiempo fué útil y provechoso el arte

de la guerra, en éste era precisamente necesario cuando vemos todo el universo arder en vivas llamas de guerras, amenazando estos principios unos crueles fines: la Asia revuelta con las del Sofí y Turco; el Africa (que hasta aquí estaba pacífica en la India y Etiopía y otras regiones) rebelarse contra los que las han conquistado. Flandes, Francia, Inglaterra, ya vemos lo que aperciben: Alemania entre sí, con la diferencia de las leyes, y religion, la tiene tan continúa que no há menester buscarla fuera. La monarquía de España es la que sustenta la carga del Orbe, que está para caer, y la que sola ha de resistir á los enemigos de Dios y de su religion. Vió, junto con esta necesidad, cuán grande la habia de que cosas de tanta importancia, y en que sólo consiste la conservacion de los reinos, de las vidas, de las haciendas, y todo cuanto puede caber de importancia en nuestra imaginacion, se tratase como debia, y hubiese en ellos el acierto y regla infalible, que es menester en la buena disciplina y arte: pues esta se echa sólo de ver en su certeza é infalibilidad, como quiera que errando en un principio, y por ventura en lo que parece muy menudo, se da en millones de inconvenientes, que eso hace la gravedad de la materia y la importancia de lo que se trata, y el pequeño yerro en el principio es muy grande en el fin, y parecióle era menester tomar esta ciencia en sus fuentes y principios.»

Hasta aquí la parte del escrito del prologuista de *El perfecto capitán*, en que nos parece ámpliamente comprobada la verdad de la tesis que estamos sosteniendo, pues el resto del proemio, aunque no carece de interes, se halla dedicado á reseñar los merecimientos del autor del libro, D. Diego de Alava y Beaumon, Viamont ó Esquibel (1), que de los tres modos hemos visto escrito el segundo apellido de este escritor; merecimientos que segun parece no habian alcanzado ni justas recompensas del gobierno, ó mejor dicho, de la munificencia del segundo Felipe, que á la sazón reinaba, ni siquiera los aplau-

(1) El ejemplar de *El perfecto capitán* que existe en la Biblioteca de la Direccion general de Artillería, dice *Esquibel*; el retrato de la Calcografía Nacional, escribe *Beaumont*; y en la generalidad de los autores se lee *Viamont*. Nosotros nos inclinamos á creer que el verdadero apellido es *Esquibel*.

sos de la opinion pública, que hasta negaba al D. Diego la paternidad de su obra, fundándose en que era hijo del general de artillería D. Francés de Alava, y que éste debiera ser el autor de un escrito en que de artillería se trataba. Bien ha dicho un poeta contemporáneo: «La envidia es la polilla del talento.»

XIV.

Ademas de todas las razones apuntadas en pró de que los tratadistas militares vengan á ocupar el puesto que de derecho les corresponde en la *Biblioteca de Autores Españoles*, aún pudieran indicarse algunas otras, pero por ahora nos limitaremos á exponer una de ellas, por considerarla de gran importancia, y entender que la verdad que encierra es fácil y evidentemente demostrable.

Existen algunas obras históricas pertenecientes al arte de la guerra, que ya van siendo difíciles de encontrar á la venta, entre las cuales recordamos el *Discurso sobre los ilustres autores de artillería que han florecido en España desde los Reyes Católicos hasta el presente* (Madrid, 1767) del célebre literato D. Vicente de los Rios, y el *Memorial histórico de la artillería española* de D. Ramon de Salas, que tanto por su valor como obras científicas, como por su mérito literario, merecian ser reimpresas y ocupar un puesto entre los escritos militares que formasen parte de la *Biblioteca de Autores Españoles*.

Fijando nuestra atencion en el libro de D. Vicente de los Rios, pues del estudio histórico del general Salas ya nos ocuparemos más adelante, recordaremos una cuestion tratada en sus páginas, y de la cual tambien se ocupó el célebre Chateaubriand en *El Genio del Cristianismo*; y compararemos la racional y justa solucion que presenta el militar español del siglo XVIII, con el alarde de escepticismo científico del literato francés del siglo XIX.

«Un poeta, decia Chateaubriand, con sólo algunos versos pasa á la posteridad, inmortaliza su siglo, y hace llegar á los tiempos futuros los nombres que se digna ensalzar en sus can-

tos; y el sabio, apenas conocido durante su vida, es olvidado al día siguiente de su muerte.»

.....

«La gloria no tiene alas, y necesita las de las musas, cuando pretende llegar á remontarse hasta los cielos. Corneille, Racine, Boileau, los oradores, los historiadores, los artistas, son los que han inmortalizado el siglo de Luis XIV, mucho más que los sabios científicos que también brillaron en aquella época.»

«Que los matemáticos cesen de lamentarse de que los pueblos por un instinto general ponen á las letras delante de las ciencias. Y es sin duda alguna, porque el escritor que ha legado al mundo un solo precepto moral, un solo sentimiento elevado, es más útil á la sociedad que el geómetra que ha descubierto las más exactas propiedades del círculo ó del triángulo.»

Este menosprecio de la ciencia que se revela en los párrafos que acabamos de copiar, lo acentuaba aún más el autor de *Genio del Cristianismo* en otros pasajes de esta obra, llegando á sostener que los descubrimientos de las ciencias físicas y matemáticas, ni siquiera servían para mejorar las condiciones materiales de la vida, mediante sus aplicaciones prácticas. ¡De este modo discurría Chateaubriand para explicar el olvido en que suelen vivir y morir los tratadistas científicos, la víspera, digamoslo así, en que las aplicaciones del vapor y de la electricidad, habían de producir las maravillas del camino de hierro y del telégrafo eléctrico!

Nuestro D. Vicente de los Rios, oficial de artillería que había profesado las matemáticas y las ciencias naturales en el histórico Alcázar de Segovia, no caía en los graves errores de Chateaubriand, y aún viviendo en la nación donde la intolerancia religiosa había procurado destruir hasta los gérmenes de toda libertad científica, resolvía la cuestión propuesta escribiendo las siguientes atinadas reflexiones:

«Los ilustradores de las artes tienen contra sí desde luego la voz popular, que desprecia todo lo que no conoce. Si el concepto comun fuera el árbitro soberano para poner á los hombres ilustres en posesion de este nombre, quedarian reducidos á un pequeño número los que han florecido en España desde

los Reyes Católicos hasta nuestros días... pues el vulgo confunde siempre las ideas más separadas y remotas, equivoca los nombres ilustres con los famosos, y tiene por tales sólo á los conquistadores, cuyos nombres conoce, porque su memoria se divulga y radica más que la de los sabios. Apenas habrá hombre bien educado que no tenga noticia de los varones griegos y latinos famosos en armas, aunque no haya visto las obras de Plutarco y Cornelio Nepote, pero raro será el literato que no deje de hallar en Diógenes Laercio, célebres filósofos cuyos nombres ignoraba. El conde de Olivito, Pedro Navarro, es un ejemplo muy á propósito : todos lo conocen como por uno de los más experimentados capitanes de su tiempo, y son muy pocos los que saben que fué inventor de las minas de guerra. Esto nace de que la gloria de las ciencias, aunque es, en efecto, más sólida y provechosa, jamás llega á ser tan ruidosa y brillante como la militar.»

«Los sabios ilustres son también más ó menos conocidos á proporción del objeto de sus mismas ciencias ó facultades. El descubrimiento de las lunas de Júpiter, dice el Sr. Fontenelle, la invención de un nivel más seguro y cómodo, el hallazgo de la cicloide, el conocimiento de la elasticidad y demás propiedades del aire, el de las varias fuerzas de la inflamación en diferentes cantidades de pólvora, y la maravillosa multitud de observaciones é instrumentos que ha producido la aplicación de los géometras en los dos últimos siglos, no parecen novedades tan propias para despertar la atención y admiración del público, como un bello poema ó un discurso lleno del nervio y vigor de la verdadera elocuencia... Tal es el destino de las ciencias matemáticas... ciencias espinosas, abstraídas y manejadas por un pequeño número de personas. La utilidad de sus progresos es invisible á la mayor parte del mundo... El conocimiento de esos progresos es tan difícil, tan serio y tan poco conveniente á la natural pereza del espíritu humano, que aun entre los géometras, en cuyo concepto todos los demás hombres son vulgo, hay todavía un vulgo que no puede comprenderlos. Que en el día haya gran facilidad para abrir canales, emprender largas navegaciones, descaminar ríos y nivelar terrenos; que se hayan perfeccionado los péndulos, adelantando la física, la artillería,

las minas, poco importa. El arquitecto, el marino, el bombardero y el minador, aliviados en su trabajo, no sienten la mano del geómetra que los guía. Los demás hombres descubren aún menos el genio que preside á estas empresas; y el público no disfruta su feliz éxito, sino con una cierta ingratitud.»

«Regularmente las bellas artes, que copian la naturaleza con las gracias que no poseemos, encuentran más grato hospedaje en nuestro espíritu que las facultades útiles, por cuyo medio aliviarnos las pensiones anejas á nuestra misma naturaleza. Preferimos lo brillante á lo sólido, y lo agradable á lo útil; pero esta injusticia, lejos de ser contra los artistas útiles; debe hacernos más indulgentes sobre su mérito. Un geómetra, un botanista, pueden estar muy distantes de Newton, y no saber tanto como Tournefort; sin embargo, es apreciable; al contrario, el poeta, el orador, que no es excelente, será fastidioso é insufrible.»

«A estas causas, bastante poderosas para borrar del conocimiento y comun estimación los varones ilustres á las artes útiles, se agrega otro motivo, que los destierra del trato de sus más propios lectores, y oscurece su memoria en el espíritu de los mismos que debían aplaudirla y publicarla. Luego que una facultad se ha perfeccionado, sus profesores no tienen por lo regular noticia de los primeros escritores que la ilustraron; y cuando los llegan á conocer, no aprecian sus escritos como deben; porque ignorando la historia particular de aquella facultad, equivocan por falta de este preciso conocimiento el mérito de los referidos autores, con la estimación que sus obras logran en el día: sin hacerse cargo de que los escritos de hombres muy célebres suelen ser de muy poca utilidad, después que con la sucesión de tiempo y de trabajo llega su facultad al estado de perfección que pueden darle los hombres... Por esta causa, para conocer el mérito de un autor facultativo, se debe tener presente la edad en que escribió y lo que en ella se sabía de su facultad, midiendo el legítimo valor de sus obras por el que tuvieron las de sus contemporáneos, y no por el de otras de escritores más modernos, que aprovechándose de las luces y reflexiones de sus anteriores, les ha sido fácil adelantar ó mejorar su facultad, y escribir con más método y utilidad.»

XV.

Al ocuparnos anteriormente de la ciencia española, procuramos llamar la atención sobre su rápida decadencia á contar desde fines del siglo xvi, y las consideraciones allí apuntadas hallan nueva confirmación en el estudio de la historia militar de España ; y así lo consignaba el general D. Ramon de Salas en su notable *Memorial histórico de la artillería española*, escribiendo lo siguiente :

«Cuando en el siglo xvi y principios del xvii escribía el general Salas, retumbaba la artillería española desde Flandes hasta Chile, todo se hacia á la española. La lengua de moda era la castellana. La ciencia de la guerra se aprendía en la *Teórica y Práctica* de D. Bernardino de Mendoza, y en *El perfecto capitán* de D. Diego de Alava. La navegacion se estudiaba en Francia por el *Arte de navegar* de D. Pedro de Medina, y en Inglaterra por el *Breve compendio de la esfera y arte de navegar* de Martin Cortés. En Paris pasaron por los mejores matemáticos los españoles Alvaro Tomás, Pedro Ciriuelo y Martin Siliceo. En toda Europa resplandecía la erudición de nuestros historiadores y el ingenio de nuestros poetas, y se admiraba, sin poder imitarlo, el arrojo de nuestros primeros navegantes Pinzon, Ojeda, Elcano y Urdaneta.»

«Pero aquella agigantada monarquía fué perdiendo su poder, y los extranjeros que, aunque humildes miéntras vencidos, se habian mantenido siempre envidiosos, viéndonos débiles, nos trataron de ignorantes. La gloria militar de Gonzalo de Córdoba, de Pedro Navarro, de Antonio de Leiva y del duque de Alba fué tratada de *brigandaje*. El valor y la constancia sin ejemplo de Cortés y de Pizarro se tuvo por crueldad y superstición. Se nos acusó de corruptores de la literatura. Se llamaron bárbaras nuestra poesía y nuestra historia. Los viajeros describieron á España como el país de los hotentotes, pintándonos estúpidos y sin crianza... Los geógrafos hicieron desaparecer de los mapas los nombres españoles que les pusieron nuestros marinos para consignar la fama de sus descubrimientos. Los juristas tacharon de despóticas é inciviles á nuestras

leyes, objeto seguramente en que estábamos adelantados á ellos en algunos siglos; y en fin, tan ruda y porfiada persecucion sufrieron nuestros conocimientos y nuestras glorias, que, como en prueba de la inutilidad española, se hizo pasar hasta el dia por frase favorita la insultante mentira de que *el Africa llega á los Pirineos.*»

Y más adelante, ocupándose de los escritores é inventores de artillería, y lo mismo pudiera decirse de todos nuestros tratadistas didácticos de milicia, decia D. Ramon de Salas lo siguiente :

«El mérito de los libros no debe medirse por el valor que tienen en el tiempo que los juzgamos, sino por el que tenían en el que se escribieron. La mayor parte de los escritos en ciencias naturales y físico-matemáticas de hace dos siglos no son lo más á propósito para adquirir grandes conocimientos en el dia; pero cuando se publicaron llevaban ventaja á los anteriores, como tal vez de aquí á cien años serán inútiles los del tiempo presente. Sin embargo, sus autores no son por eso ménos apreciables. Aplicando esta reflexion á los de artillería, cuya enumeracion voy á hacer en este capítulo, veremos que Luis Collado no fué inferior artillero en el siglo xvi que Morla en el xviii; y que sin aquel y otros tan aplicados y sabios, nunca hubiera podido llegar á serlo éste.»

«En cuanto á los autores franceses é ingleses que, por circunstancias ajenas á la artillería, inundando de libros á Europa, han pasado de cien años á esta parte por inventores y mejoradores de todo, nada tengo que decir sino que tienen mucho mérito en haber trabajado para el provecho de sus naciones, pero que en cuanto á la invencion de los primeros fundamentos de la artillería, puede aplicárseles con oportunidad, aquello de los huevos de la fábula, que dijo Iriarte :

«Presumís en vano,
De esas composiciones peregrinas :
¡Gracias á quien nos trajo las gallinas!»

«En efecto; véase el catálogo de Gassendi, donde el más antiguo autor que pone es el aleman Preussens, que escribió en 1530. Desde este tiempo hasta 1586 en que Collado publicó su obra pequeña, hasta 1590 en que D. Diego de Alava dió á

luz la suya, y aún hasta 1592 en que Collado imprimió la grande, no se encuentra más que un autor francés, que es Beroil de la Treille, el cual dió á luz la suya en 1557... Autores ingleses tampoco hay anteriores á la obra grande de Collado más que uno, que es Williams Bourn, el cual escribió en 1587, pero es posterior á la obra pequeña de aquél, publicada en 1586. De modo, que los franceses é ingleses son los últimos, si bien desde principios del siglo xviii han adelantado tanto, que los discípulos se han vuelto maestros, y en el dia es preciso confesar que la artillería inglesa, progresando á la par, con todas las demas artes, ha llegado á mucha perfeccion, y su carruaje se ha adoptado en Francia y en España.....

«De haber sido los alemanes los primeros escritores de artillería, ha venido la idea de que fueron sus inventores... En diversos pasajes de esta obra se ve que no fueron los alemanes los inventores de la pólvora y del cañon, sino los árabes, y en Europa los españoles; y que tampoco los franceses fueron *los primeros* en perfeccionar la artillería, sino los españoles; aunque despues ellos han hecho progresos, miéntras nosotros quedamos estacionados.»

Razon tiene el general Salas; cuando toda Europa adelantaba en el camino de la civilizacion, los españoles se pararon, *quedamos estacionados*; se olvidaron las glorias científicas de nuestra patria; y M. Masson en el siglo pasado y M. Guizot en el presente, han llegado á decir que la historia de la cultura humana, puede escribirse sin necesidad de citar para nada á los hijos de la península ibérica. Portugal y España, que descubrieron nuevos mares y continentes, completando así el conocimiento del planeta en que vivimos: Portugal y España, que llenan todas las páginas de la historia del siglo xvi con la sabiduría de sus teólogos, filósofos y publicistas, con la pericia de sus capitanes y con las hazañas de sus soldados; Portugal y España sólo podrán adquirir el puesto que de derecho les corresponde en los anales de la civilizacion del mundo, reanudando su tradicion científica, torpemente borrada por más de dos siglos de intolerancia inquisitorial y de fanatismo religioso, ó más bien, anti-religioso.

XVI.

No solamente los escritos histórico-militares de Salas y Rios que acabamos de citar y otros de la misma clase, si que tambien casi todas las obras referentes al arte de la guerra tienen una grandísima importancia bajo el punto de vista del conocimiento de nuestra historia nacional, pues en sus páginas se reflejan todas y cada una de las cualidades buenas y malas, que constituyen el fondo del carácter español, con mayor exactitud que en los empolvados manuscritos que cuidadosamente se guardan en archivos y bibliotecas. Como ejemplo y en confirmacion de lo dicho, citaremos un pasaje de las *Excelencias del arte militar*, del maestro de campo D. Francisco Dávila, en el cual se halla la más cumplida explicacion de la decadencia en que vino á caer la nacion española, desde fines del siglo xvi hasta los comienzos de la presente centuria. Despues de haber mostrado razonadamente que la *guerra es arte*, que puede y debe ser aprendido mediante estudio, continúa Dávila diciendo lo siguiente:

«Y aunque el crédito de esta doctrina le vemos hoy tan desautorizado, es tal su esencialidad que ninguno la niega ; y que el que más modestamente juzga de ella, dice que es bueno saberla, mas no por personas de calidad, y si se aprestase un poco en la especulacion, quizás será porque lo bueno no cabe en muchas partes. Yo conozco sujeto que ha ocupado puestos, en los cuales la habia bien menester, que viendo á la sazón un libro que se traia entre manos para esto, preguntó que de qué trataba. Y respondiéndole que de fortificaciones y defensas de plazas, replicó á quien le llevaba (deseoso de aplicarse al servicio de su majestad en esta ciencia) ¿el autor será extranjero? Díjosele que sí, y respondió:—Juráralo yo, porque ningun español estima tratar de semejantes materias, ó por lo ménos ninguno que sea persona de suposicion. Con lo cual el que deseaba emplearse en ellas, viéndolas desfavorecidas de quien entendió fuesen premiadas, trató de estudiarlas para sí solo por su contemplacion, sin querer parecer profesor de ellas; porque la virtud alabada crece mucho más, y desfavorecida disminu-

ye, como en este sujeto; que siendo, como era, hombre que vivía con más necesidad que descanso, no quiso admitir una plaza de ingeniero que se le ofrecía, con lo cual pudiera remediarse algo; y tuvo por mejor servir sin nombre de ingeniero voluntariamente por vía de curioso, que con este título, por verle puesto en tanta desestimación, de la cual huye naturalmente todo hombre, de cualquier esfera que sea, mayormente los que son acompañados de vergüenza, y honrada presunción, que anda ordinariamente anexa al saber.»

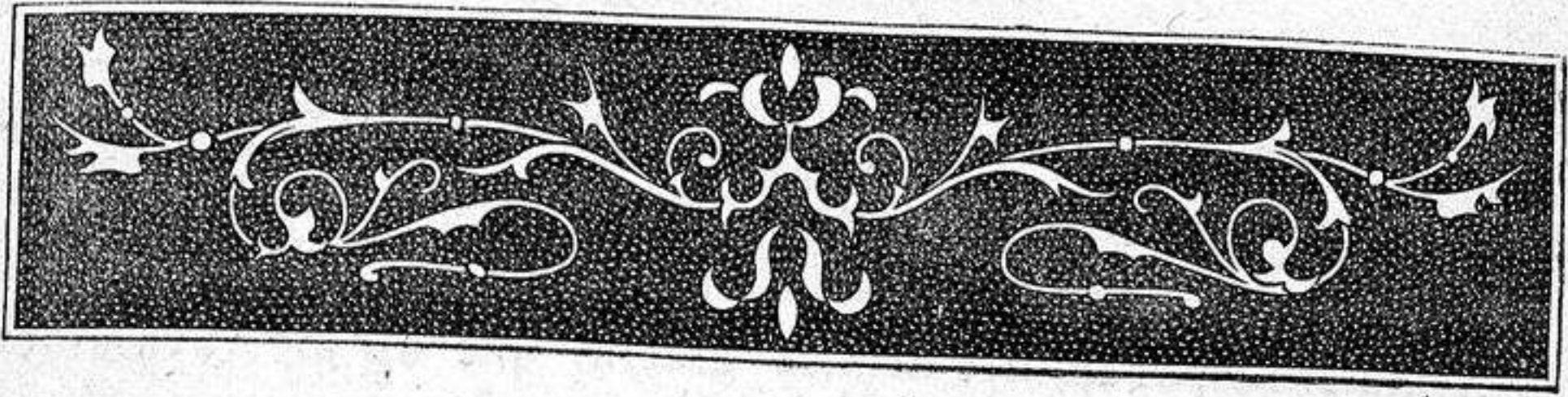
«Y no acabo de entender por qué son despreciadas ó poco estimadas estas artes, siendo así que todos confiesan son necesarias; porque si es por la ocupación en que ponen á sus profesores, no es nada inhonesta, sino decente, virtuosa y digna de alabanza; si por la ocupación de las manos en el estudio de estas ciencias... es ocupación muy noble y valerosa... porque no son en las guerras los que ménos parte tienen en los aciertos de ellas, ántes sí los ejecutores de toda su armonía; y segun San Agustin el fin de las cosas las hace loables, como lo debe ser ésta por el fin á que se dirige; y si no díganlos los que presumen de caballeros de donde les vino (á los más) el serlo; dirán de haberse empleado sus pasados en la guerra; luégo si así no lo hubieran hecho no fueran nobles. ¿Pues cómo ejecutaron esa guerra? Dirán que andando á porradas con los enemigos, y matándolos en defensa de la patria. ¿Pues que mayor nobleza tiene en sí esa obra de manos, que las que disponen las mismas ejecuciones con más seguridad? Fuera de que si eso fué hecho sin arte, ni disposición militar... mal pudieron dar seguridad á la patria, pues trabajaron mecánicamente, como hace cualquier bruto irracional, sin ayudarse del fruto de la razón que produce el entendimiento... Y si lo hicieron debajo de buen gobierno; arte y disciplina militar... se deberá á ésta, como base fundamental de los aciertos del valor, la gloria que adquirieron para que fuesen nobles. ¿Pues por qué vituperan ó desestiman en otro los medios por donde llegaron á serlo?... Y es cosa lastimosa que una tan manifiesta verdad sea necesario ponerla en cuestión y que se dé ocasión (con el menosprecio) á que las artes se destruyan, desfavoridas de quien las debiera fomentar con premios condignos y honores que es-

timulasen á su aplicacion, con que se cerraria la puerta á que los extranjeros se hiciesen necesarios en nuestros ejércitos y plazas, donde aperciben nuestros descuidos ó nuestras omisiones, que en los más advertidos hay uno ú otro; y especialmente en las artes que componen el alma de la guerra, sin las cuales se redujera á chusma ó ziuza, sin algun provecho ni honra, en daño comun de la república, padeciendo como bárbaros las calamidades y sujeciones, que por incipientes padecieron en la antigüedad todas las naciones, que carecieron de arte y de la ciencia militar: lo cual experimentó bien nuestra España, como al presente sucede á los chinos, sin embargo de su multitud, conquistados por los tártaros, por haberse tenido en poco la disciplina militar, permitiendo prefieran la ociosa ejercitacion de sus caracteres ó bárbaras letras con que fundan su nobleza y con tener buena melena, como acá muchos con la ociosidad, placeres, ceremonias y ostentaciones, cubiertos con la corteza de su propia mengua, y olvidados de la virtud militar, con que á costa de riesgos y fatigas (observando belicosas reglas y preceptos) tuvo principio la gloria de que blasonan muchos, sin haberles costado más que el nacer por suerte descendientes de aquellos á quien tienen en poco para imitarles, haciendo asco de las ocupaciones que se aplican al servicio de las armas: y luego nos admiramos de los malos sucesos y calamidades del tiempo, sin desentrañar estas causas.»

Larga ha sido la cita, pero en ella aparece con toda evidencia hasta qué punto habia descendido el nivel intelectual de España en el último tercio del siglo xvii, pues las *Excelencias del arte militar* del maestro de campo D. Francisco Dávila vieron la luz pública en 1683; y fácilmente se comprende que la nacion que menospreciaba el estudio y lo consideraba como ocupacion indigna de personas de calidad, pasase rápidamente de los arrebatados vuelos místicos de las Teresas y de los Luises, á las ridículas extravagancias del padre Fuente La-Peña, y de las sublimes concepciones artísticas de Lope y Calderon á los desvaríos del culteranismo, y despues al insupportable prosaismo de la reaccion neo-clásica.

LUIS VIDART.

(Se concluirá.)



DIÁLOGOS CIENTÍFICOS.

INTRODUCCION.

I.



Tio de mi alma..! ¡Deje V. que le dé otro abrazo! ¿Que tal el viaje?

—Bien, hijo, bien. Un poco aturdido con ese maldito silbar de la locomotora...

—¿Dónde tomó V. el tren?

—En Ruan. Hasta allí vine con Pedro en nuestro faeton. Allí me metí en un coche y ¡zás! salí disparado como una bala hácia esta Babilonia. ¡Qué velocidad! ¡Dos horas escasas para andar el camino que antiguamente hacíamos en dos días..! ¡Con decirte que ni siquiera he tenido tiempo de tomar una taza de sopa!

—¿Sí?... pues voy á mandar que nos pongan en seguida el almuerzo.

—Y harás bien, porque hace media hora que mi estómago da cada gruñido...

—¿Quiére V. que bajemos al comedor, ó que almorcemos en mi cuarto?

—¡No, no, en tu cuarto! Así podremos charlar sin que nadie nos estorbe; así podré tirarte de las orejas sin que nadie te defienda.

—¿Por qué, tío?

—Porque con tu maldita ciencia me estás arruinando.

—¡Tío, no maldiga V. á la ciencia ni en broma!

—Porque, so pretexto de que el señorito se va á graduar de doctor,

me ha hecho abandonar mis terrones de Louviers para venir, al cabo de mis años, á meterme por quince dias...

—¿Nada más? ¡No le suelto á V. en un mes!

—A meterme por quince dias, y gracias que no me vaya ántes, en esta endiablada Paris.

—Tio, yo le prometo que no le pesará el viaje. ¡Verá V. que exámenes hago!

—Como los laureles que coseches guarden proporcion con el dinero que me cuestan, muy brillantes deberán ser. ¿Sabes, pillastre, que en los diez últimos meses me has gastado 10.000 francos?

—Sin contar, tio Anselmo, que debo 500 á Mora Biloret, y cerca de otro tanto á Luizard.

—¡Dios eterno! ¿y en qué gastas todo eso, desventurado?

—¡Ya se lo diré á V.!

—¡Enrique! ¿Tienes por ventura alguna?...

—Sí, tio, lo confieso, tengo una querida á quien adoro con delirio.

—¿Y te atreves á decírmelo con ese descarro?

—¡Y á mucho más, tio mio! Me atrevo á presentársela á V.

—¡Hasta ahí podian llegar las bromas!

—Si quiere V. conocerla, subamos á mi gabinete.

—¡Cómo! ¿En tu casa?... ¡Misericordia!

—Nunca nos separamos.

—¡A Louviers me vuelvo!

—¿Sin almorzar, tio? La tortilla debe estar ya en la mesa.

Dos minutos despues Enrique Legrand y su tio Anselmo arremetian, tenedor en mano, á una soberbia tortilla de jamon flanqueada por dos botellas de Burdeos; las cuales, á juzgar por la espesa capa de polvo y por las telarañas de que se hallaban cubiertas, debian tener una edad bastante respetable.

II.

—¡Conque, señorito, vamos á cuentas!—Repuso el tio Anselmo, despues de vaciar la primera copa.—¿Es verdad lo que acabas de decirme?

—Yo nunca miento, tio.

—Pues te declaro que mi bolsillo se cierra para tí de hoy en adelante.

—No lo creo. V. quiere demasiado á su sobrino para llevar á cabo tan cruel resolucion. Además, cuando V. empiece á conocerla...

—¿A quién?

—¡A ella!

—¿A tu...

—Sí; cuando V. la conozca, comprenderá que hoy más que nunca necesita de nuestros cuidados.

—¿De los míos?

—¡De los nuestros! Porque, aunque V. no quiera, voy hasta cierto punto á hacerle partícipe de los consuelos que á manos llenas reparte ese ángel bendito de mi vida.

—¡Pero este muchacho se ha vuelto loco! ¡Enrique!

—¡Tío!

—Te prohibo que vuelvas á hablarme de esa...

—¡Chist! No la califique V. duramente, que puede oírnos.

—¿Oírnos?

—Sí, desde la pieza contigua, desde mi gabinete.

—¡Por Cristo bendito que esto pasa de castaño oscuro! Verás como la cojo por una oreja y la pongo de patitas en la calle.

Y el tío Anselmo se levantó con la servilleta al hombro, abrió la puerta de comunicacion y entró en la habitacion vecina seguido de su sobrino.

III.

—¿Qué es esto? exclama al atravesar el dintel, y al verse entre un maremagnum de libros, máquinas é instrumentos.

—Mi gabinete de estudio, tío.

—¡Pero esto es un museo-biblioteca!

—Pues todavía me faltan muchas cosas.

—¿Y dónde está esa perdida?

—Ahí la tiene V.

—¿Dónde?

—¡En todas partes! ¿No la huele V. hasta en la atmósfera de este gabinete? ¡Mi querida es la ciencia! Por ella le arruino á V., y por ella tío mio, no me cerrará el bolsillo que tan generosamente me ha tenido abierto hasta aquí.

—¡No sabes el peso que me has quitado de encima!

—¿Me creía V. capaz de derretir en aras de una Aspasia de baja estofa el dinero que V. me mandaba para cultivar mi inteligencia?

—Cuesta arriba se me hacia, conociéndote como te conozco; pero me lo asegurabas con tanta formalidad...

—¿Me creía V. capaz de haber olvidado lo que V. me dijo hace siete años, el día que salí de Louviers para venir á Paris? No, tío mio, sus palabras, grabadas en mi corazón con el buril de la grati-

tud no se han borrado nunca de mi memoria. Entónces me dijo usted : « Enrique , yo soy un pobre ignorante que no ha sabido en toda su vida más que una cosa : ganar dinero. Soy rico y no tengo hijos; pero tu cariño filial me consuela cumplidamente de esa falta. Lo que tengo es tuyo. Satisface tu pasión de aprender, y gasta sin timidez, siempre que sea en tu provecho. Vete á Paris, y cuenta con mi bolsillo para cuanto necesites. La única condición que te impongo es que vengas á verme todos los veranos, y á cerrarme los ojos cuando Dios me llame á sí.»

— En efecto , eso te dije.

— Pues bien , tío mio; si hoy, en vísperas de graduarme doctor, siento algún orgullo, consiste, no en el poco saber con que haya podido enriquecer mi inteligencia, sino en el convencimiento de no haber burlado la confianza que puso V. en mí, de no haber desperdiciado ni un solo franco de su dinero, ni un solo minuto de mi tiempo. Si he gastado mucho es porque la ciencia es una querida antojadiza que á cada paso exige una nueva joya. ¡ Mire V. las que hay en esos armarios!

— ¡ Poder de Dios! ¡ Si te digo que tu gabinete parece un museo!

— Pues aún está incompleto. En química no tengo más que los aparatos indispensables para unas pocas demostraciones, y me faltan en la parte de física una porción de instrumentos de óptica que por demasiado caros no me he atrevido á comprar sin su permiso. Entre otros un microscopio solar y un espectroscopio.

— Pues si te hacen falta, encárgalos. ¿ Y para que sirven esos chismes, Enrique?

— Para el estudio de los dos extremos de la escala de la creación, para examinar lo infinitamente pequeño y para analizar la materia constituyente de lo infinitamente grande.

— Vamos, para algo de aquello que me decias en una de tus cartas.

— ¿ En cual?

— En aquella que empezaba : « Tío mio, vengo de la Sorbona donde he pasado hora y media contemplando los infinitos seres que pueblan... una gota de agua.»

— Sí, fué cuando por primera vez entablé conocimiento con los infusorios.

— Hombre, y yo que nunca he visto esa gente menuda. ¿ Me los vas á enseñar, Enrique?

— Cuando V. quiera, tío. Y también le enseñaré algo de lo que pasa de tejas arriba.

— ¡ Muy altos están esos misterios!

—No tanto como V. cree, tío, porque si el telescopio nos ha permitido familiarizarnos con el universo estelar, hasta el extremo de saber el peso y volúmen de un astro cualquiera y la distancia que de él nos separa, gracias al espectroscopio conocemos también las materias de que se compone.

—¡Cómo! ¿tú puedes decirme, con el auxilio de ese chisme, que el sol, por ejemplo, se compone de esto ó lo otro?

—Perfectamente.

—¿De una manera cierta?

—Infalible.

—¡Pero eso raya en brujería!

—La ciencia no es otra cosa, tío. Cadena inmensa de prodigios, cada eslabon es una maravilla. ¡Si viera V. con qué rapidez se ensanchan las fronteras de su campo, desde que los sábios empezaron á recorrerle apoyándose en el método experimental! ¡Si supiera usted cuánto se mejoraría la humanidad si cada hombre tuviera la instrucción bastante para conocer los fenómenos de la naturaleza y las leyes del Universo, y para admirar la sublime armonía de la creación!

—Hombre, ¿sabes que me estás dando ganas de meter la hoz de mi rudeza en ese campo?

—¿Y por qué no?

—¡Ay! Porque soy demasiado viejo.

—Nunca es el hombre demasiado viejo para aprender.

—¿Te atreves, Enrique, á explicarme alguna de esas maravillas de manera que pueda comprenderlas mi ignorancia?

—¡Sin duda, tío!

—Pues mira, empecemos desde hoy.

—¡Pero si dice V. que se marcha á Louviers ántes de quince días!

—¡Quién sabe! Si tus explicaciones me interesan, puede ser que no me vaya.

—Entonces me le tengo aquí hasta fin de año, porque estoy seguro de que han de interesarle.

—¡Hum! ¡No confíes! Mi mollera es muy dura y yo he oido decir que la ciencia es muy enmarañada.

—No tanto como aseguran los pedantes.

—Será preciso que lo que me expliques sea claro como el agua. Si no, perderás el tiempo.

—Ensayaremos, tío.

—¡Ah! Y á una condicion.

—¿Cuál?

—Que yo no he de meter la nariz en tus libracos.

— Yo la meteré por V. Y á propósito : aunque estoy bastante satisfecho de mi biblioteca, desearia completarla con algunas obras capitales. ¿ Quiere V. que las compre ?

— ¿ A cuánto ascenderá eso ?

— A unos mil francos.

— ¿ Con los chismes que me digiste ?

— No, esos costarán el doble.

— Pues hombre, perdido por ciento...

— Gracias, mi querido tio. Y ahora ¿ desea V. que le rinda cuentas ? En el cajon de ese escritorio tengo las facturas de mis libros, de mis aparatos y de mis instrumentos.

— ¿ Quieres callarte?... Lo que deseo es que mandes poner otra tortilla, porque la que empezamos debe estar fria como un granizo.

— Dispéñeme V., tio, no me acordaba que le tenia á medio almorzar. Volvamos á la mesa.

— Sí, volvamos, que tiempo tenemos de examinar tu gabinete.

(Se continuará.)

FEDERICO DE LA VEGA.

Paris, 1873





REVISTA CRÍTICA

Con impaciencia esperaban el público y la crítica la aparición de la segunda parte de *Gloria*; ansioso el primero de conocer el desenlace de tan interesante y conmovedora novela; curiosa la segunda de ver si había acertado el Sr. Perez Galdós en la solución del grave problema social y literario que su obra encerraba. Expuestísimo estaba el Sr. Galdós á una caída tanto más ruidosa cuanto mayor había sido el éxito de la primera parte de su novela; y érale no poco difícil hallar un desenlace en que se armonizaran las exigencias artísticas con las necesidades filosóficas de su trabajo. Requeríase, con efecto, que, sin menoscabo del interés dramático de la acción novelesca, el desenlace de *Gloria* correspondiera, bajo el punto de vista de su trascendencia social, á las premisas sentadas en la primera parte; era forzoso dar al conflicto una solución que, ora fuese armónica ó funesta, ni enfriara la emoción del lector, ni chocara abiertamente con sus sentimientos, ni desvirtuara el efecto de todo lo que la precediera, ni pecara de ilógica ó de utópica, de inverosímil ó de vulgar y prosáica. Y estas dificultades aumentaban por la variedad de soluciones, muchas de ellas tentadoras, y algunas conformes con las exigencias puramente artísticas, que podían ofrecerse al buen talento del Sr. Galdós; á lo cual había de agregarse el hecho de que cada género de lectores había de tener la suya preconcebida, siendo casi imposible hallar una que á todos por igual satisficiera. Las almas sensibles que vertieran lágrimas ante el inmere-

cido infortunio de Gloria y su amante, demandaban una solución satisfactoria y feliz; pero á esto se oponía la consideración de que el adoptarla significaba tanto como privar de trascendencia y sentido práctico á la novela, sin que ganara gran cosa en su aspecto estético. Además esta solución llevaba consigo una de dos cosas: ó la victoria de cualquiera de los elementos religiosos que en la novela luchan a la derrota de ambos. En términos más claros: para ser felices Daniel y Gloria, era fuerza que uno de los dos abjurase de su religión, ó ambos abandonaran toda creencia; lo primero valía tanto como destruir la novela en su esencia; lo segundo era imposible tratándose de una acción que se supone acaecida en España y perjudicaba grandemente al valor estético de la obra.

¿Ha vencido el Sr. Galdós estas enormes dificultades? ¿Ha sabido dar á su novela una solución irreprochable por todos conceptos? Hé aquí la cuestión capital que ha de ser objeto de nuestro exámen.

En nuestro juicio, la contestación á estas preguntas debe ser afirmativa. Cabrá hacer algunas reservas acerca de los medios empleados por el Sr. Galdós para llegar al fin; pero éste se ha realizado cumplidamente. La solución adoptada por el Sr. Galdós era la única posible y razonable en el terreno filosófico como en el puramente literario.

La solución es trágica. La muerte de Gloria; la locura de Morton ó hé aquí los frutos de un amor nacido para la felicidad y envenenado desde los comienzos y trocado en fuente de horrible infortunio por la más funesta de las preocupaciones sociales. Dado el carácter de los personajes, el medio social en que se mueven y las ideas que los inspiran, la catástrofe era inevitable, y buscar una solución feliz hubiera sido error gravísimo. El Sr. Galdós lo ha comprendido así y ha dado á aquel terrible drama, símbolo de un pavoroso problema social, la única solución legítima dentro del arte y dentro también de los propósitos y tendencias que á la novela animan. Si otra cosa hubiera hecho, ¿qué probaba *Gloria*? Y, sobre todo, ¿á qué conducía dentro del arte plantear tan terrible conflicto dramático para resolverlo con una torpe é imposible conciliación? *Hamlet*, *Otelo* ó *Nuestra Señora de París*, terminados felizmente, no fueran más absurdos y ridículos que *Gloria*, desenlazada por el dichoso enlace de los amantes.

La solución es, pues, la que debía ser. Aquellas dos puras y nobles existencias quedan aplastadas bajo el peso enorme de la abrumadora máquina social, y ¿por qué no decirlo? bajo el de su propio fanatismo. La sombría y desoladora enseñanza que de *Gloria* se des-

prende, resalta de esta suerte en toda su aterradora verdad, y al mismo tiempo el interes palpitante y la emocion intensa producida por tan conmovedor drama llegan al punto debido, al grado más alto del terror trágico, manifestado en su mayor intensidad, pues si en el drama antiguo el héroe sucumbia bajo el peso de un soñado Destino, en esta novela los personajes perecen bajo la accion de una fatalidad no ménos inexorable y mucho más real.

Galdós ha resuelto el problema como lo resolvió Octavio Feuillet al plantearlo en su *Sibila*. Pero, ¡qué diferencia entre Glória y aquella muchacha soñadora y novelesca; entre el grandioso y sombrío fanatismo de Mórton y el vago y superficial racionalismo de Raul de Chalys! Siquiera corresponda á Feuillet el honor de la prioridad, no cabe negar que en profundidad de idea, intensidad de sentimiento y grandeza de concepcion, el novelista español le lleva incomparable ventaja.

No faltará quien censure la mentida conversion de Mórton, juzgándola contradictoria con su fanático y tenacísimo carácter. A nuestro juicio, sin embargo, esta contradiccion, que acusa sin duda una mancha en el carácter del judío, es profundamente humana, y acusa un gran talento observador en el Sr. Galdós. No hay hombre (y ménos en nuestro siglo), por fanático que sea, que en circunstancias iguales no haga lo que Mórton; lo contrario no sería humano, y aunque cupiera en lo posible no debería admitirse en el arte, que no ha de inspirarse en las excepciones, sino en lo general y constante. Es más; bajo el punto de vista de la moral verdaderamente humana, ¿quién duda que el deber de Mórton era hacer lo que hace, en vez de sacrificar los afectos humanos al abstracto fantasma de una consecuencia que en tal caso sería egoista y criminal?

Más fundadas serán las críticas que se dirijan al personaje de Madama Esthér. A nuestro juicio, éste es el grave lunar de la segunda parte de *Gloria*; y no porque lo consideremos enteramente falso é imposible, sino porque al trazar el autor la horrible escena en que juega papel tan importante este personaje, ha llegado á aquel límite en que el terror se convierte en horror y repugnancia, límite que jamás debe traspasar el poeta.

No hay en nuestra sociedad (y si la hay, es un monstruo que no cabe en el arte) una madre que sacrifique despiadadamente la dicha de su hijo, y el honor de una noble familia, á un fiero fanatismo, no ya de religion sino de raza. Pero ménos aún se concibe una madre que, para lograr sus fines, arroje sobre la frente de su hijo la mancha de una horrible calumnia. Si en Esthér hubiera pintado el Sr. Galdós

una fanática creyente, todavía podía admitirse, no ya el hecho incalificable de la calumnia, pero sí la enérgica oposición á la conversión y matrimonio de Mórton; pero habiendo concebido una mujer despreocupada, distinguida, razonable, y que ama con frenesí á su hijo la escena espantosa del capítulo 29 no tiene defensa ni explicación posible. Ni era necesaria tampoco. Bastaba para los fines del autor con una tenaz oposición de Esthér, que no llegara al extremo de deshonrar á su hijo, y sobre todo, podía apelar á otros recursos para obtener el mismo resultado.

A cambio de este gravísimo defecto hay en la segunda parte de *Gloria* detalles muy felices. Tales son los nuevos personajes introducidos en ella; á saber: Serafinita, personificación admirable de la fe sincera y pura, pero extraviada, no ménos dañosa que el más implacable fanatismo; y D. Buenaventura de Lantigua, tipo frecuentísimo en nuestro siglo, sobre todo en nuestra patria, católico por tradición y por respetos sociales, libre pensador en el fondo, amigo de buscar el lado positivo y humano de las cosas, y poco afecto á fanatismos de ningun género. Los personajes secundarios de Teresita la Monja y sus amigas están trazados de mano maestra, como asimismo los cuadros de costumbres, llenos de vida y de color local, en que abunda la novela. Es de notar también lo mucho que va ganando el Sr. Galdós, por lo que toca á la expresión del sentimiento, que en sus primeras obras apenas concebía, y retrataba *á la inglesa*, y que hoy pinta no pocas veces con rasgos verdaderamente conmovedores, hasta tal punto que en muchas escenas se apodera del lector la emoción más viva é involuntariamente acuden á sus ojos las lágrimas. Y esto lo hace el Sr. Galdós con notable naturalidad y sencillez, siempre dentro de lo real, y sin apelar á los exagerados recursos del romanticismo.

Tal es la novela del Sr. Galdós. Ahora cabría preguntar si la solución que le ha dado es tan satisfactoria y completa bajo el punto de vista filosófico y social como bajo el artístico. Mas para esto sería necesario saber cuál es el pensamiento que inspira al Sr. Galdós.

A nuestro juicio no es otro sino mostrar que la intolerancia religiosa es al modo de fatalidad inexorable que pesa sobre la conciencia humana y es fuente inagotable de dolorosos infortunios y trágicos sucesos en la vida. Si tal ha sido su propósito, fuerza es confesar que lo ha realizado cumplidamente. La horrible historia de Gloria y Mórton, tan verdadera en medio de su apariencia ficticia, es confirmación acabada de aquella tesis. Es verdad, horrible verdad, que la intolerancia religiosa, después de anegar en sangre al mundo, todo lo enerva, todo lo perturba, todo lo devasta, hasta las dulces expansio-

nes del amor y las dichas sublimes de la familia. Merced á ella hoy no hay familia feliz, ni sociedad tranquila, ni conciencia reposada, ni otra cosa que desolacion y desdicha y muerte. Fatalidad mil veces más implacable que el destino antiguo, hidra de cien cabezas más espantosa que la de la fábula, oprime entre sus garras la sociedad entera, y tal es su poderío que ni de ella se libran los más incrédulo y despreocupados. *Gloria* es en tal sentido la trágica historia de la conciencia humana, oprimida aún bajo la más terrible de las tiranías, tiranía de que nadie se libra, pues á veces no sólo nace de la fuerza exterior, sino del mismo individuo á quien tortura. Aquí radica, con efecto, todo lo que hay de espantoso en el problema, pues si Gloria y Mórton son víctimas de la preocupacion social, no lo son ménos de la propia.

Pero si el Sr. Galdós no sólo ha querido plantear el problema, sino resolverlo, no lo ha conseguido por cierto. La conclusion de *Gloria* es á la manera de la inscripcion del *Infierno* del Dante: no ofrece consuelo ni esperanza. Mórton muere loco despues de buscar una nueva religion que no halla, y el Sr. Galdós se contenta con relegar á la vida de ultratumba la reparacion del daño causado é indicar vagamente que acaso la solucion del problema corresponde al fruto del desgraciado amor de sus personajes.

En esto el Sr. Galdós ha obrado con acierto. Dos soluciones puede tener el problema: hallar una nueva y comprensiva fórmula religiosa que acabe con todos los antagonismos ó renunciar en absoluto y definitivamente á toda religion. O lo que es lo mismo: pudo hacer que Gloria y Mórton abjurasen de sus respectivas religiones para adoptar otra más ámplia ó que se quedaran sin ninguna. Pero lo primero es imposible, pues semejante religion no existe todavía (y no sabemos si llegará á existir), y lo primero es manjar demasiado fuerte para lectores españoles, y ademas estaria fuera de la realidad, tratándose de una accion que entre españoles se desenvuelve.

¿Será que en la mente del Sr. Galdós toda solucion conciliadora es imposible? ¿Será que la solucion que oculta en el fondo de su pensamiento es absolutamente negativa? No lo sabemos, ni pretendemos indagarlo tampoco; pero sea cual fuere esa solucion, es lo cierto que la que de *Gloria* se desprende no puede ser más desconsoladora. Despues de leer esa novela, la más trascendental que en nuestros dias se ha escrito en castellano, y que basta para declarar á su autor el primero de los novelistas españoles, lo único que al lector ocurre es repetir aquellos versos de Lucrecio, síntesis perfecta del pensamiento que anima á la novela del Sr. Galdós:

*¡O genus infelix humanum, talia divis
Cum tribuit facta, atque iras adjunxit acerbis!
¡Quantos tum gemitus ipsi sibi, quantaque nobis
Volnera, quas lacrymas peperere minoribus nostris!*

*
* *

De algun tiempo á esta parte, Galicia parece que comienza á despertarse de su sueño secular. Nótase allí un creciente movimiento literario que no puede ménos de llamar la atención de la crítica por el especialísimo carácter que presenta. Poetas y cuentistas : hé aquí lo que principalmente ofrece este movimiento, que se distingue por tres notas fundamentales, á saber : el exagerado espíritu provincial disfrazado con el nombre de patriotismo, ciertas aficiones romántico-legendarías, y un espíritu melancólico y sombrío que distingue á todos los escritores de aquel país.

Prescindamos de los dos primeros caracteres que son otros tantos defectos, y fijémonos en el tercero que es el más importante y el que da un aspecto más especial á la poesía gallega.

Hay en esta poesía cierta vaguedad, cierto sello de melancólica tristeza que la asemeja en un todo á la poesía alemana y á los antiguos cantos de los escaldas escandinavos y los bardos galeses. Quizá influyen en ello las condiciones del país, de suyo melancólico. Quizá bajo un cielo plomizo, en medio de bosques sombríos, al pié de nevadas montañas y en las cercanías de un mar borrascoso, la inspiración poética adquiere los vagos tintes de la bruma y la infinita tristeza de las selvas.

Sea de ello lo que quiera, es lo cierto que tales son los caracteres de la poesía gallega. Un vago y melancólico lirismo, en que rara vez hay una idea concreta ni un sentimiento definido ; algo parecido á la *saudade* portuguesa ; hé aquí la nota distintiva de los numerosos volúmenes de poesías que en estos últimos años brotan de las prensas de Galicia.

Tal acontece con el tomo publicado por D. Alfredo Vicenti Rey con el título *Recuerdos*. Su autor es un verdadero poeta ; pero aún necesita largo aprendizaje. No faltan en sus versos inspiración y ternura ; pero las brumas que los envuelven impiden determinar con precisión la idea que al poeta alienta. Tal vez parece un escéptico ó un pesimista ; pero lo que realmente hay en sus versos es una profunda tristeza, una vaga melancolía que les presta cierto encanto. ¡Lástima que no siempre sean correctos y que su autor emplee con frecuencia combinaciones métricas que no pueden soportar oídos castellanos!

*
* *

El Sr. D. Angel Lasso de la Vega ha publicado una *Historia crítica de la escuela poética en los siglos XVIII y XIX*. Este libro es continuación de otro en que se ocupó el Sr. Lasso de los poetas de la misma escuela en los siglos XVI y XVII, y tanto el uno como el otro han sido premiados por la Academia Sevillana de Buenas Letras. Ambos trabajos acusan en su autor erudición no escasa y noble celo por las glorias de su patria; pero se resienten notablemente de falta de espíritu crítico, toda vez que el Sr. Lasso confunde bajo la denominación de escuela sevillana multitud de escritores andaluces que pertenecen á escuelas muy diversas. Esto y la excesiva benevolencia del Sr. Lasso, que en todo encuentra motivo de alabanza y rara vez hace verdaderas críticas de los escritores que juzga, son graves defectos, que no obstan, sin embargo, para que su obra sea estimable, siquiera por la laboriosidad y buen deseo que revela.

*
* *

Las Máquinas (cartas á un obrero) se titula un discreto opúsculo del vizconde de los Antrines, premiado por *El Fomento de las Artes*, y en el cual se exponen en forma popular y sencilla los principios que la economía política sustenta acerca de aquellas, discutiendo su importancia, su influencia en la industria, los beneficios y daños que producen, los medios de remediar éstos, y otras cuestiones no ménos importantes. Además define el señor vizconde los principales conceptos que juegan en la ciencia económica y combate las doctrinas comunistas y socialistas.

Fiel exposicion de los principios de la escuela economista (que en esta cuestion de las máquinas es bastante razonable), el libro del vizconde de los Antrines es un trabajo muy apreciable y que puede producir buenos resultados en la educacion de las clases trabajadoras, por lo cual merece cumplidos elogios.

*
* *

Tocan á su fin las sesiones del Ateneo; pero esto no impide que, aún en sus postrimerías, continúen animadas é interesantes. En la de Literatura han hecho uso de la palabra los Sres. Valle, Montoro y Amat. El primero sostuvo doctrinas idealistas en un discreto y galano discurso; renovó sus tesis hegelianas el segundo con la brillantez que le es habitual; y disertó largamente el tercero en el sentido

del espiritualismo tradicional, con fácil pero algo monótona palabra.

En la seccion de Ciencias morales el Sr. Perier trató ámpliamente el tema que se debate, defendiendo en toda su pureza la doctrina ultramontana y mostrándose ultra-conservador en política. Su peroracion ha dado lugar á un nuevo discurso del Sr. Moreno Nieto que intentó en vano defender su especial situacion en la cuestion religiosa, perdiéndose en un laberinto de contradicciones y acabando por mirar vencido su inconsecuente catolicismo liberal bajo la inflexible lógica y la consecuencia rigurosa del ultramontanismo del Sr. Perier, que en esta cuestion es el verdadero y genuino representante de las doctrinas de la Iglesia, fuera de las cuales está, por más ilusiones que se haga, el Sr. Moreno Nieto.

M. DE LA REVILLA.



Madrid 15 de Junio de 1877.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS

Madrid 1877: TIPOGRAF.-ESTEREOTIPIA PEROJO